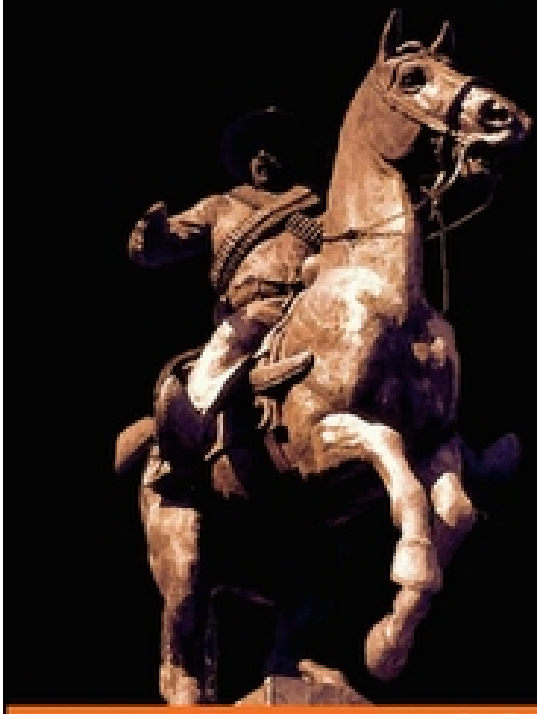
La Revolución Mexicana

Otras voces, otros escenarios



Rafael Luna Rosales
COORDINADORA

Amoroso y de Clío

Palabra de Clío
asociación civil
de historiadores mexicanos

LA REVOLUCIÓN MEXICANA
Otras voces, otros escenarios

Palabra de Clío
asociación civil
de historiadores mexicanos

Coordinación editorial: José Luis Chong
Cuidado de la edición: Rafael Luna
Diseño de cubierta: Patricia Pérez

Creative Commons

Primera edición: 2008
DR © Palabra de Clío, A. C. 2007
Insurgentes Sur # 1810. Colonia Florida.
CP 01030 Mexico, D.F.

ISBN: 978-607-95085-3-1

Impreso y hecho en México
www.palabradeclio.com.mx

Índice

Introducción. Porque a la Bola le entraron todos
Rafael Luna Rosales.....5

El Partido Liberal Mexicano aportó la ideología
Lucía A. Ramírez Pérez.....11

Los artistas no voltearon hacia otro lado
Claudia Marcela Rodríguez Pérez.....31

De cómo los libros contaron la historia
Marco F. Ramírez Padilla.....45

El Ateneo contra los "Científicos"
Claudia Espino Becerril.....65

En las haciendas de Tlaxcala los balazos se dejaron oír
María Concepción Delgado Sandoval.....83

En Atlihuayán hasta muertos hubo
Olivia Domínguez Prieto.....101

Las familias ya no fueron como antes
María Eugenia Herrera Cuevas.....117

En Agua Prieta los mancos aplaudieron
Juan Francisco Calderón.....137

Lo que nos faltaba: una huelga general
Sabino González Martínez.....151

Bibliografía.....173

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos y no comerciales

Introducción. Porque a la bola le entraron todos

Rafael Luna Rosales

La Revolución Mexicana, en tanto proceso fundacional del México actual, fue el acontecimiento histórico más importante del siglo XX en nuestro país. Las instituciones que conforman el Estado mexicano, empezando por la Constitución que actualmente nos rige, y la infraestructura económica que predominó durante casi todo el siglo pasado, son producto del movimiento revolucionario de 1910.

La crisis del Porfiriato

El arranque de eso que conocemos como Revolución fue el resultado de varios factores; por un lado, el crecimiento económico alcanzado durante el Porfiriato, caracterizado por la industrialización, la urbanización y la modernización del transporte y de los procesos productivos, engendró clases sociales modernas. Hacia finales del siglo XIX, los hacendados y los peones acasillados convivían con una clase media y un proletariado que cobraban mayor importancia en la vida política económica y social del país.

Otros países latinoamericanos (Argentina o Chile) también tenían, en esos años, crecimiento económico y clases sociales emergentes, pero en esos países había instituciones democráticas modernas, como sindicatos, congresos y partidos políticos, que defendían los intereses de los trabajadores y abrían espacios de participación política a esas nuevas clases medias.

En México, en cambio, el envejecimiento del régimen y de la clase política gobernante (los "científicos" les llamaba la clase media de la época) no pudo sino bloquear el acceso no sólo de la nueva clase media, sino de algunos de

los antiguos aliados del régimen, como Bernardo Reyes y su grupo. Al mismo tiempo, defendió los intereses de la burguesía reprimiendo a los obreros que empezaban a demandar mejores condiciones de trabajo; la brutal represión a las huelgas de Cananea y Río Blanco son ejemplos claros de ello.

Y sin embargo el Porfiriato entró en franca decadencia cuando la crisis económica de 1907 azotó a Europa y Estados Unidos porque encareció las importaciones y disminuyó las exportaciones mexicanas; ello provocó que se cancelaran los créditos a industriales y hacendados, quienes trasladaron a los trabajadores los costos de la crisis; así disminuyeron las jornadas laborales y con ellas el ingreso real de los trabajadores. El gobierno, ante la disminución de sus ingresos, aumentó los impuestos y su base recaudatoria, y también castigó el salario de los burócratas.

La última reelección de Díaz proporcionó la bandera perfecta que canalizó el descontento de las clases medias y populares. Ante la convocatoria de Madero y con la consigna de "Sufragio efectivo, no reelección", el levantamiento armado terminó con 34 años de un gobierno que si bien dio a México estabilidad política y crecimiento económico, cayó víctima de sus propias contradicciones.

El movimiento armado

Madero y el Plan de San Luis son el detonante de la primera etapa de la Revolución —que los historiadores han concordado en llamar Revolución Maderista—, que pone fin al gobierno de Díaz con la firma del Tratado de Ciudad Juárez. Francisco León de la Barra —ministro de Relaciones Exteriores— asumió interinamente la Presidencia de la República, a fin de convocar a nuevas elecciones, en las que Francisco I. Madero resultaría investido presidente.

Desde el mismo momento en que triunfa la Revolución convocada por Madero, se comienzan a generar problemas al interior del grupo revolucionario, lo que, aunado a omisiones, errores y promesas no cumplidas, darían por resultado que la Revolución no lograra avanzar y profundizar como deseaban sus iniciadores. Esta etapa concluye con el golpe de Estado que lleva al poder a Victoriano Huerta, después del asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez.

El gobierno de Victoriano Huerta aplicó, entre sus primeras medidas, la prohibición de la libertad de prensa, la eliminación de destacados revolucionarios y la persecución de los movimientos obreros, con el apoyo de los sectores más conservadores. Sin embargo, la Revolución se reorganizó y pronto estalló una nueva insurrección en diferentes puntos.

En el norte, en los estados de Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Tamaulipas se sublevaron Venustiano Carranza y Pancho Villa; y en el sur, en Morelos, Zapata volvía a erigirse en líder de la revuelta. La alianza entre ambas facciones, tras el acuerdo de Guadalupe, y el apoyo de Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos, a la causa revolucionaria, con el envío de tropas a Veracruz, llevaron a Huerta a exiliarse en julio de 1914.

La designación de Venustiano Carranza como nuevo presidente desató una nueva época de anarquía y luchas entre los distintos bandos revolucionarios. En el sur operaba el movimiento insurreccionista de Zapata, de carácter campesino y centrado en Morelos, que pedía la restitución de las tierras y la expropiación de los latifundios. Se trataba de una facción unida y coherente, pero con pocas posibilidades de triunfar debido a la limitación de sus planteamientos sociales, centrados en el problema agrario, y a la incapacidad de su ejército para extender la revolución por todo el país. Por su parte, Villa, en Chihuahua, defendía también las reivindicaciones campesinas y contaba con el apoyo de un amplio sector popular.

El denominado "ejército constitucionalista" de Carranza era mucho más profesional y contaba con el respaldo, no de los campesinos, sino de los obreros, los mineros y los intelectuales. En la Convención de Aguascalientes se intentó conciliar las facciones en lucha, pero resultó un rotundo fracaso. Se puso de manifiesto la rivalidad existente entre Villa y Carranza, y sólo se pudo llegar a la designación de Eulalio Gutiérrez como presidente interino de la nación.

Villa solicitó la ayuda de Zapata y ambos se enfrentaron a las tropas de Obregón y Carranza, que tenían el apoyo de Estados Unidos. Los primeros fueron derrotados en la batalla de Celaya y decidieron retirarse a sus respectivos estados. Zapata regresó a Morelos y allí fue asesinado en 1919 en una emboscada. Por su parte, Villa reorganizó su ejército en Chihuahua y, aunque fue vencido en Agua Prieta, aún pudo mantener una guerrilla, con la que realizó varias incursiones contra Estados Unidos (a los que acusaba de apoyar a Carranza).

Carranza se dedicó a reorganizar el país, mientras las tropas de Obregón batían los focos de rebelión. Una de sus más importantes labores fue la promulgación de la Constitución de 1917, que confería amplios poderes al presidente, daba al gobierno derechos para confiscar las tierras de los latifundistas, introducía medidas laborales referidas a salarios y duración de jornadas, y se mostraba decididamente anticlerical.

Carranza fue eliminando paulatinamente a sus enemigos. No obstante, en 1920, su decisión de dispersar una huelga del sector ferroviario en el estado de Sonora significó el hundimiento de su prestigio personal. Abandonado por sus seguidores, incluido Obregón, quedó solo en el poder; después de que Obregón lo hizo escapar de la Ciudad de México, fue asesinado en su huida.

Después de las luchas entre las facciones revolucionarias, al final, la nueva clase media, personificada en Álvaro Obregón, asumió el control y liderazgo de la Revolución, de la misma forma que la participación popular, encarnada en Villa y Zapata, fue creciendo en importancia. El nuevo Estado no resultó democrático, algo que sólo había existido en el ideario maderista; el resultado más bien fue un Estado nacionalista y autoritario, pero legítimo y estable, que contó con el apoyo popular y con la conducción de una clase política hábil y flexible, procedente de la clase media.

Este ensayo

Un fenómeno tan largo y complicado como la Revolución Mexicana necesariamente tiene implicaciones profundas en todos los niveles de la sociedad. Y sin embargo, la historia oficial se ha concentrado en el relato de los acontecimientos "importantes": las batallas, las muertes de los caudillos, las victorias y derrotas de los ejércitos.

Lo curioso es que durante ese cruento periodo la vida del país siguió adelante; la gente no dejó su vida cotidiana para atender a las noticias que llegaban de los frentes de combate; es más, hubo miles de pequeñas trincheras en toda la república, con sus muertos y sus héroes, que han quedado al margen de los libros. Hubo grupos sociales que de diferentes formas acusaron recibo de los cambios que el país iba experimentando como resultado de los vaivenes de la guerra. La Revolución constó también de otras historias y tuvo lugar en otros escenarios.

Este trabajo da cuenta de algunas historias más o menos soslayadas por la historiografía de la Revolución. Abrimos con los antecedentes económicos e ideológicos de la insurrección. El trabajo de Lucía Ramírez, relacionado con el Partido Liberal Mexicano, se acerca a un asunto que debería ser abordado con mayor atención. Los hermanos Flores Magón aportaron componentes ideológicos y un alcance político a una bandera maderista que originalmente sólo pudo esgrimir el principio de la no reelección.

Dentro de la historia regional, tenemos las aportaciones de Olivia Domínguez, María Eugenia Herrera y Concepción Delgado, con la manera en que se vivió la Revolución en una hacienda del estado de Morelos, una familia de Michoacán y el pueblo de Tlaxcala. Si algo queda claro de la lectura de estos trabajos es que buena parte de la impresión que ha quedado de la revuelta campesina, como componente del movimiento revolucionario, proviene de pequeñas historias como las que aquí presentamos; la hacienda como un microcosmos de lo que sucedía en el país.

Por otro lado, los artículos de Claudia Espino, Claudia Rodríguez y Marco Ramírez giran en torno a la manera en que los grupos intelectuales y artistas reaccionaron ante la guerra y cómo los libros dieron cuenta del acontecimiento. Demuestran que, no obstante los alcances sociales del movimiento revolucionario, había otras preocupaciones filosóficas y estéticas en los intelectuales, al tiempo que, junto a las quemas de libros y bibliotecas por parte de los revolucionarios, también se publicaban libros de poesía erótica.

Los entretelones de la política en el seno del Grupo Sonora, la facción triunfadora al final de la guerra, y la respuesta obrera al carrancismo son los temas de reflexión de Juan Francisco Calderón y Sabino González, respectivamente. En ellos queda demostrado que la victoria del Ejército Constitucionalista y la promulgación de la Constitución de 1917 no resolvieron las contradicciones al interior del grupo revolucionario ni del resto de una sociedad que también estaba en recomposición.

Reflexión final

Y sin embargo, a 100 años del Plan de San Luis, parece que es mucho lo que la Revolución todavía puede enseñarnos. La clase política y don Porfirio mismo creían que sólo una elite educada bajo los cánones del positivismo sería capaz

de conocer el método científico y los avances de la ciencia, imprescindibles para lograr el desarrollo económico y social.

Y sin embargo, después de cientos de miles de muertos y 10 años de guerra, la clase política gobernante, los caudillos ganadores de la contienda, se asumieron como los protagonistas de La Historia, mientras que quienes aportaron los muertos, es decir, los campesinos, los obreros y las clases populares, incluso los intelectuales y artistas, quedaron como simples (y a veces mudos) espectadores del juego del poder.

Los textos que componen este ensayo tienen la sana intención de demostrar que en un acontecimiento de proporciones nacionales, como la Revolución Mexicana, todos tienen algo qué aportar; todos sufren las consecuencias sociales políticas y económicas de un fenómeno que a nadie fue ajeno; en cada región del país, en cada grupo social, en cada actividad económica, la Revolución influyó de manera específica; y al mismo tiempo cada uno de ellos dejó su huella particular en el proceso. La Revolución es el producto final de las aportaciones de todos los actores: los protagonistas, los secundarios y los de reparto.

El ideario positivista sostenía la existencia de una minoría superior al resto de la sociedad que debería gobernar. Estas ideas son extrañamente familiares, en estos comienzos del siglo XXI, cuando la tecnocracia gobernante soslaya con desprecio los pronunciamientos de la sociedad civil respecto, por ejemplo, de la reforma al sector energético. Parece que la historia se repite. Abróchense el cinturón.

El Partido Liberal Mexicano aportó la ideología

Lucía A. Ramírez Pérez

La Revolución Mexicana ha pasado a la historia como una etapa de transformación, de ruptura con una dictadura, y se nos ha hecho creer que a partir de ese momento todo cambió para bien, haciendo de la Revolución un mito del que surge el México actual. Este ensayo involucra a propósito los conceptos de Estado, ideología, identidad y democracia, a partir de los cuales se pretende interpretar la realidad social por medio de su relación y función; esto tiene el propósito de interpretar nuestra realidad actual.

Sin embargo, se debe considerar que estas categorías cambian a través del tiempo, respondiendo a las necesidades de cada sociedad; de esta manera, resulta interesante analizar la formación del Estado mexicano teniendo como fondo la ideología burguesa y la proletaria, que sustentaron la formación de una identidad nacional; así como identificar qué se rescata de la Revolución y se transmite a la sociedad y qué no, qué se modifica, por qué y para qué.

El periodo de estudio abarca desde finales del Porfiriato hasta nuestros días, ya que se analiza la influencia de la ideología de Ricardo Flores Magón en la formación del Estado actual. La estrategia consiste en analizar este discurso junto con el discurso liberal revolucionario, sosteniendo que la ideología se transforma con el tiempo, al igual que los valores, los símbolos patrios y el discurso mismo. Esto nos permite reflexionar en torno a que, si bien la situación de México ha cambiado, debemos preguntarnos cómo lo ha hecho, por qué, qué pasó, por qué el desencanto, quiénes lo promovieron, ahora qué somos y hacia dónde vamos.

Por otra parte, no debemos olvidar que el conocimiento del pasado ayuda a entender el presente, así como a legitimar dominaciones e impugnaciones: el Estado y sus instituciones son los principales hacedores de historia, ideología

y cultura. Finalmente se considera que el análisis de las diversas corrientes ideológicas permitirá conocer mejor la realidad actual del país, ya que representaron y formaron al México actual.

El Estado

La Revolución Mexicana crea al Estado mexicano y lo convierte en parte de su sistema político, institucionalizando de esta manera el poder y la ideología revolucionaria, y convirtiéndola en símbolo de una lucha ganada por el pueblo. El pueblo se transforma en nación, en una unidad con un solo propósito, desdibujándose de esta manera la lucha de clases que irónicamente dio lugar a la misma Revolución.

Asimismo, la Revolución se institucionaliza a través de la creación de un partido oficial, de las elecciones, del corporativismo y el presidencialismo, mecanismos complejos de la política moderna. El gobierno revolucionario le roba a los mexicanos la Revolución, con el argumento de que el país es únicamente obra del Estado, y que el único deber de los ciudadanos es facilitar esa tarea; dicho de otra manera, el Estado está por encima de las clases y debe ser libre para trabajar por el bien común. Las ideas "originales" de la Revolución fueron transformadas para beneficio del grupo que tomó el poder y que después las desprestigió hasta el punto de que, actualmente, nadie o casi nadie cree en el discurso revolucionario.

Para el antropólogo Alfredo Tecla, el Estado surge como la institución responsable de mantener el control, institucionalizando la violencia y filtrándola a toda la sociedad, con el propósito de mantenerse en el poder. México no se escapa de este paradigma: se convierte en un país autoritario, manteniendo la debilidad de todos los sectores y oponiendo los unos contra los otros, situación necesaria si consideramos la existencia de dos Méxicos: la familia revolucionaria y el pueblo, que se articulan sin fundirse, en una dualidad de dominantes y dominados. Hipotéticamente, no existe ningún freno, ninguna garantía contra la omnipotencia del Estado, cuyo propósito es la estabilidad. Sin embargo, entre los dominados existen personas con posiciones políticas contrarias al del Estado, como fue el caso de los hermanos Flores Magón, quienes durante el Porfiriato representaron una amenaza y eran considerados como los enemigos del Estado.

Por otra parte, la nación es una construcción surgida del imaginario social y constituye un tipo particular de identidad colectiva. Se construye con tres modelos, el de la familia, el de la etnia y el de la comunidad religiosa. En cuanto a la familia, la nación es bisexuada: se habla de madre patria que protege a sus hijos, pero también tiene su lado viril, como autoridad que impone deberes. Despierta un sentimiento de patria-hogar y por lo mismo se habla de herencia, de patrimonio nacional y de padres de la patria. El modelo étnico proviene de los ancestros comunes, de una identidad colectiva y una tradición cultural compartida; para México las culturas de Mesoamérica proporcionan esta base, así como la época colonial para el caso del mestizo. En cuanto al modelo religioso, la nación suele vivirse como la patria mística, anónima y envolvente que disuelve las diferencias y las contradicciones bajo un manto invisible y sagrado que le proporciona su fundamento comunitario. De esta manera, se habla de venerar a la bandera, símbolo de nuestra patria, y de proteger el territorio nacional del extranjero, "nuestra tierra santa", por citar sólo unos ejemplos. Finalmente, la nación se dibuja como eterna e inmutable en cuanto a sus rasgos esenciales de carácter. Ya que los cambios históricos afectan únicamente a lo exterior, la nación, en cambio, parece no moverse.

Ideología

En Historia, al hablar de ideología nos remitimos a la formación de identidades nacionales; por ello, al analizar el proceso de formación de la identidad nacional mexicana nos damos cuenta de que es una construcción histórico-social, es decir, responde a un momento histórico, a ciertos intereses de clase, políticos, sociales y económicos, y se transforma a través del tiempo. Según el materialismo histórico, toda sociedad está conformada por una base o estructura y una superestructura. La ideología o el orden de las ideas se ubica en la superestructura y es la encargada de echar a andar la maquinaria social; sin una buena base ideológica, no podría funcionar una sociedad.

Para la teoría marxista, la ideología se concibe como un sistema de valores, creencias y representaciones, que generan necesariamente las sociedades, con el objetivo de justificar idealmente —en el caso del capitalismo— la estructura material de explotación, consagrándola en la mente de los hombres como un

orden natural e inevitable. Si bien esta forma de concebir a la ideología es válida, reduce el papel del hombre a un sujeto incapaz de generar cambios por propia iniciativa.

Por otra parte, Teun A. van Dijk propone pensar a las ideologías de otra manera, como sistemas políticos o sociales de ideas, valores o preceptos de grupos u otras colectividades, que tienen la función de organizar o legitimar las acciones del grupo. Esta visión permite una participación libre de los sujetos, convirtiéndolos en sujetos históricos. Si mezclamos ambas definiciones, se obtiene un resultado interesante, ya que la ideología es capaz de manipular el comportamiento de los hombres en sociedad, pero no es, ni puede ser, una estructura tan rígida que no permita cierto grado de libertad. Y es en este sentido que se ubica a la ideología en este trabajo.

De acuerdo con lo anterior, la ideología de la Revolución Mexicana construyó parte de la identidad y del mito de ser mexicano; a través de ella se logró tener claridad acerca de contra quién luchar, por qué y cómo, permitiendo de esta manera el paso hacia la construcción de un Estado nacional, con una nueva Constitución, más moderna, colocando a México en un ambiente democrático. Sin embargo, la realidad se acerca muy poco al imaginario, es decir, al deber ser. La Constitución y todo el discurso que gira en torno a la sociedad mexicana democrática no coinciden, son realidades muy diferentes, ya que una pertenece a lo que se vive, y la otra, a lo que se dice, al lenguaje.

Durante el movimiento revolucionario varias fueron las tendencias ideológicas que dirigieron la lucha armada y con las que se identificaron algunos sectores de la población, como fueron los campesinos, los obreros y los burgueses. Emiliano Zapata, a través del Plan de Ayala, aglutinó a los campesinos sin tierra del sur de Morelos, mientras que Francisco Villa, en el norte, a los trabajadores de las haciendas. Ninguno de estos dos líderes tenía un proyecto definido de nación; sus peticiones se limitaban a la solución de problemas específicos y locales.

Por otra parte, Francisco I. Madero, perteneciente al sector burgués, era el único que a través del Plan de San Luis convocaba a una lucha armada para conformar un nuevo Estado nacional. Esta claridad, aunada a su posición social, facilitó la difusión de sus planteamientos y le permitió incluir a los demás grupos armados. Desgraciadamente, la falta de determinación y compromiso con los sectores campesinos y obreros del país llevó a su gobierno al fracaso.

El anarquismo propuesto por Ricardo Flores Magón no resultó tan atractivo para los obreros mexicanos. Por medio de su órgano informativo *Regeneración*, difundió sus ideas, que poco a poco se fueron radicalizando; y si bien lograron sensibilizar a un buen número de obreros tanto mexicanos como extranjeros, y guiaron a los líderes de las huelgas de Cananea y Río Blanco, tal pareciera que los mexicanos no estaban preparados para sus propuestas. Sin embargo, que el pueblo mexicano se inclinara por Madero y no por Ricardo Flores Magón no es un asunto sencillo de explicar.

Ricardo Flores Magón, a través de su trayectoria de lucha política, así como de su experiencia de vida, radicaliza su pensamiento y sus acciones, lo que lo llevará a exigirse y a exigir más a la sociedad, la cual no puede cambiar a la velocidad que el ideólogo necesita; toda sociedad debe pasar por un proceso histórico y civilizatorio para aceptar cambios, sobre todo los que corresponden al ámbito de la superestructura, según Marx.

Finalmente los llamados "constitucionalistas", entre los que destacan Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, se encargan de institucionalizar la ideología de la Revolución. Aunque esta ideología, sin duda vaga y simplista, resulta coherente y operativa para el país, más allá de sus contradicciones, situándose más al nivel de las creencias o de los sentimientos que de los conceptos.

Identidad

La identidad, de acuerdo con Teun A. van Dijk, es a la vez personal y una construcción social; se forma a través de las representaciones de la interacción social, de las interpretaciones del discurso, las experiencias y las autorrepresentaciones inferidas. Dicho de otra manera, es la manera en que nos vemos, nos ven, nos definen y nos tratan. Cuando se comparten las experiencias con otros, se construye una autorrepresentación de grupo y entonces se puede hablar de una identidad nacional.

De esta forma, se construye paralelamente el mito del mestizo como la raza prometida. El mestizo es la clave para formar parte de la modernidad europea; las ideas liberales lo invaden y empujan a buscar la igualdad con el "hombre universal"; pero pronto se da cuenta de que no puede: su pasado indígena lo ata a América.

Democracia

Como es bien sabido, etimológicamente la palabra democracia procede del griego *demos* que significa pueblo, y *cratos*, gobierno. A partir del siglo XVIII, con las "grandes revoluciones", Francia y Estados Unidos retoman el concepto y lo adecuan a sus necesidades y condiciones históricas. América latina adopta la democracia sin cuestionarla; era el paso siguiente hacia un Estado moderno, en donde los ciudadanos tendrían la posibilidad de elegir y ser elegidos para ocupar un puesto público. Sin embargo, con el paso del tiempo, la democracia se restringe o reduce a un simple adorno de los Estados.

En la actualidad los contextos han cambiado. El neoliberalismo que ha globalizado a la economía entra en contradicción con la realidad de cada país; la democracia se diluye en el mercado internacional y se define como el conjunto de garantías contra el ascenso o mantenimiento en el poder de un grupo político, cuando en realidad, la democracia debería procurar combinar la ley de la mayoría con el respeto a las minorías, lograr la inserción de los inmigrantes en una población, obtener un acceso normal de las mujeres en la política, así como impedir la ruptura entre el norte y el sur, y el este con el oeste.

El contexto

En los días de Flores Magón México como país estaba en busca de sí mismo; la Independencia no había sido suficiente y no había resuelto las contradicciones entre las clases. Por otra parte, Porfirio Díaz, empecinado con "enganchar a México a la locomotora del progreso", se había olvidado de gran parte de la población desamparada, brindándole todo el apoyo al capital extranjero y a la pequeña burguesía mexicana. Los enormes contrastes de aquel México crearon la coyuntura para que surgieran grupos de oposición. De la clase media constituida por gran parte de la burguesía, provenía el sector ilustrado, el de los intelectuales con ambiciones de obtener una mejor posición económica.

Durante el Porfiriato, las contradicciones entre la población se agudizaron; de esta manera, parte de la clase media ilustrada se opuso al régimen político, mientras que la clase proletaria, que no contó con una dirección clara

ni mucho menos con una conciencia política, no supo cómo expresarse. Otro factor en contra del proletariado fue la división que tenían por sectores productivos y por regiones geográficas, lo que mantuvo alejados a los obreros.

Desde 1892 el repudio a la administración de Porfirio Díaz era patente, sobre todo entre los grupos de estudiantes pertenecientes al grupo pequeño burgués. Para estas fechas Ricardo Flores Magón era un estudiante de leyes con apenas 20 años de edad. Desde un principio el gobierno no toleró ninguna crítica, persiguió y encarceló a los grupos opositores. Como respuesta a estas acciones, el día 7 de agosto de 1900 apareció el primer número de la revista *Regeneración*. Sus objetivos eran dar a conocer los procedimientos legales en casos de injusticias; no existía la menor intención de atacar al gobierno; sin embargo, con el paso del tiempo y los constantes ataques, persecuciones, aprehensiones y exilios, en contra de los integrantes del grupo, radicalizaron su pensamiento adoptando una política de oposición hacia el gobierno de Díaz.

En 1901, el grupo de *Regeneración* acude a la invitación hecha por Camilo Arriaga para participar en el Primer Congreso del Partido Liberal Mexicano; el propósito era defender las Leyes de Reforma, así como hacer un llamado para la organización de Clubes Liberales. La mayoría de los asistentes pertenecía al sector acomodado pequeño-burgués de la sociedad mexicana: periodistas, abogados, médicos, maestros y sobre todo estudiantes. La dirección estuvo a cargo de Camilo Arriaga, Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia y Antonio Díaz Soto y Gama. Algunos intelectuales, entre los que destaca Ricardo Flores Magón, se dieron a la tarea de reivindicar las posiciones políticas del liberalismo. Este grupo comenzó a llamarse liberal, ya que reivindicaba las ideas de Juárez y de los liberales decimonónicos.

Para 1906, Ricardo Flores Magón y su equipo elaboraron el Programa del Partido Liberal, que fue más allá de restablecer los postulados de la Reforma y de la Constitución de 1857, presentando un nuevo programa de reivindicaciones democrático-burguesas; a pesar de que estuvo prohibida su circulación fue leída por más de 25 mil lectores. Dentro de sus principales exigencias destacan: libertad política, régimen democrático, salario mínimo, jornada de ocho horas, libertad de organización obrera, reparto de tierras productivas, anulación de deudas de los peones (y por consiguiente anulación de su acasillamiento), ampliación del mercado interno, desarrollo industrial y lucha contra la dependencia económica del capital extranjero, entre otras. La dirigencia del PLM tenía muy claro que los trabajadores tenían que dirigir la

Revolución. De esta manera, el magonismo planteó una revolución popular, necesaria para lograr una revolución profunda y no el simple cambio de una administración de gobierno a otra.

Al radicalizar su pensamiento, Ricardo Flores Magón comparte los postulados anarquistas, los cuales conciben al hombre como una criatura buena destinada al bien, pero que ha sido corrompida por las costumbres, las instituciones y la autoridad; piensan que la sociedad es algo natural, mientras que el Estado no lo es; las instituciones que la sociedad ha creado, principalmente la propiedad privada y el Estado, son instituciones corruptoras de los hombres, la civilización industrial bloquea e inutiliza al hombre al hacerlo esclavo de la máquina. En general, el anarquismo propone la libertad del hombre, tanto del gobierno como de sus instituciones, promueve la unión y organización libre, así como el autogobierno. Uno de los triunfos más importantes de los anarquistas en México fue la fundación de una escuela en Chalco, donde se formó ideológicamente Julio Chávez López, líder campesino de gran peso y auténtico precursor de Emiliano Zapata. El anarquismo se refuerza a partir de 1880 con la llegada de italianos y catalanes anarquistas a México.

El desarrollo económico porfirista perdió impulso a principios del siglo XIX. En 1907, México se vio envuelto en una crisis económica producida en Wall Street, que produjo una terrible baja en el mercado mundial del henequén, así como una gran disminución de los precios de exportación del algodón y de los minerales industriales. Los bancos se vieron forzados a reducir los créditos, a retirar las hipotecas y a prohibir los créditos a largo plazo. Acontecimientos que golpearon económicamente a la burguesía mexicana, no acostumbrada a invertir. Por supuesto, a quienes afectó mayormente la crisis fue a los trabajadores: los salarios bajaron, las fábricas cerraron, aumentó el monopolio extranjero y el mercado interno disminuyó.

Porfirio Díaz respondió con indiferencia y despotismo, obteniendo como respuesta el enojo de los trabajadores quienes se organizaron por medio de huelgas; así desde 1901 se ubica una huelga de mineros en Matehuala, San Luis Potosí; la huelga de la fábrica textil de Río Blanco, Veracruz, en 1903, predecesoras de los grandes movimientos obreros de 1906 y 1908. En ambas huelgas se encuentran involucrados los Flores Magón, quienes a través de la revista *Regeneración* organizaron los movimientos.

Finalmente, tanto el Porfiriato como la Revolución obedecieron a un mismo proyecto histórico: al desarrollo del capitalismo, proceso que continuó

y se fortaleció en los gobiernos post-revolucionarios. Desde esta perspectiva, la historia de México no encuentra rupturas en los proyectos económico-políticos, por el contrario, están guiados por el capital. Durante el Porfiriato se enarbolaba el "Orden y el Progreso"; durante la Revolución, el "Progreso", ya que ambos se nutrieron tanto de las ideas de la Ilustración, como de la Revolución Francesa. Ambos consideraron que la riqueza era la suma de bienes de capital, representado en el desarrollo, y que ésta pondría fin al atraso material del país.

La revolución de 1908. Una revolución sin eco

Para el grupo de Ricardo Flores Magón, era importante derrocar al gobierno, por lo que a partir de 1908, los magonistas hablarán de una revolución en marcha, independiente de otros caudillos. De hecho, una serie de grupos guerrilleros se mantiene en acción ininterrumpida hasta enlazarse con la lucha generalizada de 1911, encabezada por Francisco I. Madero y su Plan de San Luis. Antes de 1906 los dirigentes del Partido Liberal habían recorrido el país agrupando a los descontentos e impulsándolos a la lucha. Así que, al lanzar su programa, tenían listas las armas con qué defenderlo. Sin embargo, tuvieron que esperar a una maduración del pueblo, momento que aprovechó oportunamente, Madero. Sin embargo, no debemos olvidar que el magonismo fue la chispa ideológica que dio sustento al movimiento revolucionario de Madero.

Discurso magonista

Desde principios del siglo XIX y como prolongación de la Ilustración, del Enciclopedismo y del jacobinismo de la Revolución Francesa, penetraron en México una serie de ideas revolucionarias y socialistas, sobre todo a partir de 1821. Saint-Simon, Fourier, Louis Blanc, Proudhon, Owen y Sismondi fueron algunos de los intelectuales leídos en México, sobre todo entre los trabajadores que poseían algún tipo de educación y que se preocuparon por las condiciones generales de sus compañeros. Después de que el socialismo utópico penetró en México, llegó el anarquismo a través de Pierre-Joseph

Proudhon, cuyos libros *¿Qué es la propiedad?* (1840) y *Justicia en la Revolución y en la Iglesia* influyeron enormemente y fortalecieron el anticlericalismo existente. La misma literatura francesa aportó la obra de Eliseo Reclus *Evolución, revolución y el ideal anarquista*. Bakunin con sus obras *La Vanguardia* y *La Revuelta*; Kropotkin, con *La Libertad*, serán las fuentes de los anarquistas. Ellos darán el sustento filosófico y político de la doctrina, que se complementará con el amplio sentido moral de Tolstoi. Éstos fueron algunos de los autores que influyeron enormemente en el pensamiento de Ricardo Flores Magón.

Regeneración no fue ni la única ni la primera publicación en atacar al gobierno de Díaz; desde 1876 aparecen varias publicaciones independientes. *El Socialista* fue una de las primeras publicaciones periódicas, con una larga trayectoria, así como *La Internacional*. Le siguen *El Hijo del Obrero*, *Revolución Social*, *El Trabajo*, *El Artesano*, *El Desheredado*, *El Obrero*, *El Amigo de los Artesanos*, *El Pueblo Libre*, *El Federalista* y *El Obrero Cordobés*, entre otros; para 1893 surge *El Demócrata*, *El Diario del Hogar*, *El Monitor Republicano* y *El Hijo del Ahuizote*. Todas estas publicaciones surgieron de asociaciones de trabajadores y de grupos de artesanos, quienes formaron opinión y mantuvieron una posición en contra del gobierno de Porfirio Díaz. También permitieron que los obreros tuvieran un instrumento de comunicación y lucha; su organización fue más eficaz que entre los campesinos, ya que estos últimos, no lograron una cohesión, volviéndose sus movimientos poco coordinados y sin una ideología concreta.

El magonismo representó al grupo más radical y contestatario durante el Porfiriato, ya que su discurso logró presentar los intereses de la clase obrera, pero no logró unir a este grupo totalmente, ya que el discurso no se construyó con la clase obrera. Sin embargo, Ricardo Flores Magón pensó al individuo y al grupo como un actor social concreto, el cual debe efectuar la reconstrucción de su realidad, tomando como herramienta a la historia, además de que debe luchar contra la lógica de los aparatos dominantes y de las instituciones.

La revolución política. Instauración de la ideología de la clase dominante

La Revolución Mexicana es una revolución burguesa. A pesar de la propuesta ideológica de Ricardo Flores Magón, México parece que no estaba preparado

para un salto histórico tan grande, como el presentado por el anarquismo. En realidad, las necesidades de los sectores más pobres como el campesinado eran cubiertas por otros programas "más simples" que le prometieron tierras sin ningún compromiso. De esta manera, se logró integrar los intereses de las clases desprotegidas con los intereses de la burguesía, que justificó la lucha por medio de su ideología; así pues, el Estado se concibió como la principal institución, garante del orden, la organización y el desarrollo material de la sociedad; se priorizó la propiedad privada sobre la comunal, promoviendo la acumulación de riqueza y de capital; se concibió el atraso material del país como un momento en el presente, que pronto tendría que modificarse; se concilian los grupos y las clases sociales bajo la dirección y el arbitraje del Estado, quedando estipulado en el artículo 123.

El pueblo fue visto como masa popular, aceptada como parte del apoyo esencial en la construcción de la nación, manipulada y recompensada a través de reformas sociales; el capital extranjero se concibe como pieza fundamental en el crecimiento y desarrollo económico; el nacionalismo forma parte de la ideología y práctica política de una nación independiente y reformista, mas no revolucionaria. Toda esta ideología de clase dominante se refleja directamente en los grupos políticos, pero nunca en los ciudadanos burgueses.

El positivismo seguirá siendo la ideología dominante: justificó al Porfiriato y ahora también a la burguesía revolucionaria. Las instituciones, como clave fundamental que guiarían a México hacia la modernidad, pronto cayeron en la corrupción. Si bien se necesitaba un gobierno fuerte contra la anarquía y el desorden, éste no fungió como un gobierno democrático sino autoritario y totalitario, presidencialista; instaurándose el sistema de privilegio, como régimen en el cual el poder político se empleó directamente para proteger y promover el capitalismo.

Conclusiones

El gobierno de Porfirio Díaz, si bien industrializó al país y permitió una importante inversión extranjera, sólo benefició a una pequeña parte de la población, olvidándose del resto del pueblo, compuesto por el sector obrero, campesinos sin tierra, grupos indígenas y una clase media de profesionistas y estudiantes que no encontraban dónde colocarse profesionalmente. Todo

esto se sumó a las políticas de autoritarismo y presidencialismo, de silenciamiento —ley mordaza—, de represión —ejército, policía y rurales— y a la negativa de dejar el poder, reeligiéndose constantemente, que fueron convirtiéndose en elementos detonantes que obligaron, de cierta manera, a buscar la organización política.

Por otra parte, podríamos decir que el auténtico peligro que el grupo de *Regeneración*, encabezado por Ricardo Flores Magón, representaba para Porfirio Díaz radicaba en la inminente vinculación de los sectores más radicales de la pequeña burguesía politizada con un movimiento obrero apagado durante la primera década del Porfiriato, pero que resurgía en esos momentos. El Programa del PLM, su instrumentación táctica y su línea de organización magonista, durante la primera década del siglo, hicieron posible el levantamiento armado revolucionario. Sin estos antecedentes, quizá no se hubiera logrado el inicio de la Revolución ni el derrocamiento de Porfirio Díaz.

La Revolución Mexicana, como toda revolución, necesitó de un ideario político-social; si bien la acción es lo que genera el cambio, se necesita de una dirección, de una estrategia. No importa si muchos no la entendían, lo que importaba era el sentirse parte de "algo". El positivismo, como ideología, aún persiste en nuestros días, aunque con otros matices. Aún se piensa que los hombres cultos, preparados, son los que deben dirigir el país. Aunque vivimos dentro de una democracia, en donde cualquier mexicano puede aspirar a ocupar un puesto público, y a pesar de que la educación fue y es una prioridad en todos los programas de gobierno, la realidad es que los que poseen la riqueza poseen también la mejor educación, así como las mejores condiciones para desarrollarse, en comparación con los pobres o incluso con la clase media.

La ideología revolucionaria se fue transformando: Madero hizo de la "Revolución" una entidad personalizada y mítica, concibiéndola como la encarnación de la "idea" en el "pueblo", que se debía institucionalizar antes de que se olvidara. Carranza fue el primero en introducir el nacionalismo y en invocar las necesidades de la unidad nacional. Por otra parte, el populista Obregón hizo desaparecer la idea elitista al identificarla con el gobierno, aproximando de golpe el pueblo a la elite. Para él, la Revolución fue el pueblo. Esto implicaba que al hablar de "revolución popular", todos los mexicanos estarían unidos, que el gobierno estaría por encima de las clases y que se identificaría la Revolución con el poder.

Calles anunció que la lucha armada había sido UNA idea de la Revolución, pero no LA idea, y aún menos la Revolución. Gracias a este malabarismo ideológico confirmó que la evolución era el Estado y, a diferencia de Obregón, que la pretendía concluida, la eternizó: duraría tanto tiempo como el poder. Para Cárdenas fue una lucha constante en el seno de la teoría de la Revolución y la definió como una doctrina sustancial, que difundió a través de la educación y que se concretó en los programas y los planes de estudio.

El nacionalismo y la educación serán convertidos en medios y fines de esta eternización. El nacionalismo se convirtió en la columna vertebral del espíritu revolucionario. El partido se encargó de dar al régimen la ideología que justificara, explicara y orientara su acción. La ideología estará centrada en el nacionalismo y colocada bajo el signo de lo heteróclito: la aportación decisiva es que todo movimiento que se aleje de la idea oficial de la Revolución será subversivo. El contraste con la realidad que supuso la disparidad entre imagen nacional y realidad social fue elaborado de modo distinto por las diversas naciones de acuerdo a su desarrollo y con el carácter específico de su ideal colectivo en cada caso.

La nación existe como voluntad de un grupo y esta voluntad pretende crear un Estado, primero porfirista y más tarde revolucionario. El nacionalismo quiere una sociedad urbana, industrial, alfabetizada, fortalecida con una numerosa clase media; quiere una sociedad de masas. Se debe considerar que la ideología revolucionaria mexicana tenía tintes del darwinismo social tomado de Estados Unidos, del liberalismo, del socialismo "cristiano", y de los soviets que estaban de moda; así que el nacionalismo vino a justificar todo: ¿era un caos?, tal vez, pero era la prueba de que no se debía nada a nadie, a fuerza de tomar prestado a todo el mundo.

Todo esto condujo a la impotencia ideológica y al compromiso. Este compromiso, que es de una eficacia política formidable, se llama la "mexicanidad", negación de toda filosofía de la historia y de toda teoría política, que se limita a repetir hasta el infinito "como México no hay dos". Lo que sí es cierto es que no estamos viviendo en un México post-revolucionario, sino en un México neoliberal, con otros intereses muy distintos. La ideología y los valores heredados de la Revolución ya no coinciden ni funcionan en nuestra realidad; la sociedad ha evolucionado y reclama otra manera de entender el mundo.

La globalización y el neoliberalismo empujan hacia otras direcciones, el capitalismo ya no es el mismo del siglo XIX, las Constituciones ya no son

aplicables, los mexicanos ya no son los mismos. El desencanto de la Revolución permeó desde hace tiempo; sin embargo, seguimos celebrando una Independencia que no tenemos y una Revolución que no fue revolución. La globalización y el neoliberalismo, la Historia, crean una doble ilusión a su conveniencia; una: que en México no ha pasado el tiempo, que hay continuidad, conservando pasajes de la historia frescos, como la Independencia y la Revolución, nombres de héroes nacionales, etcétera; y otra totalmente contraria, que hace pensar en que se está muy lejos de lo que fuimos; ya que actualmente somos una nación civilizada, que detesta la lucha armada, que vivimos en armonía y tolerancia, haciéndonos olvidar de esta manera la lucha de clases y el poder que puede emanar de un pueblo, el ejercer su soberanía.

Finalmente es importante considerar los siguientes puntos:

1) La Revolución Mexicana no fue un corte de los procesos del siglo XIX, sino una continuidad de ellos.
2) No rompió el proceso capitalista.
3) No fue una lucha de los desposeídos contra los propietarios, sino una contienda privada por el poder.
4) El nacionalismo, más que unificar las divergencias que dividían a la nación y forjarle una identidad, fue un instrumento ideológico manipulado (por el gobierno) contra sus enemigos y las presiones del exterior.
5) Se cree o se piensa que la Revolución transformó radicalmente al país y que ha realizado cumplidamente las aspiraciones del pueblo mexicano, primero con la Independencia, después con la Reforma y finalmente con la Revolución.
6) El Porfiriato como la Revolución obedecen al mismo proyecto histórico: el desarrollo del capitalismo.
7) El Porfiriato y la Revolución son etapas del mismo proceso que consiste, por lo menos a partir de la Reforma, en un esfuerzo nacional que tiende a la consolidación y al desarrollo del sistema capitalista.
8) El objetivo del Porfiriato se había cumplido: poner orden; por otra parte, los liberales habían cumplido su misión histórica: abatir mediante luchas prolongadas y cruentas a los elementos sociales conservadores y retardatarios que se oponían al progreso de la nación.

9) El liberalismo demostró ser eficaz para la destrucción de sus enemigos, pero no fue capaz de construir, de edificar una nueva organización política y social, que asegurara la realización de los principios de libertad e igualdad en que los liberales se inspiraban.
10) En el fondo los liberales nunca llegaron a comprender que el país era un país atrasado, cuyo atraso no podía ser remediado con un sistema de libertades para las que el pueblo no estaba preparado, cultural, ni materialmente; la sociedad mexicana estaba deshecha por las continuas guerras civiles y todos sus elementos tendían a la dispersión; un gobierno fuerte, que sometiera a esos elementos disolventes, mediante la violencia si se hacía preciso, era una necesidad insoslayable, de la que dependía la existencia misma de la nación.
11) El atraso del país, idea a la que correspondía una concepción del desarrollo material en términos de simple crecimiento o acumulación de bienes, constituía para los porfiristas un valor ideológico que justificaba a la dictadura.
12) El atraso del país, por lo tanto, se traducía en un desorden permanente que había que liquidar, instaurando sin medios términos una dictadura de hierro. Pero ¿qué era lo que hacía del pueblo mexicano un pueblo anárquico y disolvente? No cabía la menor duda: la causa radicaba en la pobreza generalizada que prohijaba ignorancia e instintos sociales suicidas. Hacía falta desarrollar la riqueza social. Sin embargo, la riqueza social era poca y estaba en pocas manos. Lo más cuerdo era hacer que quienes la poseyeran gozasen de protección y seguridad.
13) La riqueza, como suma de bienes, simbolizaba el desarrollo. Y como había poca riqueza, había que traerla de afuera, es decir, del extranjero; además había que ambientarla, protegiéndola. Por lo tanto, también fue necesario crear instituciones sanas que pudiesen sostener de alguna manera un gobierno fuerte y estable. Dentro de este esquema era imposible pensar en el anarquismo como alternativa política, porque era visto como sinónimo de desorden.
14) México pasa de una dictadura "honrada" (según Arnaldo Córdova), a un Estado-nación, democrático, libre; sin embargo, conserva en el fondo la misma figura, ya que es un Estado fuerte cohesionador, que necesita un poder ilimitado para el bien común. Todas estas ideas ilustradas no corresponden con la realidad de México; nues-

tros representantes siguen pensando que no somos capaces de gobernarnos; no nos damos cuenta de que los gobiernos mexicanos, desde Porfirio Díaz hasta Felipe Calderón, pretenden lo mismo, el poder. México está aún dividido por grupos de poder que forman muchos Méxicos, por lo que México no cuenta con una dirección.

15) Riqueza y poder van de la mano.
16) El positivismo, impulsado y justificador del Porfiriato, sobrevivió de alguna manera en la Revolución, ya que de alguna manera el racismo continuó. De tal suerte que el elemento verdaderamente activo, aquél del que depende sin lugar a dudas la buena marcha de la sociedad, aquél que junto con los medios materiales detenta la educación y la capacidad mental suficiente para entender los problemas de la sociedad en su conjunto, y por supuesto para gobernarla, es también el que realmente representa a la sociedad, al pueblo: es la "verdadera sociedad" y "el pueblo verdadero". Las demás clases sociales son una turba inconsciente que, como a los animales, hay que someter mediante la violencia, si es que no alcanza a someterse de que es necesario aceptar el predominio de quienes poseen la riqueza, el más alto de los intereses sociales, y la cultura, la capacidad para dirigir.

Anexo. Programa del Partido Liberal Mexicano (Fragmento)

Reformas constitucionales

1) Reducción del periodo presidencial a cuatro años.
2) Supresión de la reelección para el Presidente y los gobernadores de los Estados. Estos funcionarios sólo podrán ser nuevamente electos hasta después de dos periodos del que desempeñaron.
3) Inhabilitación del Vicepresidente para desempeñar funciones legislativas o cualquier otro cargo de elección popular, y autorización al mismo para llenar un cargo conferido por el Ejecutivo.
4) Supresión del servicio militar obligatorio y establecimiento de la Guardia Nacional. Los que presten sus servicios en el Ejército permanente lo harán libre y voluntariamente. Se revisará la ordenanza mi-

litar para suprimir de ella lo que se considere opresivo y humillante para la dignidad del hombre, y se mejorarán los haberes de los que sirvan en la milicia militar.
5) Reformar y reglamentar los artículos 6 y 7 Constitucionales, suprimiendo las restricciones que la vida privada y la paz pública impone en las libertades de palabra y de prensa, y declarando que sólo se castigarán en ese sentido la falta de verdad que entrañe dolo, el chantaje, y las violaciones a la ley en los relativo a la moral.
6) Abolición de la pena de muerte, excepto para los traidores a la Patria.
7) Agravar la responsabilidad de los funcionarios públicos, imponiendo severas penas de prisión para los delincuentes.
8) Restituir a Yucatán el territorio de Quintana Roo.
9) Supresión de los tribunales militares de paz.

Mejoramiento y Fomento de la Instrucción

1) Multiplicación de escuelas primarias, en tal escala que queden ventajosamente suplidos los establecimientos de instrucción que se clausuren por pertenecer al Clero.
2) Obligación de impartir enseñanza netamente laica en todas las escuelas de la República, sean del Gobierno o particulares, declarándose la responsabilidad de los directores que no se ajusten a este precepto.
3) Declarar obligatoria la instrucción hasta la edad de 14 años, quedando al gobierno el deber de impartir protección en la forma que le sea posible a los niños pobres que por su miseria pudieran perder los beneficios de la enseñanza.
4) Pagar buenos sueldos a los maestros de instrucción primaria.
5) Hacer obligatoria para todas las escuelas de la República la enseñanza de los rudimentos de artes y oficios y la instrucción militar, y prestar preferente atención a la instrucción cívica que tan poco atendida es ahora.

Extranjeros

1) Prescribir que los extranjeros, por el solo hecho de adquirir bienes raíces, pierden su nacionalidad primitiva y se hacen ciudadanos mexicanos.
2) Prohibir la inmigración china.

Restricciones a los abusos del clero católico

1) Los templos se consideran como negocios mercantiles, quedando, por tanto, obligados a llevar contabilidad y pagar las contribuciones correspondientes.
2) Nacionalización, conforme a las leyes, de los bienes raíces que el Clero tiene en poder de testaferros.
3) Agravar las penas que las Leyes de Reforma señalan para los infractores de las mismas.
4) Supresión de las escuelas regentadas por el Clero.

Capital y trabajo

1) Establecer un máximo de ocho horas de trabajo y un salario mínimo en la proporción siguiente: $1.00 para la generalidad del país, en que el promedio de los salarios es inferior al citado, y de más de $1.00 para aquellas regiones en que la vida es más cara y en las que este salario no bastaría para salvar de la miseria al trabajador.
2) Reglamentación del servicio doméstico y del trabajo a domicilio.
3) Adoptar medidas para que con el trabajo a destajo los patronos no burlen la aplicación del tiempo máximo y salario mínimo.
4) Prohibir en lo absoluto el empleo de niños menores de catorce años.
5) Obligar a los dueños de minas, fábricas, talleres, etc., a mantener las mejores condiciones de higiene en sus propiedades y a guardar los lugares de peligro en un estado que preste seguridad a la vida de los operarios
6) Obligar a los patronos o propietarios rurales a dar alojamiento higiénico a los trabajadores, cuando la naturaleza del trabajo de éstos exija que reciban albergue de dichos patronos o propietarios.
7) Obligar a los patronos a pagar indemnizaciones por accidentes del trabajo.
8) Declarar nulas las deudas actuales de los jornaleros de campo para con los amos.
9) Adoptar medidas para que los dueños de tierras no abusen de los medieros.
10) Obligar a los arrendadores de campos y casas a que indemnicen a los arrendatarios de sus propiedades por las mejoras necesarias que dejen en ellas.

11) Prohibir a los patrones, bajo severas penas, que paguen al trabajador de cualquier otro modo que no sea como dinero efectivo; prohibir y castigar que se impongan multas a los trabajadores o se les hagan descuentos de su jornal o se retarde el pago de raya por más de una semana o se niegue al que se separe del trabajo el pago inmediato de lo que tiene pagado; suprimir las tiendas de raya.
12) Obligar a todas las empresas o negociaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores sino una minoría de extranjeros. No permitir en ningún caso que trabajos de la misma clase se paguen peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague en otra forma que a los extranjeros.
13) Hacer obligatorio el descanso dominical

Los artistas no voltearon hacia otro lado. Arte mexicano en tiempos de la Revolución

Claudia Marcela Rodríguez Pérez

Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX en México hubo un desarrollo científico y tecnológico tan importante que llegó a influir en todos los campos del desarrollo humano y el arte no fue la excepción, pues las diferentes manifestaciones artísticas se vieron enriquecidas con el desarrollo de la fotografía, el cine, la radio y con diversas formas de impresión, como la litografía y el grabado, que desde el siglo XIX fueron medios masivos de comunicación.

Esos nuevos campos de acción artística, por novedosos, poco a poco fueron reemplazando al teatro, al teatro de revista y al circo. El 14 de agosto de 1896 se llevó a cabo la primera proyección cinematográfica pública en nuestro país. El cinematógrafo tenía la capacidad de proyectar a gran velocidad secuencias fotográficas, dando la ilusión de movimiento y en poco tiempo se convirtió en uno de los principales pasatiempos del pueblo mexicano.

En las primeras décadas del siglo XX el cine fue la mejor opción para un público que demandaba distracción y entretenimiento. Antes de la llegada del cine, el teatro ofrecía una gran variedad de espectáculos de drama, comedia, opera, zarzuela, ballet clásico, bailes regionales e incluso funciones de circo. Debido a la gran variedad de eventos en ese tiempo, los teatros llegaron a convertirse en una especie de casas de cultura. Con la llegada del cine al país, los empresarios vieron que los teatros eran el espacio ideal para la proyección del nuevo espectáculo.

Adamo Boari, el arquitecto italiano que a principios de siglo proyectó algunas de las construcciones más notables de la ciudad, comprendió el alcance de la convivencia teatro-cine y en el primer diseño del Teatro Nacional (hoy Palacio de Bellas Artes), realizado hacia 1903, planteó la existencia de una

cabina de proyección, idea que fue retomada por los dueños de los teatros ya existentes y pronto fue una opción bastante funcional. Con la llegada del cinematógrafo al país, los teatros se convirtieron en espacios abiertos a la experimentación.

Más tarde se inició el desarrollo de nuevos edificios llamados teatro-cines; como un claro antecedente de las futuras nuevas salas cinematográficas. En esa primera época, el público pagaba cincuenta centavos por tandas de 8 películas y hasta un peso por "funciones de gala" donde la curiosidad científica atraía a espectadores de altas pretensiones sociales.

A inicios de 1900 ya funcionaban en la capital 22 salas, algunas permanentes y otras eran carpas y "jacalones" acondicionados para las proyecciones. Debido a la competencia, el precio de entrada tuvo que bajar; llegándose a pagar 10, 5, 4 y hasta 3 centavos en los cines de barrio. Dada la escasez de material fílmico, se empezaron a combinar las proyecciones cinematográficas con diferentes eventos de variedades teatrales. A fines de 1906 funcionaban permanentemente unos 16 salones, algunos bastante amplios, con cien o más butacas.

La Revolución no detuvo el crecimiento cinematográfico pues tan sólo en 1911 se abrieron 33 salas más. La llegada de contingentes revolucionarios, campesinos y numerosos provincianos que huían de la Revolución, alentaron ese crecimiento, pero con él surgió un nuevo problema de salud: el ambiente húmedo y oscuro de las salas, aunado a los espectadores poco aseados, fomentaron la proliferación de pulgas y muchas salas tuvieron que cerrar.

El gusto por la cinematografía iba en aumento y los dueños de viejas casonas y palacetes coloniales acondicionaron esas construcciones para las proyecciones. Como eran espacios con varias salas, se distribuyeron de diversas maneras, y mientras unos veían una proyección, otros podían asistir a espectáculos de variedades, bailes y reuniones sociales; ejemplo de esto es el famoso *Salón Rojo*, que en poco tiempo se convirtió en el paradigma de un nuevo concepto de espectáculo. La importancia del cine en los primeros años del siglo XX hizo que la construcción de salas cinematográficas se convirtiera en signo de modernidad.

Además de utilizar viejas casonas y teatros, el gusto por las películas llevó a que iglesias y conventos cerrados y abandonados durante la secularización de los bienes eclesiásticos, en el siglo XIX y más tarde durante la Guerra Cristera en el siglo XX, fueran acondicionados como salas de cine. Ejemplo de ello es el claustro del *Exconvento de Jesús María* en el centro de la ciudad, que el

7 de octubre de 1922 se estrenó como sala cinematográfica y recibió el nombre de *Progreso Mundial*, lugar que luego pasó a ser tienda de electrodomésticos y finalmente quedó en completo abandono.

Con el crecimiento urbano, esas salas fueron algo más que un receptor o contenedor de gente, resultaron ser un detonador de la vida citadina. Los cines de grandes dimensiones arquitectónicas aparecieron en toda la república a partir de los años treinta, cuando ya estaba inmerso en la etapa sonora; la época de mayor esplendor en la construcción de cines se ubica entre los años de 1930 a 1970, pero sus inicios durante la Revolución fueron muy importantes.

Durante el siglo XIX y a inicios del siglo XX la Academia de San Carlos era la institución preponderante en la formación de los artistas mexicanos; sin embargo, más que enseñar, se dedicaba a implantar "normas de reproducción". Era una especie de "recetario para los alumnos"; sus maestros eran contratados en Europa y ellos marcaban lineamientos italianos y españoles sumamente importantes para la idea de gobierno tradicionalista. Por eso, en gran medida, el arte nacional era una imitación del arte europeo academicista.

Cuando Porfirio Díaz toma el poder del país, la Academia sufre cambios dentro de la política cultural pues con la idea de buscar una centralización de la cultura, la educación era regulada por el Estado. Con esto, el desarrollo artístico nacional se vio sumamente limitado y bastante controlado. En la Academia de San Carlos se estudiaban las carreras de Pintura, Escultura, Grabado, Arquitectura y Maestro de obra. De 1903 a 1912 el arquitecto porfirista Antonio Rivas Mercado fue su director. En ese periodo los alumnos de arquitectura gozaron de bastantes privilegios pues, para Porfirio Díaz, los arquitectos jugaban un papel muy importante en el desarrollo económico del país, ya que en sus manos estaba hacer un México "bonito" un México "europeo". Creía que, con eso, empresarios extranjeros se sentirían más seguros de invertir su dinero en nuestro país.

Mientras los estudiantes de arquitectura gozaban el Porfiriato, los estudiantes de las carreras artísticas tenían que soportar las injusticias que el director ejercía sobre ellos, además de que, legalmente, las carreras de arquitectura y maestro de obras sí tenían derecho a título, pero no las carreras de arte pues, según el criterio de la época, no se tenía una idea clara de cuál era el papel que jugaban en el proyecto educativo positivista del presidente.

Las condiciones reinantes en la academia obligaron a que los alumnos se dividieran en dos grupos. Por un lado, estaban los de artes, que se manifestaban

en contra del sistema de enseñanza que allí se aplicaba y de las acciones del director; y, por otro lado, estaban los alumnos de arquitectura que gozaban de diversos privilegios.

En 1906 Gerardo Murillo (Dr. Atl), consciente de la situación artística nacional, impulsó a jóvenes artistas que no tenían la oportunidad de exponer sus obras y, a través de la revista *Savia Moderna*, promueve una exposición con obras de diversos artistas mexicanos. En ese momento lograron que se les dieran los primeros muros para ser decorados y, con esto, da inicio una nueva inquietud pictórica "El muralismo". Pero con el inicio de la Revolución Mexicana muchas actividades artísticas tuvieron que suspenderse; sin embargo, ese movimiento dio la pauta para que los jóvenes emprendieran la búsqueda de los cambios que tanto anhelaban.

El hecho de que Porfirio Díaz invitara a diversos artistas españoles a celebrar el Centenario de la Independencia de México hizo que el Dr. Atl lanzara un comunicado, convocando a todos los artistas mexicanos para organizar entre ellos festejos alternos a los "oficiales" en los que se les diera voz a las creaciones plásticas nacionales. Con esto, además del éxito de la exposición, los artistas mexicanos demostraron que eran capaces de organizarse y sacar avante cualquier meta que se pusieran enfrente.

Para 1911 las diferencias entre los alumnos de San Carlos eran ya insostenibles y los estudiantes de arte propusieron que la academia se dividiera en dos escuelas diferentes, separando a la arquitectura de las artes; cada una con directores independientes. Para protestar emitieron varios comunicados manifestando sus inconformidades y las posibles soluciones a sus problemas, pero ninguna autoridad los escuchó y el 28 de julio de 1911 iniciaron una huelga general en la Academia de San Carlos; en noviembre de ese mismo año, el ministro de Instrucción Pública, José López Portillo y Rojas, tratando de dar una posible solución a los problemas de los alumnos de artes, autorizó que el pintor Alfredo Ramos Martínez creara y dirigiera una nueva escuela de pintura y escultura. Esta institución dependía del gobierno de la República y gozaba de todas las prerrogativas de los establecimientos oficiales.

Finalmente el 19 de abril de 1912 el arquitecto Antonio Rivas Mercado presentó su renuncia como director de la Academia de San Carlos y con eso se inició una serie de nombramientos y destituciones de directores. El 15 de agosto de 1913, Alfredo Ramos Martínez fue nombrado director de la Academia de San Carlos y poco tiempo después fundó en Santa Anita, Iztapalapa, la

primera Escuela de Pintura al Aire Libre (EPAL), a la que se le dio el nombre de "Barbizon" para honrar a la escuela de pintores franceses que se reunieron a las afueras del pueblo del mismo nombre, cercano al bosque de Fontainebleau, y que con sus pinturas se manifestaron en contra del formal Romanticismo; sus principales exponentes fueron: Rousseau, Millet, Troyon y Corot.

Muchos criticaron a Ramos Martínez la comparación con la escuela francesa, pero para la gran mayoría de los alumnos de la Academia de San Carlos, esa primera EPAL fue el despertar de un letargo. En este punto es importante comparar las fechas pues la escuela de Barbizon laboró aproximadamente de 1830 a 1870 y en México, esa primera escuela al aire libre se abrió en 1913. Hay 83 años de diferencia entre la fundación de cada una. La EPAL fue en 1913 la novedad, mientras que en Francia el trabajo al estilo Barbizon ya había sido rebasado, pues en Europa ya se habían dado los movimientos de impresionismo, post-impresionismo, simbolismo, modernismo, fauvismo, cubismo y en ese momento se estaba desarrollando el futurismo. En 1913 el músico italiano Luigi Russolo (principal divulgador de la música futurista) publicó un manifiesto sobre el *Arte de los ruidos*.

Para que el arte en México se pusiera a la par con las vanguardias europeas, los pintores mexicanos tuvieron que avanzar a pasos agigantados y trabajar con su labor creativa día y noche. Ejemplo de ello fue la alumna Rosario Cabrera; era tan intenso su deseo de pintar que la Escuela Nacional de Bellas Artes le dio un pequeño taller donde la artista podía pintar todo el tiempo que ella quisiera.

Además de los artistas academicistas, existió otro grupo que desarrollaba su labor creativa lejos de la anquilosada Academia de San Carlos, ya sea porque tuvo la oportunidad de conocer las vanguardias europeas (como fue el caso del mismo Alfredo Ramos Martínez), o porque simplemente decidió mantenerse lejos de la institución. Este grupo de artistas daba al arte nacional nuevas alternativas plásticas que en poco tiempo fueron bien recibidas por los alumnos "ex" academicistas.

La huelga de San Carlos en 1911, la renuncia de Antonio Rivas Mercado a la dirección de la Academia en 1912 y la creación de la primera Escuela de Pintura al Aire Libre en 1913 dieron la pauta para el inicio de una nueva etapa en el desarrollo del arte nacional. Alfredo Ramos Martínez, como director de la Academia de San Carlos, también llamada Escuela Nacional de Bellas

Artes, y como director de la EPAL, renovó el arte mexicano pues promovió las tendencias modernistas que se venían desarrollando en el continente europeo y fomentó los temas nacionales.

Con esto, en poco tiempo, los jóvenes artistas mexicanos empezaron a crear un arte libre, fresco y vanguardista, completamente diferente del creado en los talleres de San Carlos. La maestra Laura González Matute, una de las principales estudiosas de este movimiento artístico, considera que la EPAL de Santa Anita marcó la ruptura y el cambio en el arte del momento. La creación de esa nueva escuela dio la pauta para que se crearan nuevas alternativas plásticas y, con ello, dar fin a una tradición pictórica que sólo se limitaba a copiar y a hacer imitaciones del arte clásico europeo.

Esa primera EPAL surgió en pleno movimiento revolucionario y la condición de terrible inestabilidad por la que atravesaba el país hizo que en poco tiempo cerrara sus puertas; pues Alfredo Ramos Martínez fue nombrado director de San Carlos durante la presidencia de Victoriano Huerta y, cuando éste cae, Ramos Martínez es destituido de su cargo, con lo que todas sus iniciativas para renovar el arte mexicano fueron abandonadas.

El 10 de octubre de 1914 Venustiano Carranza nombró director de la Academia de San Carlos a Gerardo Murillo (Dr. Atl), personaje que también estaba interesado en la renovación de la plástica mexicana. Pero así como los movimientos revolucionarios quitaron a Ramos Martínez la dirección de la Academia, también la Revolución quitó al Dr. Atl de ese mismo puesto, pues ante los embates de los villistas se vio obligado a huir a la ciudad de Orizaba y para diciembre de 1914 la dirección de la Academia de San Carlos entró en un periodo de inestabilidad.

En 1914 las artes plásticas mexicanas estaban divididas en tres grandes rubros; por un lado estaban los alumnos de la Academia que siguieron las tendencias de la EPAL, como Ramón Alva de la Canal y Fernando Leal; por otro los alumnos y maestros de la Academia que continuaron trabajando un arte academicista, como Leandro Izaguirre y Germán Gedovius, que aún arrastraban el sentido estético finisecular; y finalmente estaban aquéllos que habían tenido la oportunidad de viajar a Europa y conocer las vanguardias artísticas del viejo continente, como Diego Rivera y Alfredo Ramos Martínez; y junto con este grupo se encontraban los que siempre se mantuvieron alejados de la Academia, como el guatemalteco Carlos Mérida, que estaba en completo desacuerdo con las EPAL, con las obras que allí se producían y con el sistema de enseñanza que en ellas se aplicaba.

En 1915 Venustiano Carranza ordenó el cierre de diversas escuelas, entre ellas la Escuela Nacional de Bellas Artes, pero poco tiempo después abrió nuevamente sus puertas. En 1920 cuando Álvaro Obregón asume la presidencia de México, nombra a José Vasconcelos rector de la Universidad y, poco tiempo, después ministro de Instrucción Pública. Con este nombramiento se originó una nueva etapa en la vida cultural del país y se inició un proyecto educativo y artístico de largo alcance, que abarcó a todos los sectores de la población.

El nuevo proyecto de arte y cultura nacional hizo que diversos artistas extranjeros pusieran sus ojos en nuestro país y en 1921 llegó a Veracruz el artista francés Jean Charlot, cargando un *Vía Crucis* grabado en madera con el que despierta gran interés entre los alumnos de la EPAL, quienes de inmediato empezaron a experimentar con esa técnica. Esa nueva posibilidad de poderse expresar con el uso de planos, sin utilizar degradaciones tonales fue para los jóvenes artistas mexicanos una experiencia fascinante.

Las estaciones de su *Vía Crucis*, quince en total, resumen de una manera clara las corrientes artísticas más importantes de Europa. Con esto, el desarrollo del grabado en madera fue sumamente importante y varios artistas mexicanos decidieron experimentar con esa técnica. Ramón Alva de la Canal y Leopoldo Méndez fueron dos de sus máximos exponentes. Los artistas plásticos que llevaron al límite las posibilidades del grabado en madera participaron activamente en el movimiento estridentista (del que nos ocuparemos más adelante). Con la llegada de Jean Charlot, México vivió una especie de resurgimiento del grabado en madera y en los años veinte se cimentaron las bases para que en 1937 se creara el Taller de Gráfica Popular (TGP), tan importante en el desarrollo del arte nacional.

La Revolución y el siglo XX trajeron al país la modernidad que tanto se había anhelado y, en los inicios de la década de los veinte, México se convirtió en lugar privilegiado para artistas e intelectuales extranjeros, como Hugo Brehme, Vladimir Mayakovsky, Antonin Artaud, Paul Strand, Edward Weston, Laura Gilpin, Tina Modotti, André Bretón y Serguei Eisenstein, entre muchos otros. La llegada de tantos artistas imprimió en el desarrollo del arte mexicano rasgos muy particulares, que fueron enriquecidos con la fotografía y el cine, pues con esto descubrieron un medio mecánico de creación pura, capaz de rendir culto a la velocidad y de difundir la nueva visión tecnológica que poco a poco cubría al país.

En 1920 Vasconcelos invitó a Alfredo Ramos Martínez a participar en su nuevo proyecto cultural, abriendo, en el barrio de Chimalistac, la segunda EPAL. Ésta reunió a jóvenes artistas que serían parte del génesis del arte moderno mexicano: Fernando Leal, Francisco Díaz de León, Gabriel Fernández Ledesma, Ramón Alva de la Canal, Enrique A. Ugarte, Emilio García Cahero y Mateo Bolaños. Poco tiempo después, Fermín Revueltas, Ramón Cano Manilla y Leopoldo Méndez se unieron al grupo.

El trabajo en la EPAL de Chimalistac consistía en dejar al alumno en completa libertad para que creara sus obras con la menor influencia posible. Los materiales necesarios para su trabajo, como pinturas, pinceles, telas y bastidores, eran proporcionados por la Secretaría de Educación Pública. Además, los alumnos contaban con una pensión alimenticia y podían vivir en las instalaciones de la misma escuela.

Los alumnos de Chimalistac realizaron principalmente obras de paisajes al estilo impresionista. En 1921 la EPAL de Chimalistac se trasladó a unas nuevas instalaciones en el barrio de Coyoacán. En esa nueva escuela los alumnos disfrutaron de un gran parque, una alameda, dos jardines interiores y tres hermosas calzadas que conducían a una enorme finca que perteneció a la hacienda de San Pedro. En Coyoacán se pintaron nopaleras, maizales y volcanes; y el retrato indígena fue muy recurrido por los alumnos.

En 1924 la EPAL se trasladó de Coyoacán a Churubusco. En ese lugar llegaron señoritas de clase media y jóvenes de mayor edad con mejores recursos económicos. Allí pintaron retratos y paisajes. En 1925 se crearon tres nuevas EPAL: Xochimilco, Tlalpan y Guadalupe Hidalgo, que fueron dirigidas por Rafael Vera de Córdova, Francisco Díaz de León y Fermín Revueltas, respectivamente; y en agosto de ese mismo año, las cuatro EPAL presentaron una exposición colectiva en los corredores del Palacio de Minería.

Poco tiempo después se abrió una nueva EPAL en San Ángel, y en 1926 Alfredo Ramos Martínez, director de la Academia; el doctor Puig Cassauranc, secretario de Educación Pública, y el doctor Alfonso Pruneda, rector de la Universidad, decidieron llevar la exposición de las EPAL al continente europeo. Las ciudades de Berlín, París y Madrid recibieron con beneplácito la exposición de los jóvenes pintores mexicanos. En ese tiempo el escritor Alfonso Reyes era embajador de México en Francia y escribió una carta al doctor Puig Cassauranc en la que comenta que Picasso se interesó tanto en las obras de las EPAL que ayudó a Alfredo Ramos Martínez a desempacar

las pinturas. El éxito obtenido en Europa fue tal que, a su regreso, Ramos Martínez fundó dos nuevas EPAL; una en los Reyes Coyoacán, y otra en Cholula, Puebla.

A pesar de su éxito las EPAL fueron duramente atacadas por diversos pintores que no estaban de acuerdo con lo que allí se producía ni con el sistema educativo que utilizaban. José Clemente Orozco fue uno de sus críticos más radicales y Diego Rivera un asiduo defensor.

En 1927 se abrieron tres nuevas escuelas: el Centro Popular de Pintura en San Antonio Abad, el Centro Popular de Pintura de Nonoalco y la Escuela Libre de Escultura y Talla Directa, ubicada en el patio del exconvento de la Merced. Estas escuelas seguían una pedagogía antiacadémica similar a la de las EPAL. Sin embargo, por su ubicación, se vincularon con el sector proletario. Estas nuevas escuelas estaban rodeadas por fábricas y zonas ferrocarrileras, por lo que la producción artística que de ellas se extrajo fue completamente diferente a lo creado en las EPAL. En los CPP se crearon obras con temas industriales y en la Escuela Libre de Escultura y Talla Directa se crearon, principalmente, juguetes con toques artísticos.

En 1928 el país contaba con siete EPAL, dos CCP y una Escuela Libre de Escultura y Talla Directa. Pero con el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón (17 de julio), la situación del país nuevamente entró en un proceso de inestabilidad. Como las EPAL dependían de la Academia de Bellas Artes y ésta, a su vez de la Universidad, los directores de las EPAL intentaron que sus escuelas quedaran a cargo de la Secretaría de Educación Pública y la oportunidad para ello se dio en 1929, pues en julio de ese año la Universidad Nacional obtuvo su autonomía y quedó a su cargo la Academia de San Carlos, mientras que las EPAL, los CPP y la Escuela Libre de Escultura y Talla Directa quedaron a cargo del Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública.

Este cambio, lejos de ayudar a las EPAL las perjudicó, pues Alfredo Ramos Martínez fue destituido de su cargo y el programa de estudios fue modificado, cambiándose la metodología y la pedagogía de las escuelas; con lo que se afectó la flexibilidad que las había caracterizado desde su origen.

En 1930 se redujeron los apoyos económicos para las EPAL; sin embargo, Alfonso Pruneda fue nombrado director del Departamento de Bellas Artes de la SEP y esto reactivó el trabajo artístico, incluso se abrieron algunas otras escuelas de pintura en diversos estados de la República, como Cuernavaca,

Morelia y Taxco. Las circunstancias del país fueron cambiando y el proyecto de las EPAL fue abandonado; las escuelas se fueron cerrando una a una y la última en desaparecer fue la de Taxco en Guerrero, que cerró sus puertas en 1937.

Otro método de enseñanza artística muy importante en los primeros años de la década de los veinte fue el sistema creado por el pintor Adolfo Best Maugard. Este sistema manifestaba un gran interés en las formas artísticas mexicanas. Best Maugard elaboró un método de dibujo que fue usado en las escuelas primarias. La SEP lo publicó y por algún tiempo fue la base en la que se trabajan los programas de las clases de dibujo en las escuelas oficiales del país. El método brindaba a los niños, de modo fácil y sintético, los conocimientos y elementos técnicos para expresar la belleza al modo mexicano. El sistema tomaba como base siete elementos primarios característicos de las decoraciones prehispánicas.

Paralelamente al desarrollo de las EPAL y del sistema Best Maugard, se gestaron otros movimientos plásticos de suma importancia para el país y se dio especial atención al rescate arqueológico; con la idea de buscar una forma de conservarlo y cuidarlo, se empezó a reglamentar el uso de los diversos espacios arqueológicos. Fue tal la importancia que se dio a la producción plástica del México antiguo que se empezaron a crear monumentos, pinturas y edificios con temas prehispánicos.

El de 1921 es un año fundamental en el desarrollo del arte contemporáneo mexicano: Jean Charlot llega con su *Vía Crucis* grabado en madera, en mayo se publica el primero y único número de la revista vanguardista *Vida Americana*, que difunde los "Tres llamamientos de orientación actual a los pintores y escultores de la nueva generación americana", de David Alfaro Siqueiros; en junio se inician los trabajos de construcción de la Secretaría de Educación Pública al mando de José Vasconcelos, desaparecida por Venustiano Carranza en 1917; en ese mismo año el secretario de Educación pidió a Diego Rivera que regresara de su larga estancia en Europa (10 años) para que se incorporara al nuevo proyecto educativo y cultural del país; en agosto aparece la revista *El Maestro,* editada por la Universidad; en septiembre, para organizar los festejos del Centenario de la Consumación de la Independencia Nacional, se organizó una visita del gobierno a Teotihuacan, donde se acababa de renovar el templo de Quetzalcóatl; también en ese mes, por iniciativa de Roberto Montenegro, se inaugura una muestra de artes populares y para finalizar el año, el último

día de diciembre, el poeta Manuel Maples Arce da a conocer su manifiesto *Actual No. 1*, dando origen al Movimiento Estridentista. También surgen los Grupos de Acción de Arte, que en noviembre de 1922 abren al público una primera exposición a la que dan por nombre *Independientes*.

José Vasconcelos, con su proyecto cultural, buscaba manejar un sentido nacionalista en la política educativa y elaboró un programa dedicado a llevar la educación a todo el país. Fundó el Departamento de Bellas Artes para dar prioridad al desarrollo artístico nacional, y durante su gestión se construyeron más de mil escuelas y dos mil bibliotecas.

El pueblo de México, después de una larga dictadura y de un largo periodo de lucha armada, se encontraba inmerso en un terrible analfabetismo. Vasconcelos estaba consciente de que, para que el país pudiera salir adelante, era fundamental educarlo y aculturarlo. Con esta idea, entregó varios muros de diversos edificios públicos a los pintores, para que en ellos plasmaran la historia nacional y así dar los primeros pasos para la educación del pueblo. En esos muros los artistas proyectaron sus ideales y gozaron de libertad para expresarse. Surgió así el muralismo mexicano, movimiento que llegaría a ocupar uno de los lugares más importantes en la historia del arte mundial.

La Revolución dio un lugar primordial al pueblo y el nuevo orden social y político se apoyó en los campesinos, los obreros y la gente de clase media. En los años veinte las artes plásticas populares, como retablos, textiles indígenas, alfarería, juguetería y el arte del México prehispánico, tuvieron gran representatividad y difusión. El interés del Dr. Atl por crear un arte nacional de vanguardia dio los primeros pasos para que se les entregaran algunos muros a los pintores. Sin embargo el movimiento armado canceló esa actividad artística y fue hasta 1921, cuando Roberto Montenegro, Xavier Guerrero y Jorge Enciso decoraron la Hemeroteca Nacional; y el Dr. Atl decoró un muro del ex Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo.

Pero es en 1922 cuando el muralismo cobró un verdadero impulso. En ese año Diego Rivera pintó en el anfiteatro Simón Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria (hoy Antiguo Colegio de San Ildefonso) lo que se conocería como el primer gran mural: *La Creación*; trabajo realizado a la encáustica con una fuerte influencia europea; así se inició así una serie de trabajos murales en toda la escuela, donde también participaron Ramón Alva de la Canal, Fermín Revueltas, Jean Charlot, Fernando Leal y José Clemente Orozco.

El tema central del movimiento muralista es el pueblo de México con su historia, sus luchas y sus ideales. Propuso una corriente estética nueva y permitió que el arte (sólo visto en lugares elitistas) pudiera ser apreciado en diversos espacios públicos como escuelas, hospitales y mercados, permitiendo que mayor cantidad de personas tuvieran acceso a él. Los muralistas buscaron transmitir el contenido profundo y visionario de la Revolución: acabar con el latifundio, entregar la tierra a quien la trabaja y poner fin a la esclavitud del peonaje. De esa manera hicieron un llamado a la construcción de un México independiente, dueño de sus propias riquezas.

Con el tiempo el muralismo se convirtió en un movimiento al que le fueron faltando espacios sociales e históricos para seguir creciendo. Además las circunstancias sociales y económicas después de la Segunda Guerra Mundial hicieron que los artistas crearan un arte de gabinete, de pequeño formato, se enclaustraran y trabajaran en soledad. Con ello surgieron los artistas interioristas y la llamada "Nueva Presencia", corriente que, a diferencia de los muralistas, que siempre se preocuparon por ser explícitos, didácticos y populares, crearon un arte excluyente.

Sin embargo, la importancia del muralismo es tal que en la actualidad el Departamento de Cultura del Sistema de Transporte Colectivo Metro ha proporcionado murales en diversas estaciones para que los artistas contemporáneos puedan expresarse y retomar la idea de hacer accesible el arte a todo el pueblo de México.

Los artistas que no recibieron muros o contrato de la SEP tuvieron que llegar a su público a través de diversas exposiciones y revistas, como la revista *Contemporáneos* y la *Exposición de Pintura Actual*, donde Julio Castellanos, Manuel Rodríguez Lozano, Abraham Ángel, entre otros, participaron activamente dejando ver sus intereses y su particular forma de expresión.

El Movimiento Estridentista, además de ser la primera vanguardia mexicana, fue una manifestación artística que conjugó las artes plásticas, el diseño editorial y la poesía. En él participaron artistas que fueron primero alumnos y después directores de algunas EPAL, y muralistas como Ramón Alva de la Canal, Fermín Revueltas y Fernando Leal. El estridentismo inició como un movimiento literario en el que el poeta Manuel Maples Arce buscaba negar los caminos estipulados hasta el momento, y abrir una ruta nueva, acorde con el desenfrenado cambio que vivía el país. Maples Arce estaba al tanto del acontecer artístico mundial, pues en su primer manifiesto menciona nombres de artistas europeos de vanguardia.

Fue un movimiento que mostró gran interés por los adelantos de la ciencia, la tecnología y las comunicaciones; su intención era la de escandalizar, sacudir la vida cultural, social y política del país, y con la idea de actualizarla, provoca, arremete e impone la nueva estética que caracteriza al hombre contemporáneo. Para lograr la renovación plástica que tanto buscaban, los jóvenes aprovecharon el lenguaje utilizado por vanguardias internacionales, y así, aparecen en las obras de los estridentistas influencias cubistas, dadaístas, ultraístas y futuristas.

Algo fundamental dentro del movimiento es que introdujo el vanguardismo en la cultura del país; aunque tarde, lo puso a tono con varios "ismos" ocurridos en Europa. La idea de desarrollar una estrategia que impulsara y diera acceso a la modernidad en la que estaba inmerso el país, después de haber estado sumido en el atraso, fue el móvil que los ligó al futurismo italiano y al ultraísmo español.

Todos los artistas que se relacionaron con el movimiento, lograron expresar el espíritu de la juventud según sus campos de acción; intentaron integrar todos los campos de las diferentes actividades humanas al cambio revolucionario ocurrido en el país. Su idea, crear un mundo estridente, con nuevas *fonías*, que son los sonidos de la realidad contemporánea. Los estridentistas, además de ofrecer una alternativa al muralismo, pusieron su vista en lo cotidiano y lo familiar, pues el paisaje urbano, gracias a los adelantos tecnológicos, se modificaba día a día, y el indígena era visto de manera diferente. Todos esos cambios se convirtieron en los nuevos temas de inspiración que ayudaron al surgimiento de una poesía y un arte diferentes.

Manuel Maples Arce, poco después de haber lanzado en la Ciudad de México su *Actual No. 1*, publica el primer libro estridentista al que titula *Andamios Interiores. Poemas radiofónicos* (1922) y al año siguiente edita, junto con Fermín Revueltas, la revista *Irradiador* (1923), con la que va despertando en los jóvenes la inquietud de buscar un cambio, algo acorde con el momento. Esta revista es una clara muestra del interés que tienen los jóvenes artistas en el manejo del diseño tipográfico; en ella Diego Rivera participa con la creación de un caligrama. Sin embargo, sólo lograron editar tres números.

Su segundo manifiesto fue lanzado en la ciudad de Puebla, donde se adhieren al movimiento Germán List Arzubide, Salvador Gallardo y Miguel Aguillón Guzmán. Sin embargo, el estridentismo logró su máximo desarrollo en la ciudad de Xalapa, Veracruz, donde, gracias al apoyo del gobernador

general Heriberto Jara, el estridentismo tuvo la oportunidad de publicar la revista *Horizonte*, y diversos libros que formaron parte del aculturamiento nacional. Pero ese momento de gran desarrollo creativo llegó a su fin en 1927 porque Heriberto Jara brindó ayuda a un enemigo de Álvaro Obregón y cuando esto se supo, el gobernador y todo su equipo de trabajo tuvo que salir huyendo de Veracruz.

Con el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón, en 1928, se vio amenazado el proyecto educativo y cultural iniciado por Vasconcelos. Esto hizo que los artistas mexicanos se organizaran en un nuevo grupo de protesta al que dieron el nombre de *¡30-30!*, con la intención de defender a las escuelas de enseñanza libre. Los integrantes de este movimiento fueron en su mayoría artistas que habían participado en el Movimiento Estridentista y por ello la mayor parte de sus obras fueron realizadas en grabado en madera. El desarrollo de esta técnica fue tan grande que en 1929 presentaron la primera exposición de grabado en madera del país.

A finales de la década de los veinte, existían en el país muchos grupos de lucha social que difundían sus ideas creando un arte de agitación y propaganda. Con el tiempo estos grupos fueron tomando mayor fuerza y en la década de los treinta el gobierno, con la idea vasconcelista de llevar la cultura y la educación a todo el país, creó las Misiones Culturales y repartió por toda la República Mexicana a los artistas que formaban parte de la SEP; con ello, los grupos de protesta se fueron desintegrando poco a poco.

El México moderno se fue gestando en medio de gran derramamiento de sangre y un amplio proyecto educativo que trató de conjugar todos los campos del desarrollo humano; y el hecho de que todo esto haya sucedido en medio de grandes avances científicos y tecnológicos ayudó a que el progreso del país se diera vertiginosamente. Los avances tecnológicos permitieron el desarrollo de la fotografía y el cine, la creación de las EPAL, el renacimiento del grabado en madera, el muralismo, el estridentismo, el grupo independientes, el grupo *¡30-30!*, entre otros. Fueron la solución que los jóvenes artistas mexicanos encontraron para quitarse de encima el atraso artístico y cultural que les fue impuesto en el Porfiriato, y todo ello en conjunto forma parte del inicio de un nuevo arte nacional.

De cómo los libros contaron la historia

Marco F. Ramírez Padilla

El libro como precursor ideológico y catalizador del movimiento revolucionario

Desde que el invento de Gutenberg posibilitó a un mayor número de personas el acceso a la palabra escrita, la relación entre libros y movimientos armados se ha convertido en una constante. Esta relación tiene múltiples facetas debido a que una de las cualidades más destacadas de la palabra impresa es que posee una naturaleza dual. Por un lado, es el vector privilegiado de la conservación de los pensamientos antiguos; y al mismo tiempo de la circulación de los pensamientos nuevos. Puede ser el objeto más conservador o el más revolucionario, dependiendo de quien escriba.

Otra faceta a considerar es que el libro, antes que nada, es un objeto y, como tal, en el pasado se le consideró un artículo valioso, de ahí la tendencia a relacionar su posesión con un segmento de la población con una gran capacidad económica, no sólo para ser su dueño, sino también para poder leerlo; muy pocos afortunados podían darse el lujo de destinar el tiempo a leer. Desde esta visión el libro puede convertirse en botín de guerra o en blanco del coraje y resentimiento que sólo puede ser saciado mediante su destrucción.

Es en estos múltiples aspectos que se dio la relación entre libros y Revolución: el libro como difusor de las ideologías que sustenta el movimiento armado, el libro como instrumento contrarrevolucionario, la Revolución como destructora de libros, la creación de publicaciones que representaron a cada una de las diferentes facciones para batirse en la arena de la opinión pública, el libro como receptor de una nueva manera de concebir a la nación, el libro como la punta de lanza del proyecto educativo revolucionario una

vez que se consolida; y finalmente la Revolución como inspiradora de nuevos temas literarios.

El efecto de la palabra impresa en los movimientos sociales se puso de manifiesto de manera muy temprana; solamente transcurrieron cuarenta años a partir de la invención de la imprenta de tipos móviles, para demostrar el poder que tenía. El éxito de la Reforma Protestante es impensable sin este avance tecnológico; la rapidez, precisión, cantidad y bajo costo, respecto de los manuscritos, son las características que transformaron esta manera de comunicar. Lutero experimentó la inquietante sorpresa de recibir de vuelta sus noventa y cinco tesis, impresas en el sur de Alemana.

Siglos después se explicó la velocidad y la intensidad con que se propagó la revolución en París, en vísperas de la Revolución Francesa, por las siguientes cifras: en esta ciudad 90% de los hombres y 80% de las mujeres eran capaces de firmar sus testamentos. Las revoluciones de 1848 se achacaron, en parte, a la difusión de la literatura subversiva y socialista al alcance del trabajador urbano. Vale la pena destacar que, entre los medios impresos, el más propicio para dar a conocer las ideas revolucionarias fue el periódico. Baste recordar que el público lector leyó por primera vez *El Capital* en un periódico, mediante entregas semanales, en su edición de 1872.

En el caso de México se calcula que, hacia 1910, de los 15 160 369 habitantes del país, eran analfabetos 11 888 693, 78.40%. Es decir: 21.40% de la población mexicana podía leer, cifra que, aunque resulta mínima comparada con los índices de alfabetización en las naciones europeas, en ese entonces para México resultaba insólita, nunca antes había habido tantos lectores; esto se debió principalmente a la labor encabezada por don Justo Sierra que, con todo lo negativo y criticable que se le quiera adjudicar, rindió sus frutos. Otro aspecto complementario es que, con la llegada de los ferrocarriles, éstos se convierten en el sitio ideal para leer; en ningún medio de transporte anterior había sido posible pasar las largas horas que implicaba cualquier traslado, leyendo de manera tan cómoda.

La época en que se llevó a cabo la Revolución Mexicana coincide con los últimos años en que los materiales impresos libros, periódicos y revistas eran amos y señores; fueron los últimos años de la hegemonía absoluta de la palabra impresa, ya que no tenía que rivalizar con otros medios de comunicación. Tuvo que transcurrir más de una década de la renuncia de Díaz para que se transmitiera primer programa radiofónico la noche del 27 de sep-

tiembre de 1921, desde el desaparecido Teatro Ideal en la Ciudad de México. La comunicación masiva se presentaba exclusivamente en negro sobre blanco.

La sucesión presidencial

Si hay un libro con el que se deba comenzar es sin duda *La Sucesión Presidencial*. La obra de Madero ha logrado, entre otros consensos, uno en particular: casi todo mundo está de acuerdo en que la calidad de la obra es inversamente proporcional a la enorme influencia que tuvo, paradoja pocas veces vista en la historia de la literatura. Fue esbozada en octubre de 1908, aunque originalmente se tenía la intención de publicarla en la imprenta de Victoriano Agüeros, editor del *Tiempo*; la impresión inició en un taller local y, aunque concluyó en diciembre de 1908, la fecha que se maneja es 15 de enero de 1909. Esto se debió a la necesidad de Madero de contar con el consentimiento de su padre, quien no estaba de acuerdo con la circulación de la obra. En la primera edición se tiraron 3 mil ejemplares, constó de 357 páginas y, aunque no tiene pie de imprenta, se sabe fue impresa en San Pedro, Coahuila. Un detalle que llama poderosamente la atención es que cuenta con el sello de prohibición de reimpresión en la contraportada, lo que nos hace suponer que el propósito del autor no era lograr una difusión masiva, ni que se convirtiera en el catalizador del movimiento armado. Las nuevas ediciones no se hicieron esperar y se convirtió en un libro muy demandado.

El libro fantasma

Otra paradoja relacionada con este libro es la existencia de un vacío de respuestas. Hay una regla casi general la cual establece que, ante la aparición de una obra que critica a un régimen, éste a la mayor brevedad se encarga de mandar a alguno de sus escritores a sueldo a elaborar la replica, la antítesis, para ir minando ante la opinión pública cada uno de los postulados de la obra. Pero para el ensoberbecido régimen porfirista la obra de Madero no se merecía ni siquiera una respuesta. En esta lógica el efecto de *La Sucesión Presidencial* fue inimaginable para su autor, e increíblemente subestimado por el régimen. Es el libro que nunca se escribió, es el libro fantasma.

Por supuesto, *La Sucesión Presidencial* no se encontraba sola en la denuncia de los excesos del porfirismo. El periódico *El País*, dirigido por don Trinidad Sánchez Santos, fue uno de los medios más combativos durante el Porfiriato. A decir de Madero, *El País* era la primera ametralladora que tenía la Revolución, el pueblo así lo entendía y, el día en que renunció Díaz, se dirigió en masa a aclamar a don Trinidad y su periódico.

Una vez en la presidencia, Madero se enfrenta con la cruel realidad que implica detentar el poder; ante la imposibilidad de cumplir con lo prometido y mantener la congruencia con los principios que lo alzaran, *El País* se vio en la necesidad de denunciar los desafueros del gobierno, convirtiéndose en un verdadero dolor de cabeza para el gobierno maderista, ya que tiraba entre 200 y 250 mil ejemplares diarios; además tenía una doble edición vespertina de cuatro páginas, que se vendía a centavo; su noticiero fue el primero en contar en México con servicio exclusivo de noticias. En 1912 un golpe gubernamental acabó con el periódico y encarceló a su director, ofreciéndole su libertad únicamente a cambio de la promesa de exiliarse voluntariamente. La muerte libró de su condena a este editor heroico.

El movimiento armado como destructor de libros

La destrucción de libros desafortunadamente ha sido un espectáculo frecuente durante los movimientos armados; sin embargo durante la Revolución Mexicana se presentaron algunos rasgos que le dieron cierta peculiaridad. Una cuestión que caracterizó la quema de libros durante la Revolución fue que no se realizó una selección previa, no hubo obras o autores destinados en específico a la hoguera; no había listas de libros prohibidos, ni índices, ni autores proscritos, sino que sin mediar ningún tipo de discriminación, muy democráticamente la destrucción se realizó sin distingo. Valdría la pena reflexionar un poco sobre cuál tipo de destrucción es más lamentable, la que va encaminada a condenar a algunos temas y autores, o la que destruye al libro por el simple hecho de serlo. En el primer caso, una selección implica por lo menos conocer el contenido; en el segundo, basta con identificar el objeto.

Hay testimonios que narran que uno de los momentos más disfrutados por la tropa era cuando se quemaba la biblioteca del lugar tomado, para au-

mentar la diversión se hacia observar a los dueños semejante espectáculo. En el caso de la Ciudad de México, a diferencia de las tropas zapatistas o villistas, cuando los carrancistas tomaron la ciudad la población civil sufrió una serie de abusos; los carrancistas se llevaron la palma en cuanto a la destrucción de libros. Casa que era "tomada", biblioteca que era destruida. Entre las bibliotecas arrasadas destacaban por su importancia la perteneciente a la familia Casasús, la de Francisco Bulnes (se cree que ahí fue donde desapareció el precioso original que contenía las anotaciones que realizó durante la expedición científica realizada a Japón)

Hay que sumar la destrucción de la biblioteca del Seminario Conciliar, que representó una importante pérdida del patrimonio cultural de la nación, ya que fue de las pocas bibliotecas en ser respetadas durante la Reforma, razón que le permitió conservar su precioso acervo de manuscritos y libros antiguos; en ella se encontraban parte de los fondos de los establecimientos jesuitas de Tepozotlán y San Gregorio, además de muchos impresos del siglo XVI; algunos de sus tesoros fueron saqueados pero los más de los libros formaron una hoguera en los patios. Ángel María Garibay, quien tuvo la mala fortuna de ser testigo de la destrucción del acervo en que se cultivó, se refiere en sus memorias a este episodio como uno de los momentos que más tristeza le produjeron en su vida; decía: "Se revivieron etapas de barbarie que pensábamos olvidadas".

Otra terrible acción fue el decomiso de la biblioteca de don Joaquín García Icazbalceta. Durante su estancia en la Ciudad de México los carrancistas tuvieron la delicadeza de no destruirla; sin embargo fue "expropiada" ("carranceada" se dijo en el momento) por el general Jesús Dávila Sánchez, mandándola sin previa sentencia a la cárcel de Belén; una vez que se le puso en libertad, fue trasladada a Saltillo, Coahuila, por órdenes de Venustiano Carranza; más tarde, durante el gobierno de Álvaro Obregón, García Pimentel solicitó le fuese devuelta la biblioteca legada por su padre, petición que fue aceptada. Los libros regresaron a la Ciudad de México donde, ante el temor de una nueva expropiación, fueron finalmente vendidos a la Universidad de Austin en Texas. La biblioteca de don Joaquín era particularmente valiosa: contenía medio centenar de libros mexicanos del siglo XVI, y 18 mil páginas de manuscritos novohispanos entre las joyas que componían este conjunto.

Otras ciudades que sufrieron la destrucción de sus acervos fueron León, Guanajuato, en donde las principales víctimas en esta ciudad fueron la bi-

blioteca del obispo Valverde, que fue saqueada y dispersada; las bibliotecas de la preparatoria y del seminario sufrieron la misma suerte y la Imprenta Obrera, una de las principales de León y editora del periódico *El Obrero*, fue incendiada el 1 de agosto de 1914 por el general Pascual Orozco por el terrible acto de atreverse a denunciar sus múltiples abusos.

En San Luis Potosí, la enorme y rica biblioteca del Seminario Guadalupano Josefino fue destruida junto con el observatorio astronómico, en 1914. Tiempo después con gran trabajo y sacrificio se volvió a reunir un valioso acervo para que en 1926 se diera de plazo 3 horas para desocupar el seminario; los libros que pudieron trasladarse a un domicilio cercano, la casa de la familia Hernán, en ese breve tiempo se salvaron. El resto de la biblioteca sirvió de combustible para calentar tortillas. En Torreón el archivo y biblioteca municipal fueron destruidos por los villistas; la destrucción fue de tal magnitud que existe un vacío total de documentación entre 1893 y 1916.

El sentimiento que reinaba en el ánimo de muchos hombres de libros en estos años fue captado con gran claridad y descrito de manera precisa por Pedro Henríquez Ureña en un artículo publicado el 13 de julio de 1916 titulado "*Lacrimæ Rerum*":

> Sobre la hollada alfombra, los destrozados sitiales, la biblioteca dispersa, ¿podrá alcanzarse vida fecunda? No sé si en la incomprensible justicia de los dioses haya compensaciones reales, cuando la destrucción material es también la destrucción de la vida espiritual.

Libros o comida

Durante esta época el libro conservaba el estatus de ser un objeto valioso; la biblioteca personal constituía una parte importante del patrimonio de su poseedor. De esta manera los libros eran mercancías que resultaban fácilmente intercambiables. Sirvieron de salvavidas financieros y muchos libros cambiaron de manos durante algunos de los episodios más cruentos y de mayor dificultad económica a lo largo la Revolución. Muchas personas se vieron en la necesidad de desprenderse de su biblioteca, con todo el dolor

que representa este acto, justificado para un amante de los libros únicamente como el último recurso del que echar mano para sobrevivir.

Una de las muchas personas que se vieron forzados a recurrir a esta trágica medida fue Alfonso Caso. En carta escrita el 14 de diciembre de 1913 a Alfonso Reyes, Caso comenta entre otras cosas: "Hube de vender mi biblioteca, parte de mis libros para poder comer". Otro personaje destacado, Alberto Vásquez del Mercado, se vio en la misma situación. Cuando el gobierno carrancista lo destituye de su cátedra de literatura y de la jefatura del Departamento de Publicaciones del Museo de Historia, al encontrarse súbita y permanentemente desempleado, se vio en la penosa necesidad de vender su selecta biblioteca.

La necesidad de comunicar

A la par de estas circunstancias, los grupos que se van haciendo con el poder entienden la imperiosa necesidad de contar con medios propagandísticos. Crearon sus propios medios y aprovecharon algunos ya establecidos que, buscando su supervivencia, se acomodaron a veces sin mucho decoro a las nuevas circunstancias.

Éste fue el caso del antiguamente porfirista *El Imparcial*, que entre 1910 y 1914 llegó a tirar hasta 90 mil ejemplares diarios. Al triunfar Carranza lo mandó cerrar para dar paso a la fundación del *El Liberal*, de Jesús Urueta, situación que no produjo ningún cambio, ya que si *El imparcial* era un periódico oficial *El Liberal* lo fue aún más

Las fuerzas constitucionalistas contaron con diversos periódicos que les hicieron propaganda: *La República, El Progreso, La Voz de Sonora* y *El Paso del Norte*. Otros periódicos que apoyaron a Carranza fueron *El Constitucionalista*, *El Demócrata*, de Rafael Martínez, que sustituyó al *Demócrata* fundado por Madero y simpatizó con los alemanes durante la Primera Guerra Mundial; *La Voz de la Patria*; *La Reforma Social* y *El Hogar* fueron otras publicaciones del periodo.

A partir de la ruptura entre carrancistas, zapatistas y villistas, surgieron publicaciones que apoyaron a estas dos últimas facciones. *La Convención, El Monitor, La Opinión, El Radical* y *Tierra y Justicia* son algunos ejemplos. En general la prensa carrancista se acogió a la protección oficial y se subordinó.

Como se observa por el número de publicaciones, queda claro que para los carrancistas la prensa constituía un elemento primordial de campaña.

En aquellos años surgen *El Universal* y el *Excélsior* que desde el inicio se desarrollaron como modelos del periodismo moderno, con información y artículos bien escritos, anuncios publicitarios y abundantes ilustraciones y gráficas, lo que denotaba una fuerte influencia norteamericana. El *Excélsior*, fundado en 1917, siguió la presentación del *New York Times* y, durante la Primera Guerra Mundial, junto con *El Universal* publicó páginas en inglés, ya que las dos publicaciones se inclinaron a favor de los aliados. Tanto el uno como el otro se dotaron de excelentes servicios nacionales e internacionales.

El Universal, decano de los diarios actuales, fue fundado por Félix F. Palavicini en 1916 con equipo tipográfico que le proporcionó el gobierno. No faltó el malpensado que vio tal aporte desinteresado como un pago de favores, como la redacción del libro *Un Nuevo Congreso Constituyente*. Sin embargo, con el paso del tiempo *El Universal* pudo adaptarse a los tiempos, reiniciando la empresa industrial periodística

La producción de revistas también resultó significativa; destaca *El Maestro*, que pretendía abarcar una gran variedad de temas (poesía, técnicas agropecuarias, historia, matemáticas, pintura) para dotar a sus lectores de una cultura integral. Entre todas las revistas que se publicaron en este periodo ninguna comparte una historia tan llena de casualidades como *La Vanguardia*.

Fue una revista de corte carrancista que se publicó en la ciudad de Orizaba en 1915. Durante su corta vida, entre abril y julio de 1915, aparecieron 57 números. Curiosamente se elaboró con el equipo de prensas y linotipos que utilizó el diario porfirista *El Imparcial*; sus portadistas y caricaturistas se llamaban José Clemente Orozco y Gerardo Murillo (*Dr. Atl*); el redactor era un jovencito que, apremiado por el cese de los envíos que le llegaban de Parral, se vio precisado a convertirse en el sostén de su familia: Manuel Gómez Morín. Estaba dirigida por el Dr. Atl, al que Carranza había otorgado el rimbombante nombramiento de jefe de Propaganda del Movimiento Constitucionalista. Únicamente se sabe de la existencia de una colección completa en poder de particulares.

Editoriales, librerías, temas y autores durante el periodo revolucionario

El destino que sufrieron algunas de las editoriales y librerías a lo largo de este periodo fue diverso; muchas de ellas nacieron en estos años y continúan siendo negocios prósperos, otras más durante este tiempo vivieron sus últimos días y sólo queda de su memoria algunos de los maravillosos ejemplares que produjeron.

La Editorial y Librería de la Viuda de Ch. Bouret, desde que inició su labor, hacia mediados del siglo XIX, fue reconocida como uno de los mejores establecimientos de su tipo; a pesar de su extenso catálogo, fue una de las librerías condenadas a desaparecer; cerró sus puertas alrededor de 1920. La Librería del General, a pesar de que desarrolló una gran actividad en la difusión de obras y fue centro de animadas tertulias, en las que participaba su clientela, cerró en 1915. Con su fondo se creó la librería Biblos, con diferente dirección, dueños y nombre, La librería Biblos trabajó sólo un par de años, antes de cerrar en definitiva.

La otra cara de la moneda son establecimientos que nacieron en estos años y lograron mantenerse en el negocio, valiéndose de algunas innovaciones tanto en catálogo como en métodos de venta. Entre las librerías que nacieron en estos años, Porrúa es la más significativa. Se estableció primero como librería en local hacia 1910; en 1914 se convierte en editorial, ofreciendo a la venta su primer libro publicado e impreso en México: *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, preparada por Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint, el cual se vendió en un peso. A casi cien años de su fundación, Porrúa continúa siendo una referencia para la actividad libresca en México.

En 1907 Andrés Botas transforma su tabaquería en librería y posteriormente también en Editorial Botas. La empresa Editorial Botas editó alrededor de tres mil títulos. En su época publicó a Mariano Azuela, Federico Gamboa, Julio Jiménez Rueda, José Vasconcelos, todos ellos asiduos clientes del negocio. Una de las características más sobresalientes de esta editorial fueron las portadas de sus libros, ya que muestran la influencia de los lenguajes de las vanguardias europeas en el diseño mexicano, desde tratamientos cubistas o *dèco* hasta composiciones expresionistas.

Editorial Cvltvra nace en 1916, en pleno movimiento armado, bajo la dirección de Agustín Loera y Chávez y Julio Torri; una de sus colecciones

más importantes sin lugar a dudas fue la *Antología Mensual de Buenos Autores*, publicada bajo la dirección de José Gorostiza. En esta colección aparecieron cientos de obras de autores mexicanos y extranjeros, clásicos y modernos, pero invariablemente de gran calidad. Se vendían por tomos y cada tomo constaba de seis ejemplares. La suscripción por seis meses costaba 6 pesos con 25 centavos. Cvltvra editó obras que se distinguieron no sólo por la calidad de su contenido, sino que produjo algunos de los libros más hermosos que se publicaron en México durante la primera mitad del siglo XX. Destacan por su composición tipográfica, diseño (en especial los diseñados por Rafael Loera y Chávez), tipo de papel (como el caso de *Panchito Chapopote*, impreso en papel de china naranja y pegado a la tercera de forros), sus ilustraciones, algunas de ellas realizadas con grabados en madera elaborados por Francisco Díaz de León. Entre las obras editadas por esta casa cabe mencionar las de *Artes Populares* e *Iglesias Mexicanas* o *Oaxaca* y *Taxco*, ilustradas y diseñadas por Francisco Díaz de León. El tratamiento gráfico en estas portadas recuerda el del *Arts and Crafts*. Con esos atributos no sorprende que la mayoría de los libros producidos por editorial Cvltvra sean verdaderas joyas bibliográficas que, con el paso del tiempo, se han convertido en codiciados trofeos para los bibliófilos.

Otra empresa que se distinguió por su labor en este ramo fue la Editorial México Moderno S.A., empresa que se encontraba hermanada en muchos aspectos a la Editorial Cvltvra, al grado de que llegaron incluso a compartir las oficinas situadas en la calle de Argentina 5, aunque la librería y papelería Cvltvra se encontraba en la primera calle de Venustiano Carranza 5. Para comprender los alcances de esta empresa editorial, baste mencionar la conformación de su consejo directivo en 1922: Presidente. Antonio Caso; director gerente: Rafael Loera y Chávez; primer vicepresidente: José Vasconcelos; segundo, Jesús B. González; vocales: 1º Manuel Gómez Morín; 2º Luis Castillo Ledón; 3º Carlos Lazo y 4º Alberto Garduño.

Entre los establecimientos que florecieron mencionaremos a la Librería Robredo, fundada en 1908. En los primeros años cambió varias veces de locación y protagonizó uno de los eventos más extraordinarios en la historia del libro en México. En 1918 Pedro Robredo compra una cantina llamada *La Fragata*, la cierra y la convierte en librería: la Librería Robredo. En la actualidad lo normal sería convertir una librería en cantina.

Algunos libreros, ante las dificultades propias de vender libros en tiempos en que lo importante es comer, se vieron precisados a recurrir a su in-

genio para compensar la falta de clientes; un método utilizado fue la creación de gabinetes de lectura. Ése fue el caso del dueño de la Librería Ortiz. En su gabinete de lectura ofrecía por $1.50 el préstamo por un mes de alguno de los 1200 títulos que poseía el gabinete.

Por su parte, el gobierno de Carranza crea los Talleres Gráficos de la Nación, que se convertirán en uno de los impresores más activos, junto con el Departamento de Arte, Publicidad y Propaganda (DAPP).

En los libros editados en este periodo se puede observar la fuerza con la que se interrelacionaron las vanguardias artísticas europeas y mexicanas, la manera en que se difundieron tanto los idearios como los códigos gráficos europeos en la realidad de México y cómo se fusionaron con las manifestaciones locales para constituir un lenguaje visual nacional. En las publicaciones se distingue un carácter mexicano inconfundible, una alta calidad tipográfica, acompañadas de ilustraciones verdaderamente hermosas, algunas de éstas producidas con grabados originales de notables artistas y, necesariamente, están hechos con una economía de recursos francamente admirable. En este periodo se produjeron verdaderas obras maestras de la edición, que nacieron a partir del proyecto vasconcelista de convertir a México en un pueblo letrado.

Respecto de la creación intelectual, la edición es consecuencia del trabajo desarrollado en esos años. Se realizaron excelentes traducciones de los clásicos: Joaquín Arcadio Pagaza tradujo y editó en 1913 el primer volumen de las obras completas de Virgilio; igualmente fue traducido por esos años *El prometeo encadenado* de Esquilo. Silva y Aceves publica *Arquilla de Marfil,* obra por la que se le ha calificado como el precursor de la mini-ficción. Asimismo durante este periodo se recupera, de la mano de Manuel Toussaint, la figura de Sor Juana Inés de la Cruz; se vuelven a imprimir sus obras después de tres siglos de abandono. Julio Torri reúne sus ensayos y poemas en 1917; también se escribe una de las primeras novelas suburbanas del siglo XX: *Salamandra* de Efrén Rebolledo.

Dentro de esta abundante ola creadora, queremos destacar una de las manifestaciones culturales más singulares que se produjeron en esta etapa. El surgimiento de la poesía erótica. Con ella se abre un nuevo frente en la lucha armada que tiene como principal objetivo minar las bases de la todavía dominante moralidad porfiriana no con balas ni fusiles, sino con tinta y papel. Tres botones de muestra: la más conocida de estas obras sin lugar a dudas es el poema de Efrén Rebolledo *Caro Victrix* (carne victoriosa o victoria de la carne), un tomito que publicó en 1916 con doce sonetos. Su bien

ganada fama se debe, en primer lugar, a la belleza de su composición y en segundo al hecho de que fueron los primeros poemas eróticos de la literatura mexicana. Sin poder resistirnos a la tentación, reproducimos algunas de estas composiciones.

Salomé
Son cual dos mariposas sus ligeros
pies, y arrojando el velo que la escuda,
aparece magnífica y desnuda
al fulgor de los rojos reverberos.
Sobre su oscura tez lucen regueros
de extrañas gemas, se abre su menuda
boca, y prodigan su fragancia cruda
frescas flores y raros pebeteros.
Todavía anhelante y sudorosa
de la danza sensual, la abierta rosa
de su virginidad brinda al tetrarca,
y contemplando el lívido trofeo
de yokanán, el núbil cuerpo enarca
sacudida de horror y de deseo.

Menos conocida en la actualidad es la obra *Las manzanas del paraíso*, de Solon de Mel, pseudónimo utilizado por Gustavo de Luzuriaga. Fue impresa en 1918 por la Imprenta Escalante y contó por lo menos con dos ediciones. La obra fue prologada por Luis G. Urbina y Francisco Villaespesa. En rústica, fue ilustrado con tres grabados, uno de Saturnino Herrán en la portada; el segundo, de Antonio Zaldívar, se utilizó dos veces una en la cubierta y la otra en el interior; y el tercero de Carlos R. González decoró la tapa posterior. Contiene nueve poemas en 61 páginas. Uno de ellos titulado "Salomé". El tema que se desarrolla a lo largo del libro es el que advierte la portada "Libro de pasión y de placer, escrito en elogio de los senos".

III. Ofertorio

Tus senos son
mi obsesión.

Tanto así, que se me antoja
rezarles una oración
fanáticamente roja.

Tanto así que sobre ellos,
perder quiero de mis labios,
los persistentes resabios,
de un escepticismo acre,
al proclamarlos más bellos
que los de Venus y Leda
estampando entre la seda
de sus níveas morbideces,
ósculos que hagan las veces
como de sellos de lacre

Si se encontraran tus senos
de venenos llenos.
con decisión juraría
que sobre ellos moriría
más jamás renunciaría
su dichosa posesión.

Tus senos son
mi obsesión
mi pasión
mi devoción....

Acoge pues mi oración.

Si hubiéramos deseado comprar este libro en 1918, no hubiera sido posible hacerlo en una librería, tendríamos que haberlo solicitado al apartado postal 5171, que se encontraba a nombre del autor.

El tercer libro, *Himno a Salomé*, fue escrito por Severo Amador; hombre polifacético, además de poeta fue impresor, pintor, acuarelista, grabador, maestro de Saturnino Herrán. Se le valora principalmente por sus hermosos grabados, y por las acuarelas de paisajes y vistas interiores del manicomio de

la Castañeda donde pasó los últimos años de su vida, sifilítico y demente. El libro fue impreso en la Ciudad de México en 1918, por el mismo autor. Consta de nueve partes; cada una aborda una parte del cuerpo de Salomé, comenzando por el cabello. Es un libro hermoso realizado artesanalmente con tapas en rústica de color verde olivo, en las que se encuentra en caligrafía del autor su nombre y el titulo. El texto impreso en letra negra se encuentra rodeado por un marco con formas florales en tinta verde. Está ilustrado con tres hermosos grabados que seguramente causaron gran consternación por lo explícitos que resultan. Adicionalmente de la maestría con la que fueron realizados, tienen el mérito estético de estar impresos exactamente en el mismo tono de verde olivo que las tapas. Consta de 52 páginas, aunque no incluye el tiraje, sabemos por el número de ejemplar que tiene el aquí descrito, que por lo menos se tiraron 540.

SALOME.
¡Qué gran artista eres!
Baila para mí la danza del amor y de la vida.
Ya arde el cinamomo en los trípodes argénteos
Ya suenan las ebúrneas liras en la terraza blanca.

Ya los ruiseñores suspiran música de ensueño
entre los laureles rosa.
Ya asoma tu luna idolatrada a través de los mirtos y cipreses
donde duermen los cien pavos blancos de tu real palacio.

Ven... Resucita... Hazte carne, Salomé, hazte carne.

Estoy triste: ¡apiádate de mí! Estoy solo en la vida
y nadie me ha amado verdaderamente Salomé.
Soy poeta y te comprendo
Baila.
Si eres sólo un sueño que en mi mente llevo,
no importa: baila para mí la danza del ensueño

Halaga mis sentidos con todos los halagos.
Sé tú el crepúsculo de mi pobre juventud.

Aún me quedan algunas horas de supremo goce.
Baila. Cántame. Bésame. Ámame. Es tiempo todavía
Tú eres la vida de mi vida.
Después vendrá la tarde gris de los olvidos y no podré mirarte ya.
Después vendrá la tarde larga de la vejez,
y como un poeta anciano y triste que llora versículos
de Job bajo los olivos viejos de Samaria,
no podré besarte porque mis labios ya no tendrán mieles
sino amargores de tronchada encina

¡Ay de mí ¡ Después vendrá la tarde negra de mi muerte,
y como estoy solo en el mundo, nadie me llorará, ni regará
laureles en mi féretro y únicamente rodarán polvos y hojas secas
en mi tumba; pero te llevaré en mí a la vida de las vidas perdurables.

¿Lloras?

Tus lágrimas son como lluvia de un abismo a otro abismo.

Mas no llores: ríe y baila para mí. Aún es tiempo.
¿Vienes? ¿Eres? ¿Me amas? ....

Pues, baila, baila encantadora Salomé,
¡Ah, mi muerta Salomé cómo eres inmensamente,
infinitamente bella!
¡Déjame besar tu alma, divina SALOME!

El común denominador de estas obras es el protagonismo de la figura de Salomé, que siempre ha sido atractiva para escritores y artistas, símbolo de la belleza fatal con alma ambiguamente pura y retorcida, capaz de ser la perdición de un hombre. Su esplendor como musa llega a la cúspide a mediados del siglo XIX, desde la aparición del libro del poeta alemán Heinrich Heine, *Atta Troll*, cruza, con otras miras, la figura malvadamente apasionada de Salomé con la bandeja en la que Herodes le sirve la cabeza decapitada de Juan el Bautista; desde 1841, fecha de publicación de *Atta Troll,* Salomé y el suplicio del profeta se convierten en una imagen obsesiva para el arte —en

especial para el *Art Nouveau*—, para los simbolistas, con Gustave Moreau a la cabeza, que repitió una y otra vez el tema. En los salones parisinos de la segunda mitad del siglo XIX, que anualmente exponían la producción pictórica, no hubo año en que no aparecieran cinco o seis *Salomé;* y en 1912 ya se contabilizaban cerca de 2 800 poemas —homenajes y denuestos— de la bailarina que, con los lúbricos movimientos de su danza, consiguió la cabeza de un hombre.

Se ha mencionado que la mujer fatal representa la tensión decadentista entre el erotismo y la religión; es la obsesión entre dos aguijones: alma y carne; es también la expresión de una nueva sensibilidad de fin de siglo y, de alguna manera, va de la mano con el *mal du siècle*. Qué mejor figura sobre la cual inspirarse. En México se catapulta la figura de Salomé gracias a que gozó de amplia difusión *La Tragedia Salomé*, de Oscar Wilde, escrita en francés en 1891, traducida al inglés tres años después y publicada en México, finalmente a principios de los años veinte por la Editorial Cvltvra, traducida al español por Efrén Rebolledo, nada más y nada menos que el autor de *Caro Victrix*.

Libros escritos por mexicanos impresos en el extranjero

Una parte importante de la producción bibliográfica durante la Revolución se llevó a cabo en el extranjero, algunos autores se encontraban exiliados y fue durante su exilio que publicaron algunas de sus obras más significativas; estos libros con el paso del tiempo se convirtieron en fundamentales para entender el palpitar de la época.

Martín Luis Guzmán escribe *La Querella de México*, publicada en Madrid, en 1915. Éste es un documento hecho por un exiliado, una obra de reconocimiento de México desde la claridad que da la visión a distancia. Con él se inicia un nuevo sentir que luego sería la base común que daría cuerpo a la llamada Generación de 1915. A lo largo del libro se perfila como un manifiesto en pro de fines concretos, por lo que desde el principio señala su autor:

> Por fuera de propósito que llegue a parecer lo que en estas páginas se dice, algo hay en ellas que quedará en pie, aun el peor de los caos: la afirmación del deber imperioso, insoslayable ya, de hacer una revisión

> sincera de los valores sociales mexicanos, revisión orientada a iluminar el camino que está por seguirse.

Otro libro impreso en el exilio fue el escrito por José Vasconcelos *Pitágoras, una teoría del ritmo*, publicado en La Habana el año de 1916 por la editorial Cuba Contemporánea. Ante lo escaso de la obra, se realizó una segunda edición en Editorial Cvltvra en 1921. Luis G. Urbina publica *El glosario de la vida vulg*ar en Madrid el año de 1916; a pesar de tener una buena acogida, fue tan copiosa la edición que aún ahora, casi cien años después, es relativamente sencillo hacerse de un ejemplar de la edición príncipe editada por la Librería de la Viuda de Gregorio Pueyo, siendo el número 1 de la colección Rubén Darío de esa casa editorial.

Alfonso Reyes publicó la primera edición de *Visión del Anáhuac* en la ciudad de San José de Costa Rica en 1917, edición tan escasa que muchas personas la confunden con la segunda, impresa en Madrid el año de 1923. Resulta emblemático que un libro tan relacionado con México y lo mexicano se haya impreso en el extranjero. Otro escritor que mandó a las prensas una de sus obras más importantes fue José Juan Tablada. *Un Día Poemas Sintéticos* fue elaborado en la Imprenta Bolívar de la ciudad de Caracas el año de 1919; se tiraron únicamente 200 ejemplares que para el deleite de sus poseedores se encuentran iluminados a mano por su autor; como colmo de la exquisitez a cada poema corresponde un dibujo.

La importancia de este trabajo queda de manifiesto por la cantidad de comentarios que se han vertido. Se ha dicho que "humor, piedad, ternura, precisión gráfica, gusto por el laconismo del epigrama y un oído bien adiestrado permitieron a Tablada escribir estos poemas precisos y perfectos". Octavio Paz consideró que en este libro Tablada introduce el *hai-ku* a la lengua española. "Dio libertad a la imagen y la rescato del poema con argumento, en que se ahoga. Para Tablada cada imagen era un poema".

Finalmente mencionaremos el azaroso camino de una de las novelas más conocidas de la literatura mexicana: *Los de abajo*, escrita por Mariano Azuela. Una vez que la abandonó en El Paso, Texas, terminó de escribirla e inmediatamente la publicó por entregas en diciembre de 1915 en el periódico *El Paso del Norte*. La primera edición de la novela completa nunca llegó a aparecer porque los carrancistas tomaron Ciudad Juárez, sin que se sepa qué fue de los ejemplares impresos. En 1920 se hizo una nueva edición de la obra,

que se mantuvo durante varios años en las librerías sin que el público ni la crítica mostrasen ningún interés. Es hasta 1924 cuando comienza a recibir elogios; apareció de nuevo en las páginas de *El Universal Ilustrado* a principios de 1925 y fue reimpresa en Madrid en 1927 por la Editorial Biblos. Fue traducida a múltiples idiomas y hasta la fecha no se ha dejado de imprimir.

La Revolución Mexicana como inspiradora de un nuevo tipo de literatura: novela y cuento revolucionario

El movimiento armado se convierte de inmediato en la inspiración que crea un tipo de literatura moderna en lengua española. Dentro del término novela revolucionaria se engloban novela, biografía, autobiografía y memorias, por lo que su definición resulta hasta cierto punto imprecisa. Sin embargo, a riesgo generalizar demasiado se puede decir que el común denominador es que tienen a la Revolución como tema principal.

La cantidad de libros escritos bajo este rubro ha sido enorme. Ya hemos mencionado *Los de abajo*, de Mariano Azuela; sin embargo, entre su abundante creación destacan dos novelas que no tiene nada que envidiarle: *Las tribulaciones de una familia decente* (1918) y *La luciérnaga* (1932); éstas no corrieron con la misma suerte a pesar de que su autor ya gozaba de una bien ganada fama, debido a que resultaron muy incómodas. *Las tribulaciones de una familia decente*, una de sus mejor logradas novelas, es una vehemente crítica en contra del gobierno carrancista, en donde la combinación de maldad, estupidez y deshonestidad son una constante. Por su parte, *La luciérnaga* reprueba la persecución callista contra los católicos.

A pesar de que se le ha dedicado mayor atención a la novela, el cuento de la Revolución es un mejor vehículo transmisor, por que resulta más cercano, permite una completa identificación, que reproduce el sentir en el lector con una eficacia increíble. Grandes plumas se dedicaron a escribir cuento de la Revolución; destacan Vasconcelos, el Dr. Atl y Juan Rulfo. La importancia que tienen la novela y el cuento revolucionario para el historiador reside principalmente en que se puede leer directamente y entrelíneas la verdadera historia de la Revolución.

Edición masiva de libros y la formación de bibliotecas como proyecto educativo vasconcelista

Uno de los principales ejes de acción de la política educativa vasconcelista se centraba en la publicación de obras; era preocupación personal de Vasconcelos que una vez alfabetizada la población tuviera a su alcance lecturas de calidad. A partir de esta premisa se dotó a las bibliotecas de reciente creación y planteles de educación primaria con la mítica "Colección de Clásicos" cuidadosamente traducidos, empastados en verde, con lo más selecto de la cultura universal, en ese momento encarnada en nombres como Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe o Plotino. De veinte a cincuenta mil volúmenes por título vieron la luz en esta empresa. Tiraje tan descomunal que permite aún hoy en día, con un poco de suerte, hacerse de un precioso ejemplar.

Otra obra de gran importancia fue *Lecturas para mujeres*, editada por la SEP en 1923. Sabedor de la capacidad de Gabriela Mistral, Vasconcelos la invita a México para participar en el proyecto educativo. Uno de los frutos obtenidos fue el desarrollo de un libro pensado en exclusivo para la mujer; en el prólogo advierte cómo se trató originalmente de la recopilación de lecturas para las alumnas de la escuela que llevaba su nombre. Como la mayoría de sus alumnas no volvería a pisar ningún aula pretende "darles en esta obra una mínima parte de la cultura artística que no recibirán completa y que una mujer debe poseer"; respecto de la justificación de crear un libro de lecturas para mujeres, dice: "un mismo libro de lecturas se destina a hombres y a mujeres en la enseñanza primaria e industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer".

En sus 395 páginas se encuentran las siguientes secciones El Hogar, Maternidad, México y la América Española, Trabajo, Motivos Espirituales, Motivos de Navidad y Naturaleza. Se tiraron veinte mil hermosos ejemplares, encuadernados en pasta dura color granate con el nombre de la autora, titulo y adornos en relieve en la portada y en la tapa; también en relieve, el escudo de la UNAM.

En 1924 se lleva a cabo la primera feria del libro en el Palacio de Minería durante la primera quincena de noviembre. La crónica fue realizada por José Elguero y publicada en *Revista de Revistas*, donde manifestó: "dicha feria era un homenaje solemne que la Revolución triunfante tributaba a la

cultura mexicana y con ese acontecimiento se trataba de borrar la imagen de una revolución escarnecida por los actos vandálicos de aquellos miembros del ejercito constitucionalista que, ebrios de poder, tomaron la ciudad de México. Estos malos mexicanos —decía Elguero— exhibieron como número principal de su programa la quema de bibliotecas".

La feria del libro de 1924 fue inaugurada por Álvaro Obregón; en esa ocasión se reunió por vez primera un abigarrado grupo de escritores y lectores. Vasconcelos percibió la importancia de esta jornada cultural, con la que consideraba que se había puesto finalmente en marcha la revolución cultural. El Museo Nacional presentó raros y preciosos ejemplares de libros sobre estudios históricos, ilustrados con soberbias reproducciones de jeroglíficos prehispánicos. También se ofreció a la venta una gran cantidad de libros, entre los que destacaron por su belleza los ejemplares de *Las novelas ejemplares*, de Cervantes, en edición facsímil de la publicada en 1613. Una de las atracciones principales fue el magnifico ejemplar de *La Divina Comedia*, incunable veneciano impreso en 1491 que se conservaba en esa fecha en la Biblioteca Nacional.

La dinámica de la actividad educativa responde a que los logros de la Revolución en todos los aspectos podían ser cuestionados. Es así que, por medio de la cultura, se pretendió legitimarla y mitificarla. Como dijera Paul Valery. "Nunca se ha leído tanto, ni tan apasionadamente como durante las guerras; preguntad a los libreros".

El Ateneo contra los "Científicos"

Claudia Espino Becerril

La Revolución Mexicana, como forma de transformación política y social, no se puede reducir a un movimiento armado. En ella intervinieron otros factores que también contribuyeron al cambio de la sociedad. Uno de los factores de mayor importancia fue la crítica y oposición que los jóvenes intelectuales del momento hicieron contra la doctrina filosófica oficial y dominante en México: el positivismo. En su momento, la introducción de la doctrina positivista en el país representó un enorme avance, pues proporcionó a los políticos e intelectuales una herramienta para entender y actuar en consecuencia, a fin de intentar solucionar los grandes problemas nacionales.

El positivismo, doctrina creada por el francés Augusto Comte, proponía que la ciencia era el único conocimiento posible y que la humanidad ya se encontraba lo suficientemente madura para pensar y actuar de acuerdo con los dictados de la ciencia. Para llegar a este momento histórico, la humanidad debió atravesar por el estado teológico, en el que el conocimiento y la interpretación de los sucesos del mundo se atribuían a la voluntad de los dioses. El estado metafísico, que era el segundo propuesto por Comte, se refería a que las explicaciones de los fenómenos de la naturaleza se basan en la acción de esencias, sustancias o causas ocultas.

En el siglo XIX se llegó a la última etapa que debían recorrer las sociedades humanas para actuar únicamente conforme a los dictados de la razón científica. Éste era el estado positivo, en el que la sociedad se convierte en su propio dios, con lo que llega a su fin la historia humana, ya que prácticamente todo está hecho y lo que falta se alcanzará a través del cultivo de las ciencias. La doctrina positivista fortalecía la posición de los grupos dominantes de la economía y del gobierno, en la medida que justificaba y, sobre

todo, procuraba que no se diera ningún cambio en el país contrario a sus intereses. Esta postura venía del año 1869, cuando Gabino Barreda introdujo la doctrina positivista en México, a raíz de la reforma educativa impulsada por el presidente Benito Juárez.

Como parte de la creciente oposición al régimen de Porfirio Díaz, a principios del siglo XX, un grupo de jóvenes estudiantes y profesionistas se dieron a la tarea de realizar una fuerte crítica a los postulados de la doctrina positivista, en la cual habían sido educados. Ese grupo de jóvenes, a pesar de que nunca fue del todo homogéneo tuvo una sólida organización bajo el nombre de El Ateneo de la Juventud, y logró modificar e influir profundamente el panorama cultural e intelectual del momento. El Ateneo de la Juventud fue todo un acontecimiento pues, para que la etapa armada de la Revolución Mexicana llegara a tener éxito, no bastaba con los triunfos en el terreno político y militar. Fue necesario socavar las bases intelectuales y culturales de la clase dominante, a fin de presentar al pueblo alternativas viables que lo condujeran hacia un cambio efectivo destinado a mejorar sus condiciones de vida.

El Ateneo de la Juventud se fundó como asociación civil el 28 de octubre de 1909 y para septiembre de 1912 cambió su nombre por El Ateneo de México, con el mismo propósito de lograr que en el país se arraigara y floreciera la cultura universal y, por supuesto, la cultura mexicana.

Con la fundación de El Ateneo se cultivaron diversas áreas de las humanidades y de las artes; esta revolución cultural permitió el desarrollo de una labor educativa entonces inimaginable. Las sesiones públicas se llevaban a cabo cada 15 días y se convirtieron en una referencia obligada para quienes cultivaban las artes y la filosofía. Una de las consecuencias de la libertad intelectual promovida por El Ateneo fue la conquista de la libertad de pensamiento y acción, conforme a las convicciones políticas propias. Varios de los integrantes de El Ateneo participaron en importantes eventos de la vida nacional, como los festejos del centenario de la Independencia mexicana o la fundación de la Universidad Nacional de México.

De la crítica en el terreno intelectual, aquellos jóvenes ateneístas pasaron a la franca oposición a Porfirio Díaz y a su régimen caduco. Varios de ellos, en su infancia, habían sido admiradores del general Díaz, sobre todo por sus hazañas en defensa del país frente a la Intervención Francesa; aquel valiente "chinaco" que había llegado a la conducción de los destinos de la patria, y para garantizar la paz y el progreso, había ganado la admiración de todos, sobre

todo de los niños. Pero, en cuanto éstos crecieron y se dieron cuenta de los hechos censurables del régimen porfirista, se tornaron en sus opositores. En El Ateneo empezó a gestarse una dura crítica al gobierno, que desde luego no pasó inadvertida para los guardianes y defensores de aquel estado de cosas.

Al estallar la Revolución, varios de aquellos jóvenes ateneístas se declararon maderistas; otros continuaron en la trinchera de las ideas y combatieron con igual eficacia al régimen, y es indudable que contribuyeron a su derrumbe. En la nueva situación, al triunfo de Madero participaron en las filas de los esperanzados en el cambio; y a la caída y asesinato del presidente, continuaron en la lucha contra la usurpación hasta la promulgación de la Constitución de 1917 y la elección de los primeros regímenes revolucionarios. Más tarde, en plena la guerra de facciones de la Revolución Mexicana, algunos de los integrantes de El Ateneo simpatizaron y actuaron en favor de alguno de los bandos en pugna.

Sus "cuatro grandes" figuras fueron José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, así como otros escritores notables, por ejemplo: Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Ricardo Gómez Rabelo, el arquitecto Jesús T. Acevedo, Enrique González Martínez, Manuel M. Ponce y Diego Rivera.

Entre los eventos que los dieron a conocer y cimentaron su presencia en la sociedad mexicana están: la serie de conferencias dictadas en 1910, bajo el patrocinio de Justo Sierra; la lectura en voz alta, en el estudio de Acevedo, de *El Banquete* de Platón; el embate filosófico contra el positivismo; la organización de la Universidad Popular Mexicana y, en fin, toda la trayectoria de un grupo de honda trascendencia en la cultura mexicana del siglo XX.

Los antecedentes inmediatos

A partir de 1906 se registran importantes transformaciones internas en el cuerpo aparentemente monolítico de la cultura porfiriana. En enero de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón publican *Savia Moderna*, que continúa las líneas fundamentales de la *Revista Moderna* y que, en ese mismo año, presenta una exposición de jóvenes pintores: Ponce de León, Francisco de la Torre, Diego Rivera: Gerardo Murillo (el Doctor Atl), vuelto de Europa, encabeza la difusión del impresionismo y el desprestigio del arte *pompier*. En 1906 se inician las reuniones de un grupo de intelectuales (Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña) para leer a los clásicos.

La revista *Savia Moderna* fue la primera expresión de la que llegaría a ser la generación de El Ateneo. Veinte de los 68 ateneístas figuraron en la redacción de esa publicación de corta vida, que apareció de marzo a junio de 1906. En *Savia Moderna* aparecieron colaboraciones de Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Jesús T. Acevedo y Ricardo Gómez Robledo, así como ilustraciones de De la Torre, Zárraga y Diego Rivera.

El segundo paso fue dado al año siguiente: en 1907 se constituyó la Sociedad de Conferencias que organizó dos series de pláticas, complementadas con lectura de poemas y números musicales. La primera se llevó a cabo en el Casino de Santa María y la segunda en el Conservatorio Nacional. Para animar esta serie, se leyeron poemas de Nemesio García Naranjo, Manuel de la Parra, Luis Castillo Ledón, Roberto Argüelles Bringas, Abel C. Salazar, Eduardo Colín y Alfonso Reyes.

En 1907 Manuel Caballero decide resucitar —con el deseo de atacar al modernismo— la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera. Los jóvenes intelectuales se indignan "a nombre de la bandera libre". Bandas de música, gritos, discursos y poesía en la Alameda Central. "Por primera vez —se enorgullece Reyes— se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños... Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó 'buenos hijos de Grecia'. La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña y la gente aprendió a respetarnos". Esta lucha "por los fueros de la belleza" es la primera manifestación pública en el porfirismo.

En 1907 el arquitecto Jesús T. Acevedo funda la Sociedad de Conferencias. "El año fue decisivo —apunta Henríquez Ureña—: durante él acabó de desaparecer todo resto de Positivismo en el grupo central de la juventud... el año de 1907, que vio el cambio decisivo de orientación filosófica, vio también la aparición, en el mismo grupo juvenil, de las grandes aspiraciones humanistas". Es el tiempo de los cenáculos, las conferencias y los discursos como medios de comunicación masiva.

La conferencia se convertía en un instrumento de comunicación cultural a través del cual se acercaba un grupo de jóvenes informados a un público virtualmente interesado en ponerse al día en cuestiones filosóficas, estéticas y literarias, casi todas relativas al pasado más reciente. Cabe también hacer notar que, salvo Rubén Valenti, todos los conferencistas fueron después miembros de

El Ateneo, al igual que los autores de los poemas leídos en la primera serie de conferencias.

La fundación

En 1908, ante los ataques del periódico conservador *El País*, se organiza una sesión en la Preparatoria en memoria de Gabino Barreda: un acto teatral y discursos que, según Reyes, resultan "como la expresión patente de una conciencia pública emancipada del régimen". En 1909, ciclo de conferencias de Antonio Caso sobre la filosofía positivista. El 28 de octubre de 1909 se funda El Ateneo de la Juventud. Vasconcelos, en una conferencia de 1916, proporciona una lista de participantes: los escritores Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Antonio Médiz Bolio, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Mariano Silva y Aceves, José Vasconcelos; el filósofo Antonio Caso; los arquitectos Jesús Acevedo y Federico Mariscal; los pintores Diego Rivera, Roberto Montenegro, Ramos Martínez; los músicos Manuel M. Ponce y Julián Carrillo.

Después de las tres etapas indicadas, 26 jóvenes intelectuales reunieron sus esfuerzos de una manera más organizada y no exenta de compromiso social, y formaron una asociación civil debidamente constituida el 28 de octubre de 1909.

El de 1910 es el año del Centenario de la Independencia. Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y la Universidad Nacional. Se desata la Revolución, que va afectando en forma creciente a la Ciudad de México. Vasconcelos participa activamente en el maderismo y, al triunfo del movimiento, es elegido presidente de El Ateneo (ya Ateneo de México con un programa de "rehabilitación del pensamiento de la raza"). Inicia entonces con la importación de conferenciantes, su proyecto de incorporación cultural de México al resto de Hispanoamérica.

De algún modo, los más entusiastas de entre los ateneístas esperan su personal llegada al poder, la Revolución es obra de los jóvenes y los intelectuales "solamente confiamos en la misma juventud a que pertenecemos, porque es juventud que se ha rebelado, precisamente porque sus estudios de la cultura

moderna le demostraron la incompetencia de sus mayores contemporáneos" (Vasconcelos). Según su punto de vista, el porfirismo no sólo ha liquidado el cultivo de las humanidades, también le ha quitado sitio y sentido.

Se consideran postergados o frenados en su derecho a actuar. Pertenecen a una capa social desesperada no ante el panorama de injusticia y miseria, sino ante la eternidad declarada del régimen de Díaz. Son, en su egoísmo de clase, sinceros y diáfanos. Reyes evoca: "Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder". Esto se refiere a la etapa de represión inmisericorde de las huelgas, de los asesinatos de disidentes, del cierre de periódicos y el encarcelamiento de sus editores, de las campañas de exterminio contra yaquis y mayas. Lo importante está en otra consideración: el porfirismo ya no admite mínimos desplazamientos y eso irrita a una burguesía detenida en su ascenso y frustrada en su ambición de la vida moderna.

Después de la caída de Díaz, la necesidad de reacomodo. La atmósfera intelectual se espesa contra Madero. Crecen las injurias y calumnias en el estilo de José Juan Tablada, *Madero Chantecler*. Se ha vivido demasiado tiempo bajo la dictadura y la libertad disponible es un compromiso excesivo. Cunde el reflejo condicionado: el sometimiento ante la voluntad póstuma del todopoderoso que no es sino el pánico agresivo ante la anarquía. Esto explica en parte la posterior incorporación masiva al huertismo de los intelectuales. Luchas sordas, inquietud, confusión, miedo ante amenazas como las presentadas por las fuerzas de Emiliano Zapata ("el Atila del Sur"). En *Ulises Criollo* Vasconcelos concluye: "No había ambiente para un trabajo sistemático de estadista, y menos haberlo para un florecimiento intelectual que hubiese dado al Ateneo un papel en nuestra vida pública, tan necesitado de elevados incentivos".

Gracias al texto de la escritura notarial se sabe, además, quiénes fueron los socios fundadores, que el 25 de septiembre de 1912 cambió su nombre por el de Ateneo de México y que fueron presidentes de la asociación civil, en orden consecutivo: Antonio Caso, Alfonso Cravioto, José Vasconcelos, Enrique González Martínez y otra vez, Antonio Caso. Su domicilio sería la Ciudad de México, si bien podría extender sus actividades al interior de la República y aun al extranjero.

El objeto de la asociación sería trabajar por la cultura y el arte; para lograrlo, El Ateneo tendría que organizar reuniones públicas en las cuales se daría lectura a trabajos literarios, científicos y filosóficos, y sus miembros

escogerían temas para dar lugar a discusiones públicas. Aunque no llegó a satisfacer ese punto, se propuso publicar una revista. La mayoría de los socios debería aprobar las propuestas temáticas para todo tipo de reunión pública y, desde luego, debía entrar en contacto con las otras asociaciones e individuos. Esto último se cumplió y El Ateneo fue enriquecido con la visita de escritores de otros países.

El estatuto indica que debería celebrarse una reunión mensual interna y podrían constituirse grupos de estudio. Cinco clases de miembros formarían El Ateneo: fundadores, activos —los cuales tenían las mismas obligaciones—, asistentes, correspondientes y honorarios. Los dos primeros estaban obligados a pagar dos pesos al mes. La mesa directiva estaba formada por un presidente, un vicepresidente, un secretario de correspondencia, uno de actas y un tesorero.

El acto público más conocido fue la famosa serie conferencias, de agosto a septiembre de 1910, que se llevó a cabo con el patrocinio de don Justo Sierra, considerado con razón por Felipe Garrido y por Pablo Macedo, entre otros, "ateneísta *ad honorem*". El comentario obvio y mínimo que se desprende es que destacan el nacionalismo (Othón, el Pensador, Sor Juana y Barreda) y el iberoamericanismo (Hostos y Rodó), actualizados, llevados al presente. Al mismo tiempo, la revaloración del pasado lejano: Sor Juana, Lizardi; del cercano, Barreda; y del inmediato Othón. Insistencia en la comunidad hispanoamericana y en la superación del positivismo.

Con los elementos mencionados, y la calidad de los trabajos presentados, El Ateneo de la Juventud cumplió con uno de sus propósitos en torno al centenario de la Independencia. Esta mención no es gratuita: fueron ateneístas dos de los colaboradores de la famosa *Antología del Centenario*: Urbina y Henríquez Ureña.

Las dispersiones

La presencia ateneísta fue haciéndose cada vez más fuerte en el medio intelectual. Si bien hay una primera dispersión en los meses de la crisis porfiriana y del levantamiento de Madero, El Ateneo se reagrupa, aumenta su membresía e incluso trata de tener un "color" político, lo cual no llega a darse en virtud de las hondas diferencias de sus integrantes: en una esquina, maderistas de

la talla de Vasconcelos; en la otra, antimaderistas tan destacados como García Naranjo y Lozano: la mitad del "cuadrilátero".

Otra gran dispersión sucedió después de febrero de 1913: permanecieron en México aquéllos que estaban de acuerdo con el régimen de Victoriano Huerta, de quien fueron colaboradores, o algunos que se abstuvieron de participar en la política, mientras que se fueron del país, para regresar luego por el norte, aquéllos demasiados identificados con la Revolución, como Vasconcelos, Fabela y Guzmán.

Antes de la dispersión de 1913, El Ateneo dio su mejor fruto: la Universidad Popular Mexicana, de vida más prolongada y constituye un puente entre el desaparecido Ateneo y el retorno de la diáspora y el aglutinamiento de buena parte de ateneístas bajo la égida vasconceliana en la Universidad Nacional, primero, y después en la Secretaría de Educación Pública; a fin de cuentas, instituciones vitalizadas por el impulso básico de los ateneístas que así colaboraron en la reconstrucción nacional.

Luis González llama "generación revolucionaria" a los nacidos entre 1875 y 1890. Esta generación está precedida por la "azul", integrada por quienes vieron la luz entre 1860 o 1864, y después de ésta, surge la de los "cachorros de la Revolución", constituida por aquéllos que vinieron al mundo entre 1891 y 1905.

La actuación generacional es distinta en la historia. Su elemento formativo varía, pues mientras los miembros de la "generación azul" todavía alcanzan una educación positivista vigorosa, los de la "revolucionaria" asisten a una Escuela Nacional Preparatoria en decadencia. Después de su formación, las expectativas de actuación son distintas, de ahí la diferencia entre las generaciones. Si bien quienes nacieron en los años fronterizos tienden a confundirse, acaban por ubicarse en donde les corresponde, con elementos definitorios propios.

Así, a la "generación revolucionaria" pertenecen los protagonistas fundamentales de la Revolución Mexicana: Zapata y Obregón, ya que Carranza queda lejos. El Ateneo es básicamente una expresión de la "generación revolucionaria". De 64 ateneístas identificados, 57 nacieron en los años correspondientes a esa generación. Si se hace un promedio, resulta interesante observar que una tercera parte de los ateneístas nació entre 1882 y 1884, es decir, en los años intermedios del periodo. En esa tercera parte se encuentran Vasconcelos, Henríquez Ureña y Antonio Caso, tres de sus representantes más destacados.

La excepción de ateneístas de la "generación azul" está integrada por personajes muy ilustres: el decano resulta ser Luis G. Urbina (1864), le siguen Jesús Urueta (1867), Marcelino Dávalos y Enrique González Martínez (ambos de 1871), María Enriqueta (1872) y Rafael López (1873). Hay un ateneísta de 1891, Enrique Jiménez Domínguez.

Existen muchos criterios para definir a una generación, más precisos cuanto más hagan referencia a una actividad definida. Si se caracteriza a los ateneístas como espiritualistas, frente al positivismo que combaten algunos la alusión es filosófica; si se toma el telón de fondo modernista, la literatura —y en concreto la poesía— es el criterio-guía. La nomenclatura de Luis González se refiere no tanto a poetas y pensadores, sino a ellos y a los demás, nacidos entonces, que circunscriben su actuación a un hecho histórico mayor: la Revolución Mexicana. Los ateneístas coinciden con los revolucionarios, con personajes como Francisco Murguía, Ricardo Flores Magón. Manuel M. Diéguez o Benjamín Hill, es decir, con aquéllos que destruyeron el orden precedente aunque no acabaran de construir uno nuevo, sin recibir la colaboración de los "cachorros" ni la orientación de los "azules".

La revisión generacional incluye cotejos como el que se puede hacer entre el significado de haberse levantado contra el caudillaje de don Porfirio, del pensamiento spenceriano o del engañoso plumaje del cisne (en alusión al poema de Enrique González Martínez). Pero la revisión sería incompleta si se creyera que todos dirigen sus pasos por la misma vereda. Si bien hay quienes van contra la Revolución, ello no quiere decir que sean exactamente restauracionistas. La coincidencia es mayor si se encuentra que, como generación de ruptura, no llega a ser demasiado radical o tan radical como la de quienes vinieron después.

El punto fundamental de coincidencia habría que buscarse en lo que adjetiva a El Ateneo en su origen: la juventud. Cuando se reunieron, menores de 30 años los que estaban en el promedio, eran individuos que se identificaron por la lectura, por su afán de conocer y de hacer partícipe a la comunidad del valor de los libros. Fue gente que en sus años estudiantiles dejó el destrampe juvenil por la lectura. Todo lo que hicieron de mayor significación tiene en el libro al eje de sus preocupaciones, si se exceptúa a los cuatro pintores y a los tres concertistas, quienes, empero, no fueron ajenos a la palabra impresa. La lectura los llevó a la creación y a la política. No sólo enseñaron y divulgaron, sino que también se expresaron en obra escrita y en el ágora revolucionaria.

El libro fue la pasión vasconceliana, "el secreto de Ateneo", como él le llama. De su actividad como funcionario de la educación y la cultura se recuerdan, entre otras bondades, los libros que editó y las bibliotecas que fundó. Alfonso Reyes declaró querer "el latín para las izquierdas" en un dorado afán de ligar lo agrario y lo bucólico. Henríquez Ureña fue un hombre que enseñó a leer en los puntos "extremos de América". Torri dejó como legado la constancia de su "diálogo de los libros".

Leer para comunicar, para enseñar, pero también para actuar y crear. Los ateneístas se comportaron como maestros. Son didácticos en muchas de sus manifestaciones: de Reyes a Caso, de Vasconcelos a Diego Rivera, de Ponce a Henríquez Ureña. No sólo en el hecho de impartir cátedras sino en toda su obra. De ahí su enciclopedismo y didactismo. Pero enseñaban para formar ciudadanos, crear una *polis* nacionalista, iberoamericana, con sus raíces hundidas en Atenas, en las creaciones dantescas, en Cervantes. Una *polis* sustentada por un *demos* bien formado, sólido y capaz de tomar las mejores decisiones.

Ciertamente Porfirio Díaz no tenía *toda* la razón cuando le expresó en 1908 a James Creelman que ya se podía retirar tranquilo porque una clase media había surgido y podía sustituirlo mediante un ejercicio democrático del poder. La clase media tenía toda la razón o sólo la tenía en parte. La tenía porque si bien no era mayoritaria, resultó lo suficientemente emprendedora para originar, encauzar y dirigir no una democracia, sino una revolución.

De esa clase media eran los ateneístas. Con más precisión, de la urbana, capitalina o cosmopolita. Si se examina el origen de los ateneístas, aparecen datos interesantes; habría que hacer una división que considerara a los de adentro y a los de afuera, siendo estos últimos ocho hispanoamericanos, a saber: de España, el catalán José Escofet y el asturiano José González Blanco; y de América, además de los hermanos Henríquez Ureña, dominicanos, dos poetas de Colombia, el menos conocido Leopoldo de la Rosa, y Miguel Ángel Osorio, registrado como Ricardo Arenales y ampliamente familiar bajo el nombre de Porfirio Barba Jacob. El novelista cubano Jesús Castellanos también se incorporó, al igual que el tormentoso limeño José Santos Chocano.

Los ateneístas de adentro estaban encabezados por doce capitalinos, seguidos de lejos por seis de Jalisco y por cinco guanajuatenses. De Zacatecas hubo tres, y si López Velarde se hubiera mudado a la capital temprano habría un cuarto ateneísta de ese estado. También hubo tres de Veracruz. Tocan

dos a Aguascalientes, Chihuahua, Hidalgo, Estado de México, Michoacán y Nuevo León. Y sólo llegó uno de Coahuila, Chiapas, Durango, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Sinaloa, Sonora, Yucatán y del entonces Territorio Federal de Tepic.

En todos los casos se dio el fenómeno de la migración a la capital para hacerse de mejor instrucción y, en buena medida, hacerse profesionistas. La mayoría sí lo fue, si se atiende al hecho de que pintores y concertistas también se cuentan en la lista. Considerando a mexicanos y extranjeros, 54 realizaron estudios profesionales o de bachillerato, trece no lo hicieron o se ignora su biografía estudiantil. De la mayoría profesional 32 fueron abogados, aproximadamente cincuenta por ciento de los titulados. Se advierte, desde luego, la ausencia de una Facultad de Filosofía y Letras, ya que fueron varios los que nunca colgaron un título, aunque la abreviatura "lic." se antepusiera a sus nombres.

Sin embargo, también hubo tribunos notables, como Lozano, gran defensor y agente del Ministerio Público, o tratadistas del derecho civil, como Pallares; magistrados como Teja Zabre, y miembros de bufetes notables, como Vasconcelos. Después, el número desciende a cinco médicos e igual número de pintores, tres arquitectos, tres músicos, dos ingenieros y dos bachilleres. No había necesidad de posgrado aunque uno lo obtuvo, y se contó, además, con un prominente oxoniano. De los no titulados, no por azar, la mayoría está compuesta por poetas.

Cuenta don Genaro Fernández MacGregor que renunció a El Ateneo cuando Lozano y García Naranjo quisieron dar un giro político a las discusiones. Más tarde, don Genaro se reincorporó y quienes estaban picados por la política no inhibieron su llamado; la XXVI Legislatura federal les abrió las puertas a un mundo lleno de actividades que marcaría trayectorias fundamentales. Se hizo alusión a que eran de El Ateneo dos del cuadrilátero parlamentario, así como otros militaron en el Bloque Liberal Renovador, hasta llegar a trece. También hubo alguno que otro destacado diputado al Congreso Constituyente de 1916-1917, como Cravioto. El Senado le llamó menos la atención, pero su presencia llegó al ejercicio 1970-1976.

La administración educativa encontró a cuatro rectores de la Universidad Nacional: Vasconcelos, Caso, Pruneda y Fernández MacGregor, y varios directores de facultades y escuelas, así como un secretario general. El propio ramo educativo fue encabezado por dos ateneístas al frente, con Obregón y

Calles, mismo que también encabezó Relaciones Exteriores e Industria, Comercio y Trabajo. También la Procuraduría General de la República, en la época de Huerta, albergó a un ateneísta.

Uno llegó a gobernador de su estado porque otro se quedó en candidato, lo que le sirvió de experiencia para otra candidatura, la presidencia de 1929, que lo llevó no al fin perseguido sino a un gran lugar en la historia. Más de una docena desempeñó el servicio exterior y en muchos casos no por razones de "orden suprema", sino por vocación, necesidad y deseo. Fabela y Fernández MacGregor se destacaron en derecho internacional. Siempre se comportaron como ateneístas. Los guió su ilustración.

Destruyen las bases sociales y educativas del positivismo y propician el retorno al humanismo y a los clásicos. La gloria colectiva de este logro se circunscribe en ocasiones y es gloria individual. Antonio Caso declara en 1927: "Mi obra como derrocador de la hegemonía comtista... pertenece a la historia de las ideas en México. Ella dirá algún día que provoqué la batalla y tuve la buena fortuna de triunfar en la contienda... ¡Todavía hoy me complace el rumor de la lucha empeñada y lo indiscutible de la victoria que alcancé! Aquella campaña me conforta". La autoexaltación es corroborada por testimonios del grupo. "Nuestra única conquista fundamental, en la vida universitaria de entonces, fue el estímulo que dio don Antonio Caso a la libertad filosófica" (Henríquez Ureña).

Recuperan, descubren y hacen circular a autores como Platón, Schopenhauer, Kant, Boutroux, Bergson, Poincaré, William James, Wundt, Nietzsche, Schiller, Lessing, Winckelmann, Taine, Ruskin, Oscar Wilde, Croce y Hegel. Su eclecticismo tiene un común denominador: la visión de las doctrinas filosóficas como modos de vida: "Nietzsche no hizo volver a reír" (Vasconcelos)/ "Caracterizaba a todos los miembros del Ateneo un *vivo espíritu filosófico*, fácil de comprobar en la producción intelectual de cada uno de ellos" (Henríquez Ureña). El encuentro con los griegos es determinante: en su lectura conjunta de *El Banquete* "nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle". En Grecia encuentran la inquietud del progreso, el ansia de perfección, el método, la técnica científica y filosófica, el modelo de la disciplina moral, la perfección del hombre como ideal humano. También "la revelación de Kant produjo la liberación perenne de todo empirismo" (Henríquez Ureña).

Representan la aparición del rigor en un país de improvisados. Al grupo de El Ateneo —dice Martín Luis Guzmán en *A orillas del Hudson*— lo caracterizó:

> (…) una cualidad del valor inicial indiscutible... la *seriedad*. La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia del que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano hasta donde sea posible; la convicción de que así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es duradero.

El Ateneo es "el primer centro libre de cultura... (organizado) para dar forma social a una nueva era de pensamiento... (nos hemos propuesto) crear una institución para el cultivo del saber nuevo" (Vasconcelos en 1911). Introducen un criterio distinto en la comprensión de la cultura. Son los primeros en acercarse a Buda y al misticismo oriental. La idea de la mística (la participación en empresas transfiguradoras) los avasalla: "florece una generación que tiene derecho a llamarse nueva, no sólo por sus años sino más legítimamente porque está inspirada en estética distinta de la de sus antecesores inmediatos... una manera de misticismo fundado en la belleza, una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas".

Impugnan frontalmente el criterio moral del porfirismo, son una revolución moral: "Se le reconoce (a la generación de 1910) una gran significación literaria; pero se ignora o se pretende ignorar la trascendencia de su obra en la cultura de México y en la orientación de nuestras ideas morales" (Vicente Lombardo Toledano, "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", diciembre de 1930). También Samuel Ramos en 1934: "La obra cultural del Ateneo de la Juventud, iniciada por el año de 1908, debe entenderse como una lucha contra la desamortización de la época porfirista".

Renuevan el sentido cultural y científico de México. Lombardo enumera:

> La generación de 1910… refutó públicamente la base ideológica de la dictadura. Contra el darwinismo social opuso el concepto del libre albedrío, la fuerza del sentimiento de responsabilidad humana que debe presidir la conducta individual y social; contra el fetichismo de la Ciencia, la investigación de los "primeros principios"; contra la conformidad burguesa de la supervivencia de los aptos, la jubilosa inconformidad cristiana de la vida integrada por ricos y miserables, por cultos e incultos y por soberbios y rebeldes.

Son precursores *directos* de la Revolución. Condenan, a través de una crítica totalizadora, al porfirismo, al que descubren carente de valores humanistas o cristianos, rígido en lo educativo, al margen de "preocupaciones metafísicas", desentendido de la miseria, obsesivamente colonizado. A la conducta de la época le agregan —subversivamente— nuevos valores: "rebeldía creadora, sentimiento de responsabilidad ante lo injusto, afán de vuelo ante los obstáculos del destino aparente" (Lombardo Toledano). Perciben la necesidad de incorporar la noción de luchas de clases al concepto de Estado (Lombardo Toledano). La historia nace a través de la acción: "En el orden teórico —declara Reyes refiriéndose a la manifestación en memoria de Barreda— no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución... Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen".

Los saldos de El Ateneo

La leyenda de El Ateneo resulta inevitable: el sistema político y social vencedor en la Revolución precisa de una legitimidad integral. Fundar la cultura de la Revolución en un grupo de la evidente brillantez de El Ateneo es hacerse de bases sólidas. Los historiadores de la cultura oficial eliminan incongruencias, desvanecen contradicciones y disparidades, no toman en cuenta las críticas feroces de Vasconcelos a sus compañeros, insisten en describir un vasto paisaje fraternal. Queda, a la distancia un conjunto unívoco, indivisible, cuya tajante y severa mitología requiere, *grosso modo*, de estas precisiones.

Su importancia política no es tan amplia ni tan demoledora. Frente a los sectores reaccionarios y feudales del porfirismo, representan un adelanto, una liberalización, una *alternativa*: son la posibilidad de reformas dentro del sistema, la certidumbre de un comportamiento intelectual de primer orden. Pero su raigambre conservadora es imperiosa. El ensayista Jorge Cuesta es el primero en atender este ángulo (en 1937). Cuesta supone que la Revolución de 1910 no permite a El Ateneo una tradición fiel y precisa. Cuentan con un pasado restaurable: el acervo humanista, las búsquedas de soluciones racionales y espirituales a la vez. Su utopía, el "ardor revolucionario tradicionalista", tiene un antecedente: los cauces místicos y morales de los jesuitas del siglo XVIII.

El vigoroso conservadurismo de los ateneístas no les impide constituirse en un puente entre una y otra etapas históricas y les obliga a perfilarse como

un programa: el deseo de sobrevivencia de una cultura que no juzgan porfiriana sino occidental y universal (clásica en su origen) y a la que se deben. No es azarosa su indiferencia ante una característica de la vida griega: la democracia. Su afán es distinto y, sin decirlo, aceptan la idea de un despotismo ilustrado. Lo que será la vaga conformación programática de Vasconcelos como secretario de Educación Pública y como candidato a la presidencia en 1929. Este conservadurismo es una empresa de rescate preservación y difusión de los "verdaderos valores". De 1906 a 1914, los ateneístas luchan por conservar, en medio de la catástrofe, el anhelo minoritario de armonía, de goce cultivado de los sentidos.

Sin embargo, la Revolución finalmente dinamizará la escritura de varios ateneístas, les agregará ímpetu y flexibilidad. Los participantes de esta tendencia no consienten influencias; creen en la posesión exclusiva del gran secreto: el pasado indestructible de México es su liga con la tradición clásica. Los ateneístas no serán los fascistas de la Acción Francesa, pero sí, siempre, defenderán con celo terrible a la civilización que conocen y a la que están seguros de emblematizar.

Para los ateneístas, el mundo es impulso vital, derechos de la metafísica, voluntad y representación, "el conocimiento como acción, la inteligencia como sensibilidad y la moral como estética" (Jorge Cuesta). Es, también, actividad entrañable de reconstitución (de regeneración) cultural. Volver a los clásicos es adquirir pasado, presente y provenir, es cobrar identidad y ser nacional, es captar placenteramente las circunstancias inmediatas. "Casi pudiera decirse —afirma Jesús Acevedo en *Disertaciones de un arquitecto*— que las humanidades tienen por objeto hacer amable cualquier presente. Fundarse en el examen de la antigüedad para comprender y alquilar los perfiles del día constituye actividad clásica por excelencia".

¿Qué significan los aportes culturales de El Ateneo de la Juventud? A lo largo del siglo, algunas de sus contribuciones individuales serán extraordinarias. Por ejemplo, Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), nacido en Santo Domingo y muerto en Argentina, es el humanista latinoamericano por excelencia. Su labor como maestro, su entendimiento y prédica de la formación rigurosa, su penetración crítica, son factores que componen una de las primeras experiencias globales de la cultura latinoamericana. Julio Torri (1899-1967) entrega una obra brevísima y sustancial, donde la exactitud verbal y la ironía le dan dirección y extensión a la prosa, le hacen disponer de un sentido del humor insólito y renovador en el medio mexicano.

Alfonso Reyes (1889-1959) es, al margen de cualquier iconoclasta, una de las grandes vertientes de la cultura en lengua hispánica. Sus libros más valiosos (*El suicida*, 1917; *Visión de Anáhuac*, 1917; *El cazador*, 1921; *Cuestiones gregorianas*, 1927; *Discurso por Virgilio*, 1931; *Homilía por la cultura*, 1938; *Capítulos de literatura española*, 1939 y 1945; *La crítica en la edad ateniense*, 1941; *Pasado inmediato*, 1941; *La experiencia literaria*, 1942; *Tentativas y orientaciones*, 1944; *El deslinde*, 1944; *Grata compañía*, 1948; *Letras de Nueva España*, 1948; *La X en la frente*, 1942; *Marginalia*, 1952) y el resto de su fecundísima obra son logro y punto de partida generales.

Su dedicación cotidiana, su maestría prosística, su decisión de ser en primera y última instancia un escritor, sientan las bases del profesionalismo en la literatura mexicana, un profesionalismo que es también la decisión de conformar un público, de practicar un oficial margen de los vaivenes románticos de la improvisación. Reyes no es un impugnador, es un discernidor inteligente (y un vehículo sistemático de difusión) de aquellos puntos capitales donde la tradición humanista de Occidente se manifiesta como ejercicio de concordia, unidad y continuidad. De modo simultáneo, Reyes mitifica, acendra, congela y preserva lo mejor de la cultura occidental (y ahí ya incluye cierto trabajo latinoamericano).

Como tarea colectiva, El Ateneo es, en cambio y a la postre, sólo una renovación voluntariosa que, al no ser proseguida, se disuelve sin mayores consecuencias y entre signos de admiración. El esfuerzo se interrumpe: los ateneístas se dispersan, se aíslan, salen del país. Si bien su proyecto educativo se prolonga de algún modo en la acción de Vasconcelos como secretario de Educación, su reelaboración de la cultura mexicana no se consuma. No destruyen al positivismo: lo desacreditan y le obligan a cambiarse de nombre.

Al final, Antonio Caso (1883-1946), a quien se le adjudica la "revolución filosófica", es el más endeble: en cátedras, libros, artículos, polémicas únicamente suele promover, en un fatigoso acento declamatorio, lecturas indigestas y consignaciones igualitarias y burdas de todas las doctrinas. Su influencia es amplia y devastadora: casi, él puede encarnar el falso y desolado proceso de formación cultural de varias décadas. Su "aventura metafísica" concluye en un confuso y caótico didactismo que impregna y deforma la enseñanza universitaria.

Por lo demás, varios de los principales positivistas ven con simpatía su empresa. Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública, los

apoya. Porfirio Parra preside (y aplaude) los cursos de Caso sobre Positivismo y Metafísica. Pablo Macedo costea la edición de la serie inaugural de conferencias de El Ateneo de la Juventud.

La "revolución moral" de los ateneístas se organiza alrededor de una idea abstracta: el heroísmo. El héroe —dice Maurice Blanchot— es el don ambiguo que nos hace la literatura antes de haber tomado conciencia de sí misma. Ese "don ambiguo", en los primeros años del siglo, asume una visión distante y abstracta del pueblo y le atribuye como característica la hazaña y la poesía.

La obsesión es latinoamericana y la define José Enrique Rodó en *Ariel* ("Ayúdate de la soledad y el silencio"). La tarea del hombre de letras —con su *alma escrita* y su poesía, sus discursos, su cátedra— es también heroica, en pugna con el conformismo, la manía empirista, el ídolo de la ciencia. El heroísmo es el hallazgo de la vocación y la vocación es descender a lo profundo del yo (según la leyenda, el ateneísta Ricardo Gómez Robelo traduce a Elizabeth Barrett Browning en los campamentos revolucionarios). El heroísmo es la vivencia obsesiva del arte (lecturas de Ruskin, Pater, Oscar Wilde, Winckelmann), lo que no obsta para el antiintelectualismo de Vasconcelos o Guzmán.

El heroísmo es reconstrucción y regeneración morales. Y a la moral debe entendérsele como vigor, dinamismo, culto activo del progreso. En 1917, el poeta Luis G. Urbina recuerda el porfirismo y lo ve como una etapa de brillo cultural minada por la pereza y la indiferencia. ("Este largo periodo de marasmo espiritual... explica por sí mismo la conmoción revolucionaria de México".) La misma situación —las *virtudes dormitivas* del Porfiriato como despojo de los fundamentos creativos de una sociedad: la energía de sus elites— es percibida de manera distinta por Lombardo Toledano: "Lo reiterativo es lo preciso: a través de la reconstrucción moral se adquiere y conforma la independencia, existe la unidad nacional, se vuelve accesible la normalidad". Y el fundamento de la moral es la libertad cuyos cimientos (razones) se hallan en la cultura autónoma, exenta de imposiciones políticas. La cultura no debe depender del gobierno, y sus cambios no deben sujetarse a las ideas rudimentarias de los políticos. Se impone la separación de la cultura y el Estado: "será uno de los mejores frutos de nuestra lucha —afirma Vasconcelos en junio de 1911— el cooperar por establecer la ilustración superior sobre bases independientes".

La regeneración moral termina en la demanda de un trato deferencial para los intelectuales. "Nuestra juvenil revolución triunfó —recapitula

Henríquez Ureña— superando todas las esperanzas". La victoria declarada no se disfruta. La mayoría de los ateneístas observa con temor a la Revolución, se repliega, se aparta. Genaro Fernández MacGregor es contundente al respecto en sus memorias. No otra es la actitud general que conducirá masivamente al huertismo (Sólo Vasconcelos y Guzmán participan temporalmente en el villismo y, con enorme preponderancia, Luis Cabrera en el carrancismo.) A los hombres formados o reformados en los ideales de la Grecia clásica, la Revolución se les aparece como el desastre. El orden ideal no acude, no hay sitio para el optimismo, no hay estímulos concretos para la vida intelectual. La cultura mexicana depende de las voluntades íntimas y el contexto de la "renovación espiritual" es la violencia armada. La dialéctica interna se fija entre el "amor a la cultura" mantenido de un modo pasivo y rígido por núcleos tradicionalistas, y los primeros intentos de adaptar esa cultura tradicional a la contingencia revolucionaria.

La Revolución, que es obra de los jóvenes, conseguirá esa libertad. La glorificación del artista y el intelectual como seres privilegiados ("torres de Dios, poetas, pararrayos celestes", declama Rubén Darío) culmina en esta imagen de una cultura autónoma que es una ciudad de Dios. La sinceridad (independiente) del escritor es el porvenir de la patria.

En suma, El Ateneo es grupo, asociación y generación de escritores. Tal vez la última de auténticos polígrafos mexicanos, una de sus características principales, que va en consonancia con el enciclopedismo de que hicieron gala y con el afán didáctico que siempre les acompañó en la mayor parte de su existencia creativa. Es una generación con claridad y unidad de propósitos, con altísima idea de su encomienda, rebelde e inconforme ante la cultura porfiriana.

En las haciendas de Tlaxcala, los balazos se dejaron oír. Revolución Mexicana en Tlaxcala

María Concepción Delgado Sandoval

Introducción

El objetivo del presente trabajo es describir la forma en que se vivió la Revolución Mexicana en Tlaxcala, y para ello abordé diversos puntos que cito a continuación. En principio, el lector encontrará un breve bosquejo del término "hacienda" y los cambios que ha sufrido a lo largo del tiempo. Los medios de transporte jugaron un papel decisivo en el desarrollo de la economía tlaxcalteca, por ello en el apartado siguiente hago un breve recuento de la inauguración del ferrocarril en Tlaxcala, los productos que transportaba y el beneficio que representaba para todos los empresarios y hacendados, sobre todo los pulqueros.

Luego hago un resumen de la inconformidad social que comenzó a vivirse en el estado desde finales del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX, de tal manera que podamos apreciar que la lucha de los campesinos y de los obreros-campesinos se encontraba en una etapa donde la confrontación era inminente y que, en el momento en que las clases bajas creían tener el control del gobierno, los hacendados y los empresarios les demostraron que tenían la capacidad de organizarse para defender sus intereses de clase no dudando en incorporarse a las filas de la contrarrevolución. Por lo demás, hago énfasis en el tema de los hacendados porque entonces eran un factor decisivo en Tlaxcala, incluso hoy sus descendientes aún imprimen su sello personal en la vida política —y económica— del estado.

No podía dejar de lado a un personaje emblemático de la lucha por la tierra en Tlaxcala: Domingo Arenas, originario del municipio de Zacatelco, lugar no sólo de importancia agrícola por ser el valle más fértil de Tlaxcala,

sino también porque ahí se asentaban importantes industrias textiles gracias a sus caudalosos ríos usados como fuerza hidráulica. El presente trabajo termina precisamente con la muerte de Domingo Arenas y al final me permito hacer algunas reflexiones en torno a los motivos que tuvo Domingo Arenas para abandonar el zapatismo e incorporarse a las filas del carrancismo, y de cómo se decidió su asesinato a manos de los zapatistas.

1. La hacienda

En los inicios del periodo colonial el término *hacienda* se utilizaba para designar cualquier tipo de bienes inmuebles o empresa productiva; muy bien podía estarse hablando de un gran territorio de donde se sacaban grandes beneficios agrícolas, o bien de una humilde choza. Sin embargo, esta percepción cambió en el siglo XVIII y el significado de la palabra se tornó más preciso, pues comenzó a usarse para diferenciar las grandes propiedades de las pequeñas; así, estas últimas eran llamadas ranchos y las otras, haciendas. No obstante, algunos historiadores consideran que el término es relativo y que se usa según el lugar y la época a la que se haga referencia. El sistema de hacienda fue una unidad productiva cuyas dimensiones y características variaron según el lugar del país en que éstas se encontraban, y Tlaxcala, con características muy particulares, no fue la excepción.

La razón por la que hoy conocemos las dimensiones y costos de muchas haciendas en Tlaxcala (hacia 1712) son los problemas de sucesión que enfrentó la Corona española en los inicios del siglo XVIII. La monarquía ibérica necesitaba recursos para sostener la lucha por la sucesión en España y se realizó un censo en la Nueva España para que cada hacienda o rancho colaborara económicamente. Así, mediante real cédula se hizo un exhorto para levantar un censo que indicara medidas de la propiedad, nombre del propietario y del administrador, ganado y la calidad de la tierra. Por desgracia, esta cédula no fue aplicada con minuciosidad porque los propios hacendados respondieron prontamente a la petición llevando voluntariamente sus aportaciones.

En Tlaxcala las grandes haciendas —las de mayor dimensión territorial— se encontraban en el norte, noreste y noroeste del estado, en donde los núcleos de población eran relativamente pequeños, toda vez que en esta región las calpanerías al interior de las haciendas fueron muy extensas; ahí era donde se

concentraba el mayor número de habitantes, por ello difícilmente se percibía una unidad social en torno a un pueblo. Por esa causa la efervescencia revolucionaria en esta zona fue tardía si la comparamos con la región centro-sur y suroeste del estado, donde el número de pueblos era considerablemente alto y superaba al de las haciendas. En la región suroeste las calpanerías eran muy pequeñas, salvo algunas excepciones, como la de la hacienda Santa Águeda, pues los peones que vivían al interior de las haciendas fueron pocos; el grueso de los trabajadores se componía de peones libres que habitaban en pueblos aledaños a las haciendas y que, al terminar su jornada de trabajo, regresaban ahí a dormir. Fuera de la zona de influencia zapatista —a juicio de Raymond Buve—, Tlaxcala fue el lugar donde el movimiento agrarista se dio de manera más contundente.

2. Ferrocarriles

Tlaxcala tuvo, desde los primeros tiempos de la colonia, la virtud de ser un lugar estratégico por ser paso de muchas caravanas venidas del puerto de Veracruz. Ésta fue una situación que aprovecharon los dueños de las haciendas que quedaban en el camino y, así, las tiendas de raya abastecían y en ocasiones daban cobijo a muchos hombres que con sus recuas de mulas hacían el recorrido desde Veracruz hasta la Ciudad de México, eran los emprendedores transportistas que aún en el siglo XIX jugaban un papel fundamental en el abastecimiento de las ciudades.

Con la introducción del ferrocarril fue mucho más fácil para los industriales y hacendados tlaxcaltecas sacar sus mercancías para comercializarlas en Puebla o el Distrito Federal; y el estado siguió conservando su importancia estratégica, que por lo demás permitió ampliar la producción en todas las áreas. Un ejemplo claro está en la distribución del pulque, producto de no fácil conservación, que con la introducción del ferrocarril pudo ser transportado a los centros de distribución como el Distrito Federal, Puebla e incluso Veracruz, en un tiempo mínimo y con mayores niveles de ganancia para sus productores. Con el ferrocarril llegó el auge para las haciendas, que en mayor o menor grado se vieron beneficiadas; e indudablemente contribuyó a la integración de los mercados locales.

En 1865 se inauguró el Ferrocarril Mexicano, que unía a la Ciudad de México con el puerto de Veracruz pasando por Tlaxcala; y aunque Mario Ra-

mírez Rancaño afirma que era inevitable su paso por Tlaxcala, Herbert Níckel sostiene que esta decisión se debió a que el concesionario de la construcción, el señor Antonio Escandón, tenía un molino en Apizaco y le convenía que el ferrocarril pasara por ahí para mover sus cereales; los mismos señores Escandón decidieron que el paso del ferrocarril para llegar a Veracruz pasara por Orizaba que era más escarpado —y caro— y no por Jalapa, debido a que en Orizaba tenían una fábrica textil.

Cuatro años después, en 1869, se inauguró el ramal de Apizaco-Puebla y un ramal que unía a la ciudad de Tlaxcala con la vía que llegaba a Puebla. Años después, el 16 de septiembre de 1882 se inauguró un tramo del Ferrocarril Mexicano que conectó a Puebla con San Martín Texmelucan y que pasó por San Miguel Analco, de la localidad de Nativitas. Si las compañías ferroviarias no tenían la intención de comunicar los poblados y las haciendas con este medio de transporte, en los hechos así fue y treinta de los treinta y cuatro municipios que componían la entidad en las últimas décadas del siglo XIX, quedaron beneficiados. En general el ferrocarril logró que los productos llegaran rápidamente a lugares más lejanos y que se transportara mayor cantidad de mercancías con el consecuente beneficio para los productores.

Por otro, lado las haciendas que tuvieron la posibilidad de vender madera para los postes y durmientes del ferrocarril hicieron grandes fortunas; aunque a la par del auge económico, también llegó una ola de especulación con las tierras que estaban próximas a las líneas ferroviarias. Tiempo después, las haciendas construirían con recursos propios los ramales de sus propiedades a las vías más cercanas —paralelas a las vías del ferrocarril corrían también los postes para el telégrafo— y con ello llegó la modernidad a las haciendas tlaxcaltecas y la oportunidad de mover de manera más ágil sus mercancías hacia los centros de procesamiento o consumo.

El 30% de la carga del ferrocarril era el pulque, y los pulqueros de Tlaxcala desplazaron del mercado a productores de otros estados que carecían de este medio de transporte. Un estudio realizado en 1882 por Alfonso Luis Velasco y cotejado con el informe de 1906 de Próspero Cahuantzi, entonces gobernador del estado, hace un muestreo de los valores de las haciendas en el estado y se encuentra que tres de ellas alcanzaban un valor de más de 200 mil pesos: todas eran productoras de pulque.

Un éxito parecido sucedía con el Ferrocarril Interoceánico, que fue de gran utilidad para las haciendas productoras de trigo del Valle de Nativitas

y que transportaban su producción a las harineras de Puebla; de ahí que planearon la construcción del Ferrocarril Agrícola del Valle de Nativitas o el Ferrocarril Agrícola de Apizaco a Tlaxco. La evidencia de estas vías particulares estuvo a la vista hasta los años setenta del siglo XX, tiempo en que se vivió un nuevo auge agrarista y muchos campesinos tlaxcaltecas se vieron beneficiados con dotaciones de tierras; entonces los nuevos dueños hicieron uso de cuanto estaba a su alrededor para la construcción de sus viviendas y levantaron las ancestrales vías y los bloques de tepetate de los cascos de las haciendas para la construcción de sus viviendas.

Hoy sólo se observan mínimos vestigios de todo ese esplendor, pero aún se puede entrevistar a gentes que tienen muy vivas en su memoria las rutas, anchura y nombre de los ferrocarriles particulares. En el momento de mayor efervescencia revolucionaria, el colapso de diferentes tramos del ferrocarril por parte de los alzados representó un duro golpe a los industriales y hacendados tlaxcaltecas que en muchos caso fue fatal.

3. En los albores de la Revolución

El descontento entre obreros y campesinos tlaxcaltecas venía dándose desde la última década del siglo XIX, con motivo de la aplicación de medidas gubernamentales que afectaban directamente el salario y el horario de trabajo de campesinos y obreros. El desarrollo del Porfiriato beneficiaba a una reducida elite y no llegaba al grueso de la población, que veía disminuir dramáticamente su nivel de vida, situación que vino a complicarse en los últimos años del siglo XIX, con un aumento al impuesto de los predios rústicos, que afectaba principalmente a los pequeños y medianos propietarios.

Las nuevas leyes tardaban aproximadamente dos años en ponerse en vigor y por ello fue que a principio del siglo XX surgió el descontento en las voces de gente como Andrés García e Isidro Ortiz —ambos del centro-sur de Tlaxcala—. La bandera que enarbolaron fue la de la exención del impuesto predial a propietarios que tuvieran entre 5 y 10 hectáreas; con esta demanda lograron la adhesión de cientos de personas. Ante el descontento popular el gobierno estatal reaccionó con sobrado autoritarismo con la detención de Andrés García. Al parecer la autoridad no previó la reacción del pueblo, pues el encarcelamiento del dirigente sólo exacerbó los ánimos; y ante la

presión popular lo tuvieron que dejar en libertad. Sin embargo, en el ánimo de los historiadores prevalece la idea de que la segunda vez que detuvieron a Andrés García —en 1905— ya no quisieron correr riesgos y le aplicaron la "ley fuga".

Pero si el gobierno creía que la muerte del inconforme podía ser la solución, pronto se dio cuenta del gran error; porque este hecho, lejos de desalentar a los quejosos, sólo logró que se acrecentara la indignación y que ocurrieran los levantamientos campesinos en Tlaxcala, Tenancingo y Santa Cruz en 1905, Contla en 1906, Xaloltoc en 1907 y las huelgas de los peones acasillados en el norte del estado. Paralelamente, en la industria hubo una serie de huelgas a causa de los bajos salarios, las jornadas de 12 y hasta 14 horas y el cobro por las piezas que se desgastaban o rompían en las fábricas.

En 1906 llegó a Tlaxcala —concretamente a las fábricas textiles— el programa del Partido Liberal Mexicano y comenzó la organización de los obreros tlaxcaltecas con sus pares de Puebla y Veracruz, adhiriéndose al Círculo de Obreros Libres tanto de Puebla como de Veracruz, dando origen al Gran Círculo de Obreros Libres de Puebla, Veracruz y Tlaxcala. Trabajadores de la fábrica textil San Manuel elaboraron un Reglamento Interior de Trabajo, en el cual se pugnaba por salarios y horarios justos, el reglamento fue rechazado por los patrones que a su vez formaron el Centro Industrial Mexicano, en donde redactarían un reglamento favorable a sus intereses y que, entre otras cosas, planteaban la jornada laboral de 14 horas.

Naturalmente, la propuesta empresarial fue rechazada tajantemente y ante la cerrazón patronal 34 fábricas —poblanas y tlaxcaltecas— se fueron a la huelga. Este movimiento huelguístico vino a sumarse a la crisis que estaba ocurriendo en el país y que probablemente fue el pretexto idóneo para que los industriales cerraran sus fábricas y dejaran en el desempleo a mucha gente; a la huelga se sumaron Veracruz, Querétaro, Distrito Federal, Oaxaca y parte de Jalisco.

Con la intervención presidencial y con algunos compromisos de los patrones —agrupados en el Centro Industrial Mexicano— y de los obreros volvieron a funcionar la mayoría de las fábricas, curiosamente el mismo día en que se reunieron con el presidente Díaz y con los industriales, también lo hicieron con Francisco I. Madero. Luego de la represión en Río Blanco los obreros tlaxcaltecas suspendieron actividades en diferentes fechas en protesta y muchos de ellos fueron encarcelados.

Fue precisamente al calor de movimiento que se destacaron hombres como Antonio Hidalgo y Juan Cuamatzi, el primero obrero textil y el segundo campesino, comerciante y obrero, quienes mantuvieron un estrecho contacto con obreros de Veracruz y Puebla gracias a las facilidades de desplazamiento que proporcionaba el ferrocarril. Antonio Hidalgo y otras personas como Santiago Cortés pertenecían a un grupo de inconformes que habían rebasado la etapa de lucha contra los impuestos o los bajos salarios; ellos ya enarbolaban demandas más avanzadas como la no reelección, toda vez que en 1907 el coronel Próspero Cahuantzi se encontraba en plena campaña a favor de su reelección, apoyado por grupos llamados "clubes" que organizaban actos públicos a los que llevaban a toda la burocracia.

La famosa entrevista que el presidente Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman también despertó en los tlaxcaltecas la esperanza de que finalmente hubiera elecciones limpias en el país y consecuentemente en el estado. Así, se reavivaron los Clubes Antirreeleccionistas en los cuales circuló el libro de Francisco I. Madero *La Sucesión Presidencial* y en la Convención Política de abril de 1910 para elegir un candidato independiente, Tlaxcala tuvo destacados representantes que llegando al estado convencieron a sus correligionarios para integrar el Partido Liberal Antirreeleccionista y apoyar a Madero para contender por la presidencia.

4. La Revolución Mexicana en Tlaxcala

El inicio de la Revolución en Tlaxcala fue planeado para que estallara en mayo de 1910, y efectivamente se inició en el pueblo de Contra, cuna del dirigente era Juan Cuamatzi, pero cuando el grupo insurrecto ya estaba cerca de la capital del estado llegó un mensaje que ordenaba aplazar todo; la orden venía de Aquiles Serdán; sin embargo, éste la recibió de un enviado del Partido Liberal Antirreeleccionista que aún conservaba la esperanza de que las elecciones de julio fueran limpias y llevaran a la presidencia a Madero.

Era evidente, para los festejos del centenario de la Independencia, que Porfirio Díaz no tenía intenciones de abandonar el poder. Los antirreeleccionistas de la región de Zacatelco aprovecharon el desfile patrio del 16 de septiembre para marchar con grandes pancartas y gritar vivas a Madero, hecho que enardeció a las autoridades que más tarde lanzaron el primer ata-

que contra un grupo de insurrectos que se defendían con banderas y palos. El resultado no pudo ser más desigual, pero para justificar la violencia y los muertos, los Rurales argumentaron que habían sido atacados primero y las fiestas del Centenario tuvieron tintes trágicos en la entidad.

Después de que Madero firmara el Plan de San Luis —desconociendo las elecciones y al gobierno de Porfirio Díaz— en octubre del mismo año los revolucionarios tlaxcaltecas se sumaron a la iniciativa de la lucha revolucionaria que tuvo un gran descalabro con la muerte de su dirigente Juan Cuamatzi, asesinado en enero de 1911. No obstante, la lucha siguió adelante bajo la dirección de gente como Benigno Zenteno, Eduardo Reyes y Victorio Meneses, que tomando la capital del estado presionaron para lograr la renuncia del gobernador Próspero Cahuantzi.

El relato de todo lo que aconteció por esos días en la ciudad de Tlaxcala y pueblos aledaños está en la carta que dirige Pedro Lira al jefe de las fuerzas maderistas en la entidad, Eduardo Reyes. Ambos personajes fueron piezas importantes en la negociación entre el gobierno y los alzados para evitar un baño de sangre, pero ya en esos momentos Próspero Cahuantzi había recibido instrucciones de que pidiera licencia al Congreso del estado, y así lo hizo. Curiosamente quien queda como gobernador interino fue el hacendado y diputado local Diego Lennox Kennedy, quien sólo gobernó dos días ante el descontento de los maderistas.

Años después, cuando Arenas se alía con Carranza la hacienda de los Kenendy es invadida por habitantes de varios pueblos a los que no se logra convencer de desalojarla. Las protestas de los Kennedy estuvieron a punto de provocar un conflicto diplomático con Estados Unidos porque se negaba a ceder parte de sus propiedades a favor de los campesinos; cobijándose en una ciudadanía norteamericana que no fue obstáculo para que el señor Diego L. Kennedy llegara a ser diputado, gobernador interino y candidato a gobernador postulado por la Liga de Agricultores en 1912. Esa primera etapa de la invasión a la hacienda de los Kennedy se resolvió después del asesinato de Domingo Arenas.

4. Y los hacendados de organizan

Una vez que es nombrado gobernador interino Agustín Sánchez —rico comerciante de Apizaco—, se hace evidente que existen diferentes percepciones

de lo que significa un triunfo; por un lado el gobernante entrante asume que el ejército revolucionario debe deponer las armas y volver a sus lugares de origen, dado que la demanda de la renuncia de Próspero Cahuantzi se había cumplido; por el otro están los insurrectos que se niegan a desarmarse. Evidentemente existía cierta desconfianza hacia las nuevas autoridades, que estaban relacionadas con régimen anterior. La fuerza pública, con algunos cambios, era el mismo cuerpo de Rurales que tantas veces había reprimido a los inconformes, pero hasta Madero —¿ingenuo?— coincidía en que debían licenciarse so pena de considerarlos forajidos y enemigos de la democracia.

Por su lado, los hacendados —agrupados en la Liga de Agricultores— y buena parte de la vieja clase política se negaban a reconocer el triunfo de Antonio Hidalgo —postulado por el Partido Antirreeleccionista de Tlaxcala— obtenido en las elecciones de octubre de 1911 y proponían que éstas se anularan. Finalmente, gracias al apoyo de algunos diputados locales, Antonio Hidalgo fue ratificado, y contra toda su voluntad los hacendados tuvieron que aceptarlo. Antonio Hidalgo asumió el cargo de gobernador el 1 de diciembre de 1911 —para terminar el periodo inconcluso de Próspero Cahuantzi— y concluyó el 14 de enero de 1913.

El panorama que encontró fue desalentador: finanzas públicas quebradas, burocracia inconforme con sus salarios, presencia en la administración de viejos "cahuantzistas", oposición de los hacendados, del Congreso local, del Tribunal Superior de Justicia y de algunos ayuntamientos, además de grupos insurgentes en diferentes partes del estado. Para combatir a estos últimos y defender sus dominios, los hacendados formaron guardias particulares. La administración de Antonio Hidalgo duró sólo un año y durante ese tiempo apoyó la gran huelga de peones acasillados en la que ya se notaba la influencia zapatista, consiguió un aumento salarial a los obreros textiles y disminución en las horas de trabajo, logró la devolución a los campesinos de aguas y tierras y el castigo para los asesinos de García y Cuamatzi, pero al parecer esto no era suficiente para sus partidarios que seguían en pie de lucha y ya mantenían contactos con el zapatismo. A lo anterior debemos agregar la campaña en su contra que realizaban los hacendados a través de la Liga de Agricultores —ya constituida como partido—; Hidalgo se debilitaba cada vez más y el terreno que perdía era recuperado por la oposición.

La mayor parte de los dueños de las fábricas asentadas en Tlaxcala eran españoles o poblanos de origen español, existían fábricas de loza, vidrio y

textiles, pero el número de fábricas textiles superaba con mucho a las otras. La entidad estaba bañada por los ríos Zahuapan, Atoyac y Tequisquac, fuerza hidráulica que usaría la industria textil para su funcionamiento y que definiría su asentamiento. El origen de los hacendados tlaxcaltecas no era distinto al de los dueños de las industrias; sin embargo, la gran mayoría de los industriales, aunque tenía sus intereses en el estado, no vivía en él; preferían hacerlo en Puebla, que ofrecía mayores posibilidades de diversión y de vida social. En cambio, los hacendados, aunque tenían propiedades en Puebla y en la Ciudad de México, sólo usaban éstas para enviar ahí a sus familias en caso de peligro o para que estudiaran, pero el grueso de sus intereses estaba en Tlaxcala; por ello sintieron la necesidad de organizarse para defenderse y hacer frente a los revolucionarios.

En 1909, los hacendados habían fundado la Compañía Expendedora de Pulques; anteriormente algunos de ellos formaron parte del Centro Industrial Mexicano y en 1912, con Antonio Hidalgo como gobernador y Francisco I. Madero en la Presidencia de la República, se constituía la Liga de Agricultores en la ciudad de Apizaco con la presencia de 200 hacendados y con el objetivo de defender sus intereses, homologando salarios y evitando la competencia entre ellos, además de participar en las elecciones a diputados federales y senadores en 1912.

Entre los integrantes de la Liga encontramos nombres tan conocidos como el de Ignacio Torres Adalid, el bien llamado "rey del pulque" por sus enormes haciendas productoras tanto en Tlaxcala como en Hidalgo. Luvin González González, miembro de una poderosa familia con fuertes conexiones políticas tanto en el estado como en la capital de la república y dueño de la hacienda Piedras Negras, famosa hasta hoy por la crianza de toros de lidia. El resto de los miembros de tal asociación eran igual dueños de haciendas cerealeras o pulqueras.

Los terratenientes, miembros de familias pudientes, poseían importantes relaciones con el poder en la capital del país y, cuando fundan la Liga, hacen valer todas esas conexiones para sus fines; un ejemplo de ello fue la rápida disolución de la huelga de los peones acasillados gracias a que la Liga se entrevistó con Madero para advertirle del peligro que los insurrectos representaban para la estabilidad una región tan cercana a los zapatistas, y lo convencieron. Diversos historiadores afirman que es al final de la huelga cuando el movimiento revolucionario en Tlaxcala adquiere dinámica propia, ya

muy independiente del maderismo. Por otro lado, la Liga hace una campaña de desprestigio contra Antonio Hidalgo y logra sembrar el desaliento entre muchos maderistas, como Porfirio Bonilla o Domingo Arenas.

A pesar de la campaña negativa, en las elecciones de 1912 el PAT gana la gubernatura y los distritos del centro-sur, pero en esta ocasión la Liga cabildea en el Congreso y se anula la elección. Este hecho detona la indignación popular, pero nuevamente la actitud vacilante del todavía gobernador Antonio Hidalgo no le permitió capitalizar a los miles de campesinos y trabajadores dispuestos a todo, y en cambio sí se fortaleció la contrarrevolución cuando el gobernador interino, Agustín Sánchez, se pronunció en apoyo de Bernardo Reyes y Félix Díaz en la conspiración contra Madero. Luego de la aprehensión de Madero, en Tlaxcala se encarcela a las personas que habían brindado su abierto apoyo a los antirreeleccionistas; se persigue y aprende a Antonio Hidalgo y a sus colaboradores más cercanos, pero a otros se les ejecuta sin dilación y la Liga toma el control del estado, con Agustín Sánchez de aliado.

5. Domingo Arenas y el zapatismo

En mayo de 1913, los antirreeleccionistas tlaxcaltecas tenían su centro de operaciones en las faldas de la Malinche y habían logrado reagruparse después de los descalabros ocasionados por el gobierno; pero no era el único grupo que actuaba en el estado; por muchos lugares aparecieron pequeños grupos de insurrectos que comenzaron a actuar por su cuenta, a las órdenes de Máximo Rojas, Antonio Delgado, Porfirio Bonilla, Domingo Arenas y Miguel Macuitl; esto fue una pesadilla para el gobierno liguista de Agustín Sánchez, pero también lo fue para el propio movimiento porque no había forma de coordinación. No obstante, un mes antes de que Arenas optara por el zapatismo, él, Porfirio del Castillo y Máximo Rojas incautaron varias propiedades de los funcionarios huertistas y de los liguistas, muchas de ellas ya estaban abandonadas pues sus propietarios habían huido a la capital del país o a Puebla; en todo caso, poco después estas propiedades quedaron en manos de la Junta Interventora de Bienes Raíces.

Un elemento que vino a salvar momentáneamente esta situación de desunión fue la intervención norteamericana en nuestro país; entonces no sólo se unieron al ejército oficial sino que sus dirigentes formaron el Ejército Constitucionalista Tlaxcalteca, con el compromiso de ayudarse mutuamente,

pero cancelada la amenaza siguieron actuando de manera separada operando como guerrillas. No fue sino hasta la caída de Huerta que Máximo Rojas se erigió como el líder del movimiento y las huestes de éste y de Domingo Arenas entraron triunfantes en Tlaxcala al mismo tiempo que Álvaro Obregón lo hacía en la capital. Pablo González reconoció a Máximo Rojas como gobernador en 1914, pero desconoció como generales a Pedro Morales y a Domingo Arenas, lo que originó la unión de Domingo Arenas y su gente al zapatismo, que para algunos historiadores sólo fue el pretexto, pues ya se le había acusado de zapatista encubierto.

Cuando Domingo Arenas rompe con el constitucionalismo, en noviembre de 1914, para unirse al zapatismo, demuestra que mantiene más afinidad con la ideas agraristas que con los constitucionalistas. En esos momentos Arenas tenía consolidada una base social de apoyo no sólo en el centro-sur del estado, sino también en el norte, lugar natural de la Liga de Agricultores.

Domingo Arenas nació en Santa Inés Zacatelco el 4 de agosto de 1888, en el seno de una familia de jornaleros. Zacatelco era la cabecera del distrito político de Zaragoza y se localizaba entre las ciudades de Tlaxcala y Puebla; según los datos estadísticos de 1910 era el distrito más poblado de Tlaxcala con 102.8 hab/km^2 con una población predominantemente indígena. En esta región el número de pueblos superaba a las haciendas, que si bien eran pequeñas en relación con las del norte del estado tenían las tierras más fértiles y mejor irrigadas; ahí también se encontraban varias fábricas textiles.

Mario Ramírez Rancaño afirma que la familia de Domingo Arenas no poseía tierras, por lo que trabajaban como jornaleros u obreros. El mismo Arenas trabajó en diferentes fábricas textiles cercanas a su pueblo, pero en los albores de la Revolución se desempeñaba como obrero en la fábrica La Carolina, en Puebla, y ahí fue donde tuvo sus primeros contactos con las ideas revolucionarias, participando al lado de Alberto L. Paniagua con el coronel Irineo Vázquez; pero lo que realmente lo motivó fue el contenido del Plan de Ayala, con el que se identificó plenamente. En 1912, al tratar de obtener armas de un depósito, ocurrió el accidente mediante el cual perdió su brazo izquierdo. A pesar de ello siguió militando en las filas de la Revolución —con los altibajos que suponía la actuación de diferentes grupos con sus respectivos jefes— repartiendo tierras y consolidando una base social que sería fundamental en el momento de su rompimiento con los constitucionalistas y su afiliación a los ideales de Zapata.

En 1914 y antes de que Carranza conociera su decisión, Domingo Arenas se comunicó con Emiliano Zapata, manifestándole su adhesión al Plan de Ayala y, enviando una lista de sus subalternos, solicitaba su autorización para normalizar sus actividades a la vez que preguntaba a qué jefatura se le adscribiría; igualmente solicitaba permiso para emitir bonos o papel sellado para financiar sus actividades.

Fue un momento en que Carranza también rompía relaciones con Villa y Zapata, y la rebelión de Arenas y su gente —llamada División Arenas— provocó la huida de hacendados del territorio dominado por las huestes arenistas, porque los militares que cuidaban sus fincas se unieron al caudillo.

Ya integrado a los zapatistas Domingo Arenas se encargó de cumplir las encomiendas que el Ejército del Sur le confiaba, desde tomar la ciudad de Tlaxcala hasta sabotear las vías del ferrocarril para detener a Obregón, que en esos momentos era una amenaza latente. Y entonces Tlaxcala se convirtió en un enclave del gobierno de la Convención en la que participaron Zapata y Villa y de la cual data la fotografía que les fue tomada en Palacio Nacional. Pero Máximo Rojas organizó su propio ejército constitucionalista denominado Leales de Tlaxcala y, aunque Arenas controlaba casi todo Tlaxcala y algunos lugares de Puebla, un año después Máximo Rojas logró reducir su radio de acción y arrinconarlo a la sierra y los volcanes.

El 6 de enero de 1915 Carranza, con la idea de pacificar al campo, expidió su Ley Agraria, que era un decreto en el que declaraba nulas todas las enajenaciones de carácter agrario en pueblos, rancherías y comunidades, realizadas a partir de 1856, y que tocaba todo acerca de la dotación de tierras. Podría suponerse que ello fue producto de las presiones que el movimiento agrario de Zapata ejercía en Morelos y los ecos que se sentían en Tlaxcala con los hermanos Domingo y Cirilo Arenas. Pero tal decreto buscaba la pacificación de la zona y no era lo que el campesinado esperaba, porque se exigían títulos de propiedad y fecha del despojo para que se reconociera su derecho a la restitución.

Este decreto se convirtió en una maraña de trámites burocráticos, como que los solicitantes de tierras formaran un comité agrario que llevara los oficios al gobernador —a la postre Porfirio del Castillo— para que éste hiciera una dotación provisional que debía ser revisada por la Comisión Nacional Agraria —que se convirtió después en el Departamento Agrario— antes de que el presidente tomara una decisión definitiva. Otro aspecto de la ley se refiere a

que los campesinos que estuvieran en posesión de tierras debían abandonarlas para que iniciaran sus trámites de adjudicación; esto lógicamente causó un gran desasosiego entre los beneficiarios de las dotaciones militares. Pero los que quedaban en la total indefensión eran los que nunca habían tenido tierras. Para los hacendados esta ley fue muy conveniente porque habían tenido buen cuidado de legalizar las tierras arrebatadas a los pueblos y contaban con documentos que los acreditaban como legítimos dueños. Más tarde, Carranza anunció que no habría tales adjudicaciones, sino que estaba en pláticas con los dueños de las tierras para acordar un precio justo a fin de que quienes desearan poseer tierras pertenecientes alguna hacienda la comprara a precios bajos.

Con todo y los inconvenientes de la Ley Agraria, la Comisión Local Agraria restituye sus tierras a los habitantes de Nativitas, Axocomanitla, Teacalco, La Concordia y otros del distrito de Zaragoza, del cual era oriundo Arenas; de igual manera ocurrió en el norte del estado cuando afectaron a las haciendas Piedras Negras y Tochac. La alianza de los arenistas con el zapatismo duró dos años porque se comenzaron a dar frecuentes conflictos entre Domingo Arenas y los jefes zapatistas, a la par de que el zapatismo también sufría un debilitamiento evidente. Por otro lado, los generales carrancistas triunfaban sobre las huestes de Francisco Villa.

Algunas investigaciones apuntan a que esta serie de factores fue determinante para que Domingo Arenas tomara la decisión de buscar la unificación con Carranza en diciembre de 1916, dado que sentía que él y Carranza estaban luchando por la misma causa, y nuevamente la mayoría de sus generales lo siguieron. Tácticamente esta decisión les convino a los arenistas porque Carranza les dio una amplia autonomía y pudieron ampliar su influencia en los distritos norteños y conservar la que tenía en el centro-sur.

Nueve meses después de haber pactado con Carranza, Domingo Arenas todavía mantuvo relación con Zapata y se efectuaron varios encuentros entre él y el caudillo del sur. Sin embargo, lo que decidió la suerte de Arenas fue que el zapatismo se encontraba en una etapa de debilidad; ante las deserciones de sus partidarios hacia el constitucionalismo y al ordenar la muerte del general Domingo Arenas, lo que quería era conjurar una posible desbandada de su gente.

El asesinato se planeó con tiempo y todos los detalles fueron cuidados para evitar que el plan fallara, la orden de Emiliano Zapata era tajante: no debía salir vivo de la entrevista. El general Arenas fue citado en la hacienda Huexocoapan en Puebla para hablar de una supuesta rendición al carrancismo;

era el 30 de agosto de 1917 y Arenas llegaba con un pequeña escolta y ahí lo esperaban Gildardo Magaña y Fortino Ayaquica con un contingente que ya se encontraba escondido en los alrededores y del que Arenas no se percató.

La plática giró en torno a los términos de la supuesta incorporación de los zapatistas al carrancismo, pero deliberadamente Magaña y Ayaquica fingían no estar de acuerdo, por lo que propusieron posponer la reunión. Cuando Domingo Arenas le dio la mano a Magaña para despedirse, éste se la sostuvo y le clavó su puñal hiriéndolo de muerte; al tratar de defenderse su único brazo fue hecho pedazos al mismo tiempo que su comitiva era atacada. Los arenistas fueron despojados de sus pertenencias y sus cuerpos quedaron abandonados ahí, pero el de Domingo Arenas fue llevado a Tochimilco donde fue decapitado para pasear su cabeza por el pueblo. Días después, el cuerpo decapitado fue presentado por Magaña a Zapata.

A manera de conclusión

En Tlaxcala, confluyeron diversos elementos que provocaron que los campesinos y campesinos-obreros se percataran de la situación en la que vivían y decidieran no tolerarla más. Los habitantes de los pueblos habían sido objeto de múltiples despojos a lo largo del tiempo, pero en las últimas décadas del siglo XIX los pueblos comenzaron a tener problemas con los hacendados porque éstos se las habían ingeniado para que las fuentes de agua quedaran dentro de sus propiedades y se negaban a compartirla. La tierra comunal estaba fracturada desde las Leyes de Desamortización y los peones acasillados veían que, a pesar de que en la hacienda trabajara toda la familia, los bajos sueldos los tenían en la miseria.

Otro factor que alimentó el descontento fue el que propició el gobierno de manera involuntaria: el apoyo a la educación durante el cahuantzismo. En dicho periodo se multiplicaron el número de escuelas y se dedicaron ciertos impuestos exclusivamente al rubro educativo. Así, tenemos que en los primeros años del siglo XX en Tlaxcala el 60% de la población sabía leer y menos de ese porcentaje sabía escribir; los historiadores ponen énfasis en que los principales dirigentes tlaxcaltecas habían cursado por lo menos la educación formal. De igual manera, el contacto con los maestros metodistas de Puebla y la interacción que se logró —gracias a los ferrocarriles— con

obreros de otros estados con claras influencias anarquistas, especialmente de Puebla y Veracruz, formaron una mezcla explosiva.

En 1910 en Tlaxcala tenía más de cinco mil obreros laborando en diversas industrias, sobre todo la textil, y la inmensa mayoría interactuaba entre el pueblo y la fábrica. La gente de la franja más radicalizada realizaba diferentes actividades productivas que iban desde el cultivo de la tierra, el comercio, la elaboración de dulces o artesanías, hasta el trabajo en las fábricas o como peones en las haciendas. Indudablemente, la diversidad de actividades laborales les permitía una cierta independencia económica como para no depender de la hacienda o de la fábrica. La gente contaba con recursos modestos pero propios, además de pertenecer a una comunidad que les daba identidad y fuerza como grupo.

La lucha revolucionaria se dio de manera más intensa en la franja del territorio tlaxcalteca que estaba en mayor contacto con Puebla y en donde había gran presencia de fábricas textiles; ahí nacieron revolucionarios como Juan Cuamatzi, Domingo y Cirilo Arenas. El hecho de que los obreros de las fábricas textiles fueran a la vez parte de las comunidades aledañas, y de que no tuvieran únicamente el empleo de la fábrica como medio de subsistencia, fue un elemento importante para su incorporación a la lucha armada.

El gobierno también enfrentaba problemas al interior del cuerpo de Rurales, pues éstos desde 1909 se quejaban por los bajos salarios y solicitaban aumentos de sueldo. De igual manera, en los primeros años de la lucha armada, existe una gran inconformidad en algunos comerciantes por los altos impuestos que se les cobraban, más aún si se daban cuenta de que los que contaban con influencia podían recibir la gracia de la condonación. Más adelante, cuando la efervescencia revolucionaria cobra auge, la "leva" es una constante en la sociedad tlaxcalteca, porque el gobierno primero enlistó a los presos; cuando éstos fueron insuficientes se publicaron exhortos para que la población se incorporara al ejército de manera voluntaria, pero más tarde la "leva" fue obligatoria, con la consecuente irritación de la gente que argumentaba problemas de salud o de incapacidad para evitar el ejército.

Existen documentos que indican que de 1910 a 1913 las deserciones del ejército estaban a la orden del día, al grado de que los gobiernos de Veracruz, Tlaxcala y Puebla se pusieron de acuerdo para capturar a los desertores. En fin, el estado enfrentaba un gran descontento social y la turbulencia que llegó después de la caída de Próspero Cahuantzi se refleja en la cantidad de

gobernadores que pasaron por la entidad; sólo de 1911 a 1917, fecha en que muere Domingo Arenas, ¡15 gobernadores en 6 años! Algún historiador dice que fuera de la zona zapatista, la lucha agraria en Tlaxcala fue la más intensa.

En Tlaxcala, aún hoy existen sentimientos encontrados en relación con la manera de actuar de Domingo Arenas; para algunos era mero pragmatismo, muy pocos coinciden con la posición de Emiliano Zapata, de considerarlo un traidor, y la mayoría de la gente lo considera un héroe. La autonomía que logró después del acuerdo con Carranza le permitió llevar a cabo repartos de tierras, nombrar a sus colaboradores en el ramo de justicia, recaudación de impuestos, administración y la fundación de colonias agrícolas, acciones que estaban muy limitadas en su relación con Zapata.

La prensa condenó la muerte artera que había sufrido Domingo Arenas a manos de los zapatistas y por orden expresa de Emiliano Zapata. Su gente, entre ellos su hermano Cirilo, trató de vengar la afrenta; sin embargo, no lo logró. Pero para el gobierno del estado y el propio Carranza la muerte de Domingo Arenas resultó un alivio, porque en los distritos norteños en donde su influencia era hegemónica, toda la producción agrícola, ganadera y forestal era controlada por sus huestes. También controlaban el Ferrocarril Interoceánico, por el cual transportaban y vendían todo lo que se producía en sus dominios sin reportar impuestos ni ganancias; por ello los hacendados y el gobierno enfurecieron.

Para muchos la facilidad con la que el ejército arenista fue incorporado a los constitucionalistas se debe a que el movimiento tlaxcalteca carecía de una directiva fuerte y reconocida, pero para otros fue la estrategia del General para cumplir con idea del reparto de tierras y la fundación de colonias agrarias; hoy en diversas partes del estado existen calles, colonias y poblaciones con su nombre. Zapata llamó a Domingo Arenas "ambicioso" en su afán de desacreditar al revolucionario tlaxcalteca, pero Domingo Arenas no se enriqueció con su participación en la Revolución, su familia vivió y vive de manera modesta en su natal Zacatelco.

En Atlihuayán hasta muertos hubo

Olivia Domínguez Prieto

Comentarios preliminares

La Revolución Mexicana es uno de los grandes hitos en la historia política, social y económica de nuestro país; sin embargo, a lo largo de casi cien años de que este movimiento armado tuviera inicio, su historia ha tenido diferentes y contrapuestas lecturas. Muy recientemente este acontecimiento ha sido revisado y revisitado continuamente por analistas especializados, quienes lo han sometido a un examen metódico a partir de sus ideales, interpretaciones, participantes, prácticas y resultados.

Para algunos autores, como Enrique Florescano, la Revolución Mexicana no es únicamente una serie de hechos que acontecieron entre los años de 1910 y 1917 o 1910 y 1920, sino que es "El conjunto de proyecciones, símbolos, evocaciones, imágenes y mitos que sus actores, intérpretes y herederos forjaron y siguen construyendo alrededor de este acontecimiento".

Los llamados revisionistas históricos han propuesto nuevas interpretaciones de la Revolución Mexicana desde las teorías, intereses y teleologías del presente. De esta manera que autores como François-Xavier Guerra han logrado hacer importantes aportaciones a su estudio al detectar en este proceso no una, sino tres categorías de Revolución diferentes, a saber:

a) La Revolución Maderista, como un proceso particularmente político que buscaba restaurar la democracia sustentando la bandera de la *no reelección* y contraponiéndose al antiguo régimen dominado por el porfirismo.
b) La Revolución Zapatista, en la que participarían los actores políticos tradicionales movidos por un reclamo antiguo en un contexto de

continuo despojo: la posesión y el derecho a la propiedad de la tierra, que sin embargo, tendría un corte profundamente localista y aislado.

c) La Revolución Constitucionalista, promovida principalmente por los caudillos Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, que definieron una estrategia cuyas metas estaban indudablemente dirigidas a la conquista del poder.

Cada una de las "revoluciones" se cimentó en diferentes ideales, principios y estrategias ya fueran políticas o militares. Es en la zapatista donde se centrará el análisis de este trabajo.

John Womack es uno de los historiadores que ha dedicado más tiempo al estudio de la Revolución Mexicana, dando a conocer importantes resultados que le han asegurado un buen reconocimiento en los círculos académicos a nivel mundial; para él la Revolución Zapatista, o Revolución del Sur, fue un movimiento rebelde protagonizado por actores provenientes de espacios tradicionales en nuestro país, que eran representados por sus propias comunidades campesinas y por los pueblos.

El reclamo de los actores tradicionales no estaba ceñido a los principios de la modernidad, no se trataba de un problema de actualidad, sino con importantes huellas históricas: se luchaba por regresar a las comunidades campesinas a aquel pasado en el que podían disfrutar de sus tierras y preservar muchas de sus antiguas tradiciones.

Por otra parte, la revolución campesina del sur se caracterizó por ser un movimiento de corte localista y focalizado que no planteaba impulsar estrategias militares, ni proponer políticas más allá de su propio territorio. Esto último, para muchos analistas, constituiría el origen de su propio fracaso, puesto que al aislarse y no buscar articulaciones con otros movimientos, se limitaría a sus propios medios de subsistencia.

El estado de Morelos se convirtió en la arena de la lucha zapatista como consecuencia de las grandes transformaciones que acontecieron en la producción agrícola entre los años de 1885 y 1910, convirtiéndose en uno de los centros más importantes de producción de azúcar y teniendo como marco geográfico-administrativo la figura de la hacienda.

En medio del panorama ya descrito y siendo que las propias haciendas se convirtieron en los principales escenarios de la lucha zapatista, nos

proponemos para esta ocasión hacer de la hacienda de Atlihuayán, Morelos, un espacio de reflexión histórica para destacar la importancia que tuvo durante la revolución agraria del sur.

Para fines prácticos, este trabajo se desarrollará en tres apartados. En el primero se destaca de manera general la situación de las haciendas que se establecieron en México y que cobraron fuerza durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX; en la segunda, se hará un análisis socio-histórico sobre los factores que permitieron la conformación de la hacienda de Atlihuayán durante los siglos XVII y XIX; y en la tercera se mostrará como Atlihuayán se convirtió en el prototipo de las haciendas azucareras en el estado de Morelos, haciendo una lectura de su relevancia durante el estallamiento y desarrollo de la Revolución Mexicana.

I) La hacienda mexicana en los albores del siglo XX

La hacienda en México fue una institución principalmente económica y social basada en la producción agraria de determinados productos y que llegó a imponer tal poder que fue una de las pocas fundaciones coloniales que lograrían sobrevivir aún tras la consumación de los procesos de Independencia y Reforma de nuestro país.

Según el historiador alemán Herbert Nickel, las haciendas mexicanas estarían compuestas, en lo general, con los siguientes elementos:

1. Dominio de recursos naturales
2. Dominio de la Fuerza de Trabajo
3. Dominio de mercados regionales
4. Exigencia de una utilización colonialista

Es decir, para que una hacienda pudiera establecerse en un determinado punto geográfico, requería dominar (y poseer) sus principales recursos naturales: el agua y la tierra que estaban en dentro de sus límites y aún en sus alrededores (situación que ocurrió, como se verá más adelante, con el río Yautepec en Morelos al repartir sus aguas beneficiando a las haciendas contiguas a través del uso de canales de riego). Por otra parte, era indispensable que la

hacienda contara con la suficiente mano de obra y asegurara en todo sentido su reproducción social. La hacienda, a su vez, debería obtener y garantizar el dominio de los mercados locales de la región para introducir sus productos. Asimismo, no podía escapar de una estructura de tipo colonial para poder expandir su dominio político, económico y social.

Desde finales del siglo XVI y principios del XVII, una vez que el sistema de encomiendas ha quedado abolido, se conforman las primeras propiedades otorgadas a partir de mercedes reales a las familias de los descendientes de los conquistadores por parte de los virreyes. Dichas propiedades en un principio eran de pequeñas dimensiones y tenían como principal objetivo favorecer y fomentar la producción agrícola a grandes niveles. De esta manera, las haciendas se diferenciaron entre sí, ya fuera por su extensión, por la elección de lo que producían y comercializaban o por el volumen de dicha producción. Derivado de esta situación, lo que marcaría la diferencia entre las distintas haciendas serían la fuerza de trabajo con la que contaban y el equipamiento requeridos.

A grandes rasgos, los productos que en mayor medida se comercializaron dependieron de la región en la que se encontraban localizadas: el pulque se produjo principalmente en el territorio de Hidalgo, el henequén en la península de Yucatán, y el azúcar en Morelos y una franja de Tamaulipas. En los estados de Morelos y de Tamaulipas (en Matamoros, específicamente), por las condiciones geográficas que a continuación se describen, el azúcar logró producirse a gran escala: "algunos cortes en el relieve realizados por el río Balsas hacen aparecer condiciones climáticas tropicales en las cercanías de la ciudad de México de tal modo que (...) a una altitud aproximada de 1,400 metros sobre el nivel del mar podían abastecer desde bien cerca de la meseta central por las malas condiciones de comunicación con la zona baja".

Es por esta razón que la zona de Morelos se convierte en el territorio propicio que sería ocupado por las haciendas azucareras de pequeñas y también de grandes dimensiones. En el siguiente cuadro se puede observar la temprana conformación de las haciendas azucareras en esta región señalada así como su rápido desarrollo:

CUADRO 1
Surgimiento de las haciendas en Morelos

Año	Hacienda
1518	Surge la Hacienda "El Hospital"
1587	Se conforman Anenecuilco, Cuahuixtla
1589	Es creada la hacienda de Tenango
1598	Francisco Bernal en Oaxtepec y los frailes de San Hipólito forman un ingenio
1599	Tlayacapan y Atlatlahuca: se conceden a los indígenas a préstamo
1603	Hospital de Oaxtepec
1612	Se crea el ingenio de Oaxtepec
1613	En Yautepec obtienen tierras los jesuitas de San Pedro y San Pablo
1617	Merced para Francisco Barbero posible origen del Ingenio de Temixo, pero que fue creciendo con Jojutla, Acatlipa, Alpuyeca.
1620	Pedro Cortés, cuarto marqués del Valle, cede a censo perpetuo (enfitéutico) de $40.00 anuales y 4 caballerías de tierra a Juan Fernández Pinto y a su esposa. Éste sería el origen de la Hacienda de Atlihuayán.

Este cuadro muestra el temprano desarrollo que tienen las haciendas de Morelos desde la segunda década del siglo XVI y el momento en que los ingenios azucareros aparecen en esta región de nuestro país. El corte temporal de este cuadro está en función de la hacienda cuya historia concierne a este trabajo de investigación, Atlihuayán, y cuya fundación se puede ubicar en la segunda década del siglo XVII.

De manera temprana, desde principios del siglo XVII, las haciendas morelenses empezarían a expandirse a sus "anchas" sobre las tierras de propiedad comunal que fueron encontrando a su paso evadiendo todos los marcos posibles de la legalidad. Ya transcurridos cientos de años la situación en los albores del siglo XX había sobrepasado todo límite de respeto a la propiedad, al despojar de manera significativa de sus tierras de cultivo a muchos de los pueblos contiguos.

Es en el campo y no en las zonas urbanas donde se encontraba concentrada, para este tiempo, la mayoría de la población del estado de Morelos. Ese terreno rural, enmarcado con relaciones de tipo tradicional que apelaba a los principios de comunidad desde la época prehispánica, se convertiría en un lugar geográfico idóneo para el asentamiento de las diversas haciendas azucareras, gracias a las cuales la división territorial quedaría impactada y transformada para ajustarse a sus necesidades cambiantes de mano de obra y de producción, lo cual determinaría lo que Dewitt K. Pittman Jr. ha nombrado "Geografía del Dominio":

> El 80% de la población del estado, cerca de 115 000 individuos, residía en los 124 poblados y 53 asentamientos, no incorporados, diseminados en el campo. Fue allí donde las fincas azucareras se acomodaron a la geografía local y donde tanto por su presencia como por su ausencia, habían ordenado la subdivisión del estado en seis regiones distintas sin ajustarse a los linderos casuales o administrativos.

En el año de 1919 el ingeniero Domingo Díez —que se convertiría en un destacado cartógrafo de Morelos— señalaba con preocupación hasta dónde había llegado en este estado la extralimitación de las haciendas: "Los terrenos pasan a poder de los hacendados, éstos intensifican sus cultivos y los grandes terratenientes se apoderan del dominio de las aguas contribuyendo a lo que podemos llamar Feudalismo Agrario".

En Yautepec, muchas de las tierras que estaban amparadas con títulos que habían avalado su propiedad desde la época virreinal habían sido usurpadas desde el mismo período colonial hasta principios del siglo XX. En el cuadro 2 es posible apreciar la relación entre las haciendas de Morelos y el resto del territorio mexicano a finales del siglo XIX y durante las tres primeras décadas del XX:

CUADRO 2
Número de haciendas en Morelos y en el territorio nacional

1880		1900		1930	
Morelos	Nacional	Morelos	Nacional	Morelos	Nacional
48	5, 869	33	5, 932	9	6, 953

Como puede verse, el estado de Morelos sufre durante los albores del siglo XX un proceso inverso al que ocurre en el resto del país. A nivel general, con el transcurrir de los años se incrementa el número de haciendas, muchas de las cuales se fueron vendiendo y fragmentando. Tan sólo en los estados de Michoacán y Yucatán hay un total de 5, 917 haciendas para el año de 1930 (429 y 1, 092 respectivamente).

II) Atlihuayán, el modelo de la hacienda azucarera de Morelos

Es necesario iniciar este apartado a partir de un breve paréntesis para indicar que el territorio sobre el que se encuentra situada la exhacienda de Atlihuayán tiene un pasado de origen prehispánico. Esto sin el afán de caer en lo que, para Enrique Krauze, es el mayor peligro que puede afectar a una persona que realiza un trabajo de investigación, que en un tono sarcástico ha llamado "origenitis", es decir, "La manía de remontarse a Tláloc para explicar el origen de la angina de pecho de Juárez".

En ese sentido, es relevante mencionar que, en el terreno ocupado por Atlihuayán, se han localizado evidencias de asentamientos procedentes de diferentes periodos históricos: del correspondiente al Preclásico (1800-100 a.C.) se encuentran vestigios que muestran caracteres de tipo olmeca relacionados con culturas de la Venta en la costa del golfo, Monte Albán y Tlatilco. En el horizonte Clásico (100-850 d.C) se localizan evidencias de grupos con influencia teotihuacana. Por último, en el horizonte Posclásico (850-1250) se puede detectar una importante presencia tolteca. Éste es solamente un indicio de la antigüedad de la región y su relevancia.

La historia de la hacienda de Atlihuayán inicia el 15 de marzo de 1620, cuando don Pedro Cortés, familiar de Hernán Cortés y cuarto marqués del Valle de Oaxaca, concede a don Juan Fernández Pinto este territorio a censo perpetuo (renta irredimible que se otorgaba por tiempo ilimitado) la superficie correspondiente a 171.18 hectáreas de tierra —que correspondieran a cuatro caballerías— por el pago de cincuenta pesos anuales.

Don Juan Fernández Pinto decide dedicarse a la siembra de los cereales y del azúcar y, dadas las condiciones crecientes de requerimiento de fuerza de trabajo, adquiere ochenta esclavos negros. Sin embargo, uno de los

principales problemas que se presentan para la hacienda es la dotación del agua, situación que quedaría resuelta para el año de 1665 cuando se logra repartir, como ya se ha referido anteriormente, las aguas del río Yautepec y la hacienda de Atlihuayán es beneficiada con treinta surcos del vital líquido.

En el año de 1672 la hacienda se había transferido a don Domingo Luis, quien para estos tiempos contaba ya con una finca que tenía un valor calculado de más de sesenta mil pesos, y 68 esclavos negros. El precio de la hacienda se incrementaría una vez más para el año de 1719 en gran medida debido a la reproducción social de la fuerza de trabajo, es decir, los niños esclavos que nacían en la finca.

Para 1743, a pesar de la productividad de la hacienda, ésta se encontraba endeudada por los malos manejos que su dueña, doña Francisca de Barrientos Lomelín Castilla —que sucedería en la posesión a don Domingo Luis—, hacía de sus ingresos. Se trataba de una situación contradictoria porque para estas fechas Atlihuayán contaba ya con maquinaria de primera clase para su momento, como la rueda hidráulica con la cual la producción se optimizaba.

A finales del siglo XVIII (1796) don José María Manzano adquiere la hacienda y, a su muerte, durante pleno proceso de Independencia, la hacienda pasa a sus herederos, quienes por grandes errores administrativos y deudas terminan cediéndola a don Miguel y don Leandro Mosso, dos hermanos dueños de las haciendas de San Gabriel y San José Vistahermosa.

En medio de grandes contradicciones, puesto que la hacienda de Atlihuayán se caracterizó siempre por ser una de las más productivas en su ramo, los hermanos Mosso fracasan en su administración y ante una quiebra inminente la entregan para el año de 1858 a don Manuel Escandón, miembro y antecesor de una importante dinastía de comerciantes y terratenientes que tendría un gran impacto en los acontecimientos de finales del siglo XIX y principios del XX.

Según los registros, el primer miembro de la familia Escandón en llegar a nuestro país fue don Pablo Escandón y Cavando en el año de 1770, comerciante asturiano que se casaría con doña Guadalupe Garmendia, miembro de una de las familias más importantes de Orizaba, que basaba su fortuna en la producción y comercialización del tabaco. Don Pablo Escandón se convertiría en intendente de Puebla. De este matrimonio nacería Manuel Escandón Garmendia, un próspero empresario que invirtiera su capital en

la minería al adquirir gran parte de las acciones de las minas de Fresnillo en Zacatecas y de Real del Monte en Hidalgo.

Don Manuel Escandón también se dedicaría a invertir, particularmente en los medios de transporte y en las vías de comunicación, reparando los caminos principales del país, a más de heredar el negocio del tabaco de su madre y ser contratista del propio Antonio López de Santa-Anna en el abastecimiento de cañones, fusiles y municiones, e incluso llegando a convertirse en uno de los principales prestamistas del gobierno.

Mientras la hacienda se encontraba en manos de la administración de don Manuel Escandón, uno de los acontecimientos importantes que se registra ocurre el día 15 de febrero de 1856 cuando el periódico *El Heraldo* reportaba actos vandálicos en algunas de las haciendas de Morelos que eran saqueadas por gavillas de asaltantes formadas por los trabajadores de las propias haciendas. Fue el caso de Tenango, Miacatlán y de igual forma de la hacienda de Atlihuayán.

En un ambiente de poca certeza los hacendados exigen a las autoridades locales y federales que les brinden garantías mínimas de seguridad para salvaguardar sus propiedades. En la hacienda de Atlihuayán Salomé Plascencia, quien fuera uno de sus trabajadores, encabezaría un grupo de gavilleros y asaltantes conocido como los "Plateados" (recibieron este nombre por utilizar herrajes plateados en sus ropas, muy a la usanza de los charros). A partir de este hecho, don Ignacio Manuel Altamirano se inspiraría para escribir *El Zarco*, una novela situada en el contexto de la Guerra de Reforma en 1861, en donde las haciendas llegaban a convertirse en verdaderas "madrigueras" de bandidos.

Purgares de la Hacienda de Atlihuayán

El 17 de agosto de 1861, el gobernador Esteban Ávila y su secretario Martín Chávez proclamaron la Primera Ley Agraria de Aguascalientes para poner un límite a la extensión

de las propiedades. Los hacendados —que sentían afectados sus intereses— responden al Congreso con un documento de 85 páginas.

Don Manuel Escandón fallece en el año de 1862 y hereda la hacienda a su hermano Antonio hasta el año de su muerte en 1877. Será ya hasta principios del siglo XX que la maquinaria de la hacienda sea modernizada nuevamente al adquirir máquinas de vapor y sustituir la antigua rueda hidráulica.

El contexto para la hacienda de Atlihuayán se muestra favorable para esas fechas, puesto que las haciendas azucareras obtenían grandes privilegios y, de toda la industria nacional, eran las que contaban con mayor protección por parte del Estado, que había aplicado altos impuestos sobre el azúcar extranjero que entrara a México. Morelos se convertía así en el principal centro azucarero del país; no obstante la prosperidad de unos cuantos pondría en riesgo la vida comunal de la mayoría de los pobladores.

1890

Llegaría el turno de Pablo Escandón de ser el siguiente dueño y administrador de la hacienda de Atlihuayán. Este famoso y polémico personaje pertenecía a los estratos más acomodados de la sociedad porfirista, por lo que encontraría durante este periodo un ambiente propicio para expandir sus propiedades, a más de heredar los ideales de omnipresencia de su familia en la vida económica y social de nuestro país. Dice Womack:

> Los Escandón habían adornado la corte de Maximiliano, habían ayudado a financiar el ferrocarril de Veracruz-ciudad de México, habían tenido haciendas famosas y recientemente como un Escandón había sido nombrado gobernador del Distrito Federal, se habían apoderado de la sociedad metropolitana. Los Escandón, que eran unos de los figurines más vistosos de México, verdaderos atractivos para un turismo de lujo, se habían exhibido durante tan largo tiempo que, hasta 1900, habían perdido casi toda capacidad de ser alguna otra cosa. En los primeros años del nuevo siglo, el apellido Escandón figuraba todavía destacadamente en los periódicos, pero en las columnas de sociales. De este vigoroso y moribundo árbol, Pablo era la última frágil ramilla.

El singular personaje, Pablo Escandón, ampliaría los límites de la hacienda de Atlihuayán, anexando a sus propiedades de manera irregular los terrenos de El Caracol y Campo Grande y la hacienda de Apanquetzalco, además de comprar la hacienda de Xochimancas, que había pertenecido a la orden de los jesuitas; con todo, llegaría a convertirse en poco tiempo en el poseedor de aproximadamente 11, 753 hectáreas. La hacienda de Atlihuayán para esos años tendríaun valor calculado de 250 mil pesos.

El despojo que sufrirían los campesinos de las zonas circundantes a la hacienda sería con el tiempo uno de los principales detonadores de la llamada Revolución del Sur. Se sabe que la gran mayoría de las haciendas que funcionaban a principios del siglo XX creció a costa de la propiedad comunal, pero uno de los mayores despojos se cometería, sin duda alguna, en la citada hacienda de Atlihuayán:

> Los mayores abusos partieron del propietario de la hacienda de Atlihuayán, que no obstante tener titulados únicamente dos caballerías de tierra, fue extendiendo arbitrariamente sus terrenos que desde tiempo inmemorial pertenecían al pueblo de Yautepec.

Todo esto ocurría durante el año de 1902; sin embargo, lo que finalmente desencadenaría el rencor y el espíritu de lucha por parte de los habitantes de este espacio fue que el mencionado hacendado también se apropió de una toma de agua que siempre había sido reconocida como propiedad de Yautepec.

La familia Escandón mandó tender una cerca doble desde La Ceiba hasta Las Tetillas, con lo que se anexaba siete caballerías de terrenos comunales del pueblo. A partir de esta situación, la vida nunca volvería a ser igual para esta comunidad. Pero la situación se tornaría aún más complicada cuando el ganado de los pobladores de Yautepec buscó pastar en las tierras que por naturaleza conocía, traspasando el cercado y, cuando los hacendados como resultado de la invasión, se apropiaron de varias cabezas.

Los pobladores del pueblo de Yautepec se organizaron a partir de una comisión precedida por el campesino Jovito Serrano quien, asesorándose con el abogado Francisco Serralde, que haría toda clase de intentos por mejorar la situación y recuperar las tierras y la toma de agua, declararían la guerra a los despojadores. Las quejas de los campesinos de Yautepec llegarían rápidamente a los oídos de los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la nación. Adelantándose a los acontecimientos, en una misiva que dirigió a don Félix Romero, magistrado del máximo tribunal, señaló la importancia de solucionar el conflicto agrario para evitar una revolución en el país:

Se dice que entre los años de 1902 y 1905 el propio Emiliano Zapata intervino en el conflicto de la hacienda de Atlihuayán, formando parte de la comisión del pueblo. Los pueblos de Yautepec y Anenecuico tenían terrenos compartidos al sur del estado de Morelos. Estos dos poblados tenían puntos en común por su situación geográfica y eso los involucraría en la defensa de la tierra. Los Aldana y Salazar, pobladores originarios de Yautepec, eran primos de Emiliano Zapata por parte de su madre. Específicamente uno de esos primos fue Amador Salazar, afín de Emiliano, que formó parte de la junta de Jovito Serrano e interactuó de manera directa con él.

El resultado se puede inferir: a pesar de que el abogado Francisco Serralde trabajaría exhaustivamente para sus clientes durante tres años, logrando ganar varios amparos, la hacienda retuvo la tierra y el ganado de los vecinos de Yautepec; y por las influencias políticas que tenían, los Escandón lograron que las autoridades desaparecieran a los demandantes. Lo último que se supo de Jovito Serrano fue una carta que de manera clandestina hizo llegar a su familia cuando lo llevaban a una hacienda henequenera en Yucatán. Después de dos meses de estar recluido en este lugar, Jovito Serrano falleció de "causas nunca esclarecidas".

Los levantamientos y conflictos entre hacendados y campesinos de los pueblos cercanos a las haciendas fueron presentes, y los primeros se extralimitaron en el uso de la violencia. Relata Womack:

> Pero los hacendados o sus administradores dieron cuenta fácilmente de toda resistencia. En la mayoría de los casos la vencieron de manera privada, local y brutal, que solió consistir en una buena paliza o, a veces, en asesinatos. Si estas medidas tenían inconvenientes, los prefectos, por lo común ordenaban la conscripción forzosa de un agricultor rebelde para que sirviese en el ejército, lo cuál era también brutal. Y en los pocos casos que se convirtieron en asunto público, los hacendados pudieron siempre apelar a don Porfirio para obtener una solución favorable, no menos brutal.

En los años posteriores la situación no podía ser peor para los campesinos de los pueblos de Morelos. Para 1909 con la muerte del gobernador, el coronel Manuel Alarcón, se convocaba a elecciones extraordinarias en las que participaron el teniente coronel Pablo Escandón y Barrón y Patricio Leyva. Mediante un fraude electoral Pablo Escandón sería impuesto y el 15 de marzo de 1909 rendiría protesta.

Una de las primeras acciones de gobierno de Pablo Escandón fue imponer la Última Ley de Reavalúo y Registro Público de la Propiedad, una ley construida desde y para la elite, pues una de sus características sería reducir la carga fiscal de los grandes terratenientes y poderosos a la par de lesionar los intereses de los pequeños y medianos contribuyentes, quienes terminarían por soportar sobre sus espaldas grandes contribuciones hacendarias.

Para 1910 Pablo Escandón introducía moderna maquinaria en la hacienda de Atlihuayán, obedeciendo a la predicción de expertos que aseguraban que el siguiente año sería uno de los más productivos en la zafra azucarera. En el imaginario de los hacendados, la situación no podría estar mejor. Descansando en sus opulentas moradas de la capital, los hacendados estaban contentos: por fin parecía ser totalmente suyo Morelos, al cual orgullosamente consideraban como el estado más rico y próspero de la República. Y con la misma confianza con que encomendaban sus haciendas a sus administradores, le dejaron ahora su estado a Escandón.

El estallido de la Revolución de 1910 apenas tendría eco en Morelos. Sin embargo, ya para el año de 1911 iniciaría la Revolución del sector tradicional, del pueblo, de los campesinos: la Revolución del Sur.

Pablo Escandón, que continuaba a cargo de la hacienda de Atlihuayán, tiene que abandonarla y ésta sería tomada y convertida de manera temporal

en la Fábrica de Cartuchos de Atlihuayán, donde Zapata tenía una primitiva fábrica de municiones, donde volvía a cargar viejos cartuchos de máuser y de rifle 3030 y a manera de balas los retacaba con trocitos de cable de tranvía, cogido de los tranvías y de las plantas de energía eléctrica de la Ciudad de México.

A pesar de las limitaciones económicas y técnicas en las que la fábrica funcionaba, algunos documentos refieren la importancia que tenía Atlihuayán para surtir de armamento y balas a los soldados del Ejército Libertador del Sur, como puede notarse en este documento firmado por Emiliano Zapata, su principal líder:

> A fin de atender con alguna regularidad los pedidos que se hacen de parque a la Fábrica de Cartuchos y de que éstos no dejen de obsequiarse cuando más necesidad haya de dicho elemento de guerra, he de estimar a Ud. que por los medios posibles remita a la mencionada fábrica establecida en Atlihuayán, la mayor cantidad de cascajo para que sea recargado, en la inteligencia que de no hacerlo, el encargado de la repetida fábrica se verá en el caso de no atender ninguna solicitud suya. Y lo comunico a Ud. para su conocimiento y demás fines. Reforma, Libertad, Justicia y Ley. Cuartel General en Tlaltizapán, a 14 de diciembre de 1915. El General en Jefe. Emiliano Zapata.

¿Zapata en Atlihuayán?

La dirección de la fábrica de municiones sería encomendada al general Trinidad Paniagua en el año de 1915. El general Paniagua se había unido al Ejército Libertador del Sur en 1914 y había participado en importantes sitios y batallas tanto en Morelos como en el estado de Guerrero. Desafortunadamente en el año de 1916 el General moriría accidentalmente a mano de uno de sus subalternos cuando apoyaba un campamento en Puebla, por lo que Atlihuayán perdería a un gran estratega.

A pesar de que no se sabe cuánto tiempo permanecía Emiliano Zapata durante sus visitas aun en el año 1916, se encuentran algunos documentos firmados por él y dirigidos a Genovevo de la O desde la hacienda de Atlihuayán. Sin embargo, la muerte del héroe puede ser planteada como la muerte del Ejército Libertador del Sur y, por lo tanto, el posterior abandono de la fábrica de municiones de Atlihuayán.

El 17 de junio de 1917 ocurre uno de los acontecimientos más trágicos para Zapata, su hermano Eufemio, que siempre le apoyó, muere a manos del coronel Sidronio Camacho en una riña de cantina. Este mismo año Gildardo Magaña, partícipe de la Revolución del Sur, intentó establecer un diálogo con Carranza y hacer una propuesta: se reconocería a su gobierno si éste aceptaba la legalidad de los revolucionarios de Morelos, ya que la nueva Constitución ha incorporado a su texto principios agrarios satisfactorios. El presidente no acepta puesto que él no puede pactar con los "bandidos que se encuentran fuera de la ley".

El 10 de abril de 1919 a las ocho de la noche Emiliano Zapata, víctima de una traición, muere a balazos en otra hacienda, la de Chinameca, bajo las órdenes de Pablo González por las fuerzas del coronel Guajardo, a quien Zapata unas semanas antes había escrito una carta invitándolo a unirse al zapatismo. Pocos días después del asesinato, González y Guajardo fueron premiados y felicitados por Carranza. El 12 de abril el periódico *Excélsior* anunció la muerte del caudillo.

Conclusiones

Como se mencionó, los analistas de la Revolución actualmente discuten sobre los logros y las transformaciones que trajo consigo. Cuando la contienda revolucionaria concluyó y se llevó a cabo el reparto agrario, un gran logro

de los campesinos de esta región que participaron en esta lucha fue que los terrenos comprendidos por Yautepec, Los Arcos, Ticumán, La Nopalera, El Caracol y otros les fueran otorgados en forma de ejidos.

El casco de la hacienda de Atlihuayán quedaría conformado de siete hectáreas y seguiría perteneciendo por algunos años más a la familia Escandón. Para el año de 1926 moriría Pablo, su miembro más importante. Luego, por muchos años la hacienda permanecería en franco abandono entre hierba crecida y plagas de animales. Varias décadas tendrían que transcurrir para lo que sería un proceso de rehabilitación de la hacienda de Atlihuayán por parte de algunas familias acaudaladas, provenientes principalmente de la Ciudad de México, que la utilizan en la actualidad como casa de fin de semana, conservando algunos de los edificios principales, como la administración, la capilla y el casco.

Las familias ya no fueron como antes

María Eugenia Herrera Cuevas

La Revolución Mexicana es un fenómeno de carácter nacional cuyos antecedentes y causas están inmersos en la historia global del país; sin embargo en Michoacán, como en cualquiera de los demás estados de la República, los procesos nacionales cobran dinámicas particulares. El presente texto abarca la revisión de la historia de la Revolución a partir del ámbito nacional y estatal, para observar sus efectos en un pueblo y en la vida de una familia surgida justamente al inicio de la lucha armada. Ésta es una breve historia de la familia Cuevas Castillo, oriunda de un pueblo del actual municipio de Yurécuaro y residente de varios lugares del municipio. El relato se inicia a partir del matrimonio de Guadalupe Castillo y Andrés Cuevas, en el año de 1911 y los sigue lo largo de los años marcados por la Revolución.

Mis abuelos, Andrés Cuevas y Guadalupe Castillo, con la tía Amalia de tres meses de edad, partieron a principios de 1914 a Estados Unidos desde El Refugio, una ranchería michoacana del municipio de Yurécuaro colindante con el río Lerma. Iban acompañando a Conchita, la hermana de la abuela Lupita, que fue requerida por su esposo, trabajador emigrante en aquel país del norte. Dejaban atrás la vida de campesinos prósperos en un momento en que México atravesaba por una revolución que duraba ya más de tres años, no parecía terminar y que estaba alterando de manera significativa la vida de los pueblos y habitantes de esa región, al igual que la de otras muchas otras; pero lo más preocupante era que estaba poniendo en riesgo la seguridad personal de esa familia que recién se iniciaba, razones que obligaron a dejar la tierra de sus ancestros, la de ellos mismos para aventurarse a iniciarse en un país extraño que los requería pero no los quería.

El país que dejaban estaba sumergido en una lucha armada que enfrentaba a diversos grupos que desde diversas trincheras buscaban hacerse del

dominio político; todo había empezado muchos años antes, quizá desde la época virreinal, cuando los criollos encumbrados se hicieron de la tierra y de grandes fortunas, muchas de las cuales pervivieron a lo largo del México republicano; defendieron sus fueros ante los de la burguesía liberal y prosperaron, junto con ellos, durante las tres décadas del Porfiriato.

En 1876 llegó Porfirio Díaz al poder y lo ejerció de manera absoluta hasta 1911, constituyéndose en el primer período prolongado de estabilidad política y económica desde la Independencia, en el cual se consolidaron el capitalismo y el desequilibrio social. Y si bien crecieron la industria y la producción agrícola, se abrió el país a las inversiones extranjeras, a las que se dio prioridad sobre las nacionales, y se permitió la explotación irracional de los recursos nacionales y su exportación. Se propició, asimismo, el cacicazgo regional, se crearon grandes haciendas y se generalizó el peonaje, el cual mediante el sistema de raya obligaba a los trabajadores a permanecer sujetos al régimen hacendario, perdiendo su libertad, la de su familia y la de las generaciones que los sucedían.

En general, las condiciones de vida de los peones eran muy precarias; sin posibilidades de solvencia económica, estaban al margen de servicios educativos y de salud. Sujetos a una ideología cristiana y patriarcal y a un régimen político-judicial antidemocrático, se sometían a un sistema de explotación y marginalidad social sin alternativa ni expectativas de desarrollo.

Dentro del proyecto nacional de Díaz, la modernización del país tenía una alta prioridad; así empezó a revestir el país de signos de prosperidad que fueron transformando la fisonomía de núcleos los urbanos y la vida de sus habitantes. Se remodelan los paisajes urbanos con avenidas, monumentos y grandes edificios públicos; se crearon espacios residenciales para las clases acomodadas y, siguiendo los postulados del positivismo, se promovió la cultura, el arte y la educación, aunque sus beneficios no abarcaron a las grandes masas populares. Se amplió la red telegráfica; en 1879 se instalaron los primeros teléfonos privados y, un año después, una red de servicio público en la Ciudad de México. Las líneas férreas se ampliaron significativamente; de los 700 kilómetros que se tenían al inicio del gobierno porfirista, pasaron a casi 20 mil en 1910; desde luego, hay que considerar que para el capital extranjero y nacional era fundamental contar con vías de comunicación; al mismo tiempo, fueron beneficiados al serles concesionadas por los gobiernos federal y estatales y contar con substanciosos subsidios.

En Michoacán, la política liberal, con sus principios de propiedad privada y separación de Iglesia y Estado, fue tempranamente aplicada por Melchor Ocampo y consumada con la aplicación de las leyes liberales, bajo las cuales el reparto de tierras comunales de los indígenas desintegró las comunidades indígenas del estado, principalmente las ubicadas al norte de su territorio. En el porfirismo el auge desmedido de las haciendas fue absorbiendo todas las otras propiedades, la de Monteleón dominó el contorno municipal de Yurécuaro; en ella como en las demás, se estableció un género de vida basado en la explotación del peonaje y medieros, que hicieron posible el esplendor económico de propietarios y del régimen estatal en mano de gobernadores porfiristas, Aristeo Mercado entre ellos, que detentó el poder por 20 años a partir de 1891. Sin embargo, la vida cotidiana de la población rural, michoacana y nacional, se acompasaba bajo los techos familiares y al cobijo de estrechas relaciones comunitarias, de arraigo a la tierra y apego a valores tradicionales que daban sentido a sus existencias y les permitía sobrellevar con dignidad sus penurias y sometimiento.

Acorde con el proyecto modernizador desarrollado por Díaz en el país, a partir de las tres últimas décadas del siglo XIX, la mayoría de las ciudades de Michoacán empezó a transformarse; las reformas en el sistema fiscal permitieron a los gobiernos municipales recaudar mayores recursos y con esto llevar a cabo programas de urbanización, en los que hubo participación estatal, municipal y ciudadana. Se restauraron edificios públicos y se construyeron otros para la administración pública; se embanquetaron y empedraron calles, se hicieron jardines en las plazas en las que se colocaron bancas y kioscos. Se introdujo alumbrado público, se colocaron relojes públicos.

El 13 de enero de 1888 se inauguró el ferrocarril de Irapuato a Guadalajara, pasando por Yurécuaro. En el pueblo se ubicó una estación, en la cual se instaló una oficina de correos y otra de telégrafos. La ciudad y los pueblos del municipio se lanzaron a la vida moderna, a ellos empezaron a llegar noticias del estado, del país, incluso del mundo, con una rapidez no antes vista; la población amplió sus límites geográficos e ideológicos hasta entonces por ellos conocidos; el pueblo vio incrementada su población, la actividad comercial empezó entonces a desarrollarse de manera acelerada. Conforme avanzó el siglo, acercándose a su final, la fisonomía de Yurécuaro se fue transformando: las casas residenciales de la plaza central dejaron su lugar a locales comerciales, se construyó el mercado municipal y empezó a

cobrar importancia el tianguis tradicional, llamado "las cuatro esquinas", por estar instalado de manera semipermanente en el cruce de dos calles.

Al igual que en el resto del estado, en el municipio de Yurécuaro la industria no prosperó gran cosa. En el Yurécuaro finisecular, se producía en pequeña escala azúcar, harina de trigo, velas de parafina, productos de cuero y lácteos, con técnicas de características artesanales. Las actividades comerciales estaban en general manejadas por extranjeros: las panaderías y los abarrotes, por españoles; las ferreterías, por alemanes; la maquinaria, por ingleses; y las tiendas de ropa, por franceses. Desde luego, en el municipio de Yurécuaro, siguiendo las tendencias nacionales y estatales, a través de grandes propiedades se llevaba a cabo una importante producción agrícola y pecuaria para surtir los mercados exteriores y para abastecer las necesidades de materia prima algunas de las incipientes industrias.

En 1897 Yurécuaro adquirió tres barcos construidos en Ocotlán, dos de ellos destinados para el transporte de pasajeros y uno para ganado; en ese mismo año se estrenó el cuerpo de policía. El 16 de septiembre de 1910, mediante un decreto emitido por el Congreso de Michoacán, Yurécuaro adquirió el estatus de "villa" dejando atrás su designación de "pueblo". Adelantándose al evento, se construyeron edificios municipales y el kiosco, inaugurados en 1904 los primeros y un año después el segundo.

Todo parece indicar que las familias Cuevas y Castillo son originarias de Tanhuato, pueblo vecino de Yurécuaro, separados apenas por cuatro kilómetros. En la notaría de la parroquia del Santo Cristo Milagroso, desde antiguo, están consignados muchos registros bautismales, matrimoniales y mortuorios de vecinos Cuevas y Castillo; y en el cementerio del lugar hay muchas lápidas con estos apellidos. Mis abuelos, Andrés y Guadalupe, eran oriundos de El Refugio, un rancho del municipio de Yurécuaro, al cual se accede ahora desde la carretera que va de Yurécuaro a La Piedad, tomando un camino secundario. Hoy en día el viaje de 6 kilómetros desde Yurécuaro en automóvil se hace en no más de 15 minutos, pero a finales del siglo XIX, el trayecto se hacía a pie o en montura de caballo o burro.

Andrés Cuevas García nació el 10 noviembre de 1886; sus padres fueron Quirino Cuevas y Margarita García. Quirino era un hombre fuerte, indiado, muy moreno. Margarita era hija de español, pelirroja, "huevo de cócona", le decían por tener pecas en la cara; de esta amalgama nacieron María Concepción, María y el abuelo Andrés, tres solamente porque la bisabuela

murió dejándolos huérfanos todavía niños. En esos años la mortalidad era mayor. En 1895 sobrevivían al parto 455 mujeres entre mil y la expectativa de vida no llegaba a los 30 años.

El bisabuelo Quirino volvió a casarse, ahora con Marcela Tirado, y nacieron Antonio, Francisco y otra María, nombre muy socorrido en aquellos tiempos. Cuentan que el grande Quirino era un hombre trabajador y próspero, posiblemente entraba en la categoría del *ranchero*, ese personaje que se generalizó durante el siglo XIX y principios del XX en México, propietario de parcelas agrícolas y de pastoreo, pequeño agricultor y ganadero rural. Mediano productor autónomo, que trabajaba y administraba directamente sus propios bienes. Además de obtener el abastecimiento para su familia, participaba con su producción en el mercado local. En el rancho el bisabuelo tenía huertas, y cultivaba melones y maíz; era apicultor y tenía algunas vacas, chivos y borregos, también procesaba y comercializaba la ordeña vacuna; todo ello le hizo alcanzar una vida próspera hasta cerca de 1915, cuando murió.

Guadalupe Castillo Bravo nació el 12 de diciembre de 1896, sus padres fueron Teófilo Castillo y Antonia Bravo. Teófilo tenía tierras y ganado en El Refugio, cuya mediana producción comercializaba directamente en Yurécuaro, en el cual radicó la familia durante la primera década del siglo; desde ahí, Teofilo administraba sus tierras y desarrolló una pequeña industria de cobertura local, de procesamiento de productos lácteos derivado de su propia ordeña de vacas. Teófilo era también indiado, moreno y de fuerte complexión; Antonia, en cambio, era de tez blanca y cabello rizado. Sus raíces estaban en El Refugio y ahí nacieron sus hijos: Margarito, Guadalupe, Aurelio, María del Refugio, Natividad y Carmen. Antonia murió en 1960 y Teófilo en 1971.

Andrés y Guadalupe nacieron y crecieron en El Refugio, ambos participaron en las actividades propias de su sexo, edad, época y entorno: los hombres desde niños ayudaban con las faenas de sus padres, en este caso, labores agrícolas y ganaderas, aumentando tanto su carga de trabajo como su responsabilidad conforme iban creciendo; también se encargaban de habilitar y dar mantenimiento a los espacios físicos de la familia: la casa, los corrales, el huerto, las cercas, el camino, el pozo, los canales, así como los muebles y herramientas de la casa; cosa de hombres también era ir al pueblo o más allá para hacer trámites oficiales y compras especiales.

Las mujeres colaboraban en las tareas domésticas, múltiples y complicadas. En ambos casos, tanto los trabajos agropecuarios como domésticos, se

apoyaban en una tecnología preindustrial, en donde la fuerza humana y animal eran las principales fuentes de energía. El abuelo platicaba que para sembrar utilizaban yunta de mulas y el regadío era abriendo canales, en ambas familias, además de su propia participación, se contrataban jornaleros eventuales para la siembra y la cosecha. El transporte de la producción eran burros y mulas, no el ferrocarril, reservado para las grandes producciones de las haciendas dirigidas al comercio externo al municipio. La elaboración de quesos, crema y mantequilla era artesanal y en ella colaboraba toda la familia.

Por su parte, la abuela Lupita platicaba que en la elaboración de alimentos, la molienda era en molcajete o metate, la cocción era en estufas de leña y carbón, y la preparación era cotidiana al no contar con sistemas de refrigeración. Con la echada de tortillas se iniciaba el día y se concluía con la preparación del nixtamal para el día siguiente. Para la vestimenta de la familia y de la casa, se recurría a algunas manufacturas de venta en los mercados de los pueblos cercanos, Yurécuaro principalmente; pero una buena parte era confeccionada por las mujeres de casa, a partir de telas y mercerías adquiridas de manera comercial. El bordado y el ganchillo entretenían las horas ociosas, la abuela tendría que esperar hasta 1940 para contar con una máquina de coser, porque aunque a mediados del siglo XIX Singer organizó su fabricación industrial, su popularización tardó más de medio siglo en México.

La infancia y adolescencia de los abuelos transcurrió en la tranquilidad de la provincia michoacana, en una ranchería en la que, por no haber energía eléctrica, la jornada cotidiana era la marcada por la luz del sol, quizá prolongada un poco más por las velas y lámparas de aquéllas denominadas quinqués inventadas en Francia a finales del siglo XVIII, pero mejoradas con el uso de petróleo refinado en 1860. El abasto de agua para uso doméstico era el pozo familiar y el riachuelo cercano; el excusado era una fosa séptica colocada en el corral de la casa y su trayecto, en noche sin luna, constituía una experiencia infantil aterradora. La religión ocupaba un lugar importante en sus vidas y sus celebraciones eran los grandes eventos de la ranchería. A pesar del ferrocarril, sus incursiones al exterior eran excepcionales y a los ranchos vecinos, a la fiesta celebrada en la hacienda de Monteleón, la de Mirandilla y a la Piedad. Algunos, los más aventurados y adinerados, conocían La Barca y más allá, Guadalajara y Morelia. Desde luego, Yerécuaro, al ser la cabecera municipal y estar a sólo a 6 kilómetros, se constituía el punto de contacto, abasto y servicios.

En ese tiempo, las últimas dos décadas del siglo XIX, El Refugio no contaba con escuela, la más próxima estaba en Yurécuaro, por lo que era muy difícil que los niños de las rancherías tuvieran una educación escolarizada; sin embargo, Andrés Cuevas fue un autodidacta durante toda su vida, actitud que le permitió contar con una educación mediana, interés por el conocimiento y la información, afición por la lectura, habilidad para ganarse la vida y desarrollo de una fuerte personalidad, segura y de firmes convicciones éticas y sociales. Guadalupe aprendió a leer y escribir tempranamente, pero nunca adquirió el hábito de la lectura; sin embargo, sus conocimientos, habilidades y actitudes le permitieron criar con éxito a once hijos y administrar, de manera eficiente, la vida doméstica de un hogar en condiciones de precaria estabilidad. Andrés y Guadalupe se conocieron desde chicos, El Refugio era el segundo círculo de la familia, en 1911 se casaron y radicaron su nuevo hogar en El Refugio, insertos en las actividades agropecuarias de la familia Cuevas.

Mientras tanto, en el país las condiciones sociales y políticas habían llegado a un punto de inflexión que devendría importantes cambios en todos los ámbitos de la vida nacional. La chispa fue la convocatoria de Francisco Madero, dirigente liberal, perteneciente a la oligarquía provinciana desplazada del poder, contra una nueva reelección presidencial del disminuido Porfirio Díaz en noviembre de 1910. La Revolución comenzó en diversas partes del país, movilizando a sectores populares y ocasionando la renuncia y exilio de Díaz. A los abuelos le tocó transitar de una época a otra, ambos vivieron su niñez y primera juventud en un México que dejó de ser en 1910, cuando la Revolución no solamente derribó a Porfirio Díaz, sino también la forma de vida que hasta entonces había imperado en el país y la de cada uno de sus habitantes. Después de una presidencia interina, en noviembre de 1911, Francisco Madero es electo presidente. Su gobierno encontró la resistencia, por un lado, de grupos inconformes por el incumplimiento de cambios más profundos en lo social y en lo económico; y por el otro, de la prensa y de la clase política porfirista, activas todavía. Se inició la rebelión en febrero de 1913 que culminó con la traición de Victoriano Huerta, y el asesinato de Madero y el vicepresidente Pino Suárez.

En Michoacán, inicialmente la convocatoria de Madero no tuvo un mayor impacto; sin embargo, se habían estado gestando brotes antirreeleccionistas en contra del gobernador, principalmente proveniente de la clase media que incluía profesionistas, pequeños propietarios, comerciantes, políticos jóvenes

excluidos del poder por el grupo del envejecido Aristeo Mercado. Fue hasta 1911 cuando se advirtieron movimientos en varios puntos del estado: en mayo de 1911 Salvador Escalante, subprefecto de Santa Clara, se levantó en armas en favor de Madero y se apoderó de varias plazas de la entidad. A La Piedad llegaron revolucionarios de Jalisco. En Morelia se llevó a cabo una numerosa marcha-mitin antiporfirista y contra el gobernador Aristeo Mercado, secundada por alumnos del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, la cual no obstante ser reprimida por las autoridades causando muertos, heridos y detenidos, provocó la salida del estado del gobernador terminando con esto una dictadura de manera similar al caso de don Porfirio.

En El Refugio, la familia Cuevas Castillo empezó a crecer, la primera vástago fue Rosario, que nació alrededor de 1912 pero murió de gastroenteritis a los 9 meses de edad, por lo que es a Amalia quien tocó abrir la descendencia. Ella nació el primero de noviembre de 1913, seguida por Margarita quien murió a los ocho meses de edad, de viruela. En ese tiempo, la viruela, de catastrófica historia en nuestro territorio, seguía causando estragos en la población mexicana; si bien Pasteur había encontrado la vacuna en 1885, las campañas de vacunación llegaron lentamente a toda la población. Habría que esperar hasta 1951 para que se diera el último caso en nuestro país.

Sin embargo, es necesario apuntar que la expansión del capitalismo en la época de don Porfirio había requerido la conservación de la salud pública, como precondición para el libre tráfico de mercancías y de personas, y por ello se emprendieron diversas acciones sanitarias federales y estatales sobre todo para erradicar las epidemias y las endemias que afectaban al comercio nacional e internacional. De cualquier manera, las enfermedades más comunes en la población eran las gastrointestinales y las de las vías respiratorias, que resultaban en muchos casos mortales hasta que, con el descubrimiento de la penicilina en 1920, bajó notablemente su incidencia. Para el dolor se recurría a remedios tradicionales y caseros, la aspirina se incluyó en la terapéutica hasta 1899 gracias a los trabajos experimentales del químico alemán Adolfo Bayer.

En el país, Victoriano Huerta, con el apoyo de grandes propietarios y la simpatía de Estados Unidos, se proclamó presidente en febrero de 1913. Un mes después Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, desconoció a Huerta; en marzo proclamó el Plan de Guadalupe, formó el ejército "constitucionalista", al que se unieron en el sur Emiliano Zapata, quien lanzó

su Plan de Ayala reclamando una reforma agraria; en el norte Pancho Villa y en el noroeste Álvaro Obregón. En junio de 1914, Huerta huyó y en agosto se rindió el ejército federal.

En Michoacán, debilitadas las fuerzas porfiristas y con el triunfo de Madero, Miguel Silva González asumió la gubernatura en 1912, con el apoyo de la oligarquía marginada del poder mercadista-porfirista. A la caída de Madero, surgieron levantamientos en el estado. Como en el resto del país, en Michoacán se inició entonces un desequilibrio que puso en crisis todas las actividades, principalmente la económica, agravada por los gastos de guerra del gobierno estatal. Entre la población michoacana se dieron varias manifestaciones de descontento social; algunos se anexaron al movimiento constitucionalista, que otorgó la jefatura a Gertrudis Sánchez, un norteño que estableció un vínculo directo con Carranza. La ofensiva constitucionalista sobre Michoacán se inició en 1913. El 31 de julio, después de tomar varias plazas del estado, Gertrudis Sánchez entró en la capital del estado y asumió el cargo de gobernador interino, que desempeñó hasta agosto de 1915.

En Yurécuaro, la vida apacible del municipio se vio alterada por los primeros golpes de la Revolución, a la estación del ferrocarril llegaron las noticias y ésta llamó la atención de las autoridades por su valor estratégico. Los hacendados, los funcionarios del gobierno y las fuerzas que habían sostenido el régimen anterior huyeron del pueblo y del municipio. El 8 de mayo de 1911, Jesús Delgado, de la vecina población de El Hacha, se levantó en armas al frente de algunos paisanos.

En mayo de 1914, Agustín de Alcalá se alzó contra la dictadura de Huerta; al frente de 25 hombres, tomó prisionero al presidente municipal Trinidad Murguía para exigir el pago de 100 pesos de rescate; confiscaron armas, caballos y dinero, hubo escenas de violencia cuando algunos se resistieron. Aislaron el pueblo cortando la comunicación telefónica y telegráfica de la estación de ferrocarril, saquearon su caja fuerte, y se llevaron los fondos del panteón y del ayuntamiento. Salieron del pueblo y anduvieron merodeando la zona. Al finalizar el mes ya con 200 hombres al mando de Alcalá y José Villanueva, regresaron y tuvieron diversos enfrentamientos con los federales, alternándose la plaza, hasta que Francisco Villa la ganó para los carrancistas a finales del año en su marcha sobre Guadalajara.

A partir de entonces los pobladores del municipio y el pueblo de Yurécuaro padecieron la guerra, en mayor o menor intensidad y de diversas

maneras. Entre muchos otros acontecimientos, desde los primeros años de la Revolución, la región fue asolada por los Colorados de Velásquez, un grupo particularmente violento, partidario de Huerta, que se distinguió por el sadismo con que asesinaban a cualquier persona sospechosa de no apoyar suficientemente a Huerta.

Al mismo tiempo, apareció el bandolerismo originado por las malas condiciones de vida, la injusticia social y el desorden que la Revolución provocaba en todos los ámbitos de la vida de la región. En 1915 surgió Inés Chávez, comandando un ejército de bandidos que asolaron la región con sus múltiples actos de violencia indiscriminada, violencia que contrastaba con la tradición pacífica del municipio y del pueblo, y que provocó que los campos se despoblaran y la sobrevivencia se hiciera en extremo difícil; se sucedían robos, asaltos a trenes, incendios, saqueos, secuestros, intimidación, toma de edificios para convertirlos en cuarteles o cuadras, incluyendo las iglesias, todo ello generó un alto riesgo para la población y una inquietud generalizada.

Con esta situación imperando en el municipio, una parte significativa de la población recurrió a la migración a lugares más protegidos, como las zonas urbanas, principalmente Yurécuaro, pero también a ciudades de la región como La Piedad, Morelia, Guadalajara y en muchos casos Estados Unidos, como fue el caso del abuelo Andrés, quien a principios de 1914 decidió emigrar a ese país. La invitación le llegó por un cuñado. El asunto era trascendente, muchos de los que se iban no regresaban, los padres de Guadalupe temían que esto sucediera y se opusieron tenazmente al proyecto migratorio, por lo que la joven familia tuvo que salir a hurtadillas del rancho.

En Yurécuaro tomaron el tren hasta Ciudad Juárez, cruzaron la frontera y tomaron otro tren para internarse en territorio norteamericano. La migración de mexicanos al país del norte no era algo nuevo, se dio a mediados del siglo XIX, desde el empobrecido campo de nuestro país y por el desarrollo económico de Estados Unidos, que requería de la mano de obra barata para las actividades mineras, la industria, la construcción de ferrocarriles y el notable crecimiento de su agricultura en sus estados sureños. Durante los años de la Revolución Mexicana se incrementó mucho el número de trabajadores mexicanos migrantes, tanto por las consecuencias de la guerra interna de nuestro país, como porque en el vecino país, con el siglo XX había empezado "la era progresista". La inicial neutralidad de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial le proporcionó a los monopolios enormes ganancias y el

fortalecimiento de su influencia en el mundo, se perfilaba el período 1919-1929 en la que se produjo el apogeo del capitalismo norteamericano que alcanzaría una balanza favorable respecto de Europa por vez primera en la historia.

Éste fue el país que atrajo a Andrés Cuevas. Llegada la familia a Santa Rita en Nuevo México, Andrés se contrató en una mina y vivieron en una casa más confortable y con más comodidades de las que habían tenido en El Refugio. No hablaban inglés, pero los mexicanos allá reunidos les permitieron conformar relaciones sociales que los cobijaron y acompañaron en su exilio. Al inicio de 1917 nació el tío Javier, justo cuando la familia se ve precisada a regresar a México debido a que el abuelo sufre un accidente: le caen unas piedras en una rodilla y lo imposibilitan para el trabajo en la mina. Dejan allá una hija muerta a un año de vida por una epidemia de viruela que asoló la región; para entonces, tampoco en Estados Unidos se había erradicado esta enfermedad.

Mientras los abuelos estuvieron ausentes, en México, en 1914 el ejército constitucionalista triunfante inició una lucha interna en la que Venustiano Carranza venció a Villa y a Zapata después de varios enfrentamientos. En octubre de 1915 Estados Unidos y varios países latinoamericanos reconocieron a los carrancistas como gobierno *de facto*. Carranza convocó a una elección de diputados para redactar una nueva Constitución que se promulgó el 5 de febrero de 1917, al amparo de la cual logró legitimar su gobierno y se convirtió en Presidente de la República; en su mandato logró concentrar un gran poder político y militar e instaurar un régimen de carácter democrático-burgués. Pero su gobierno se vio en medio de una aguda crisis económica y una acusada inestabilidad social.

En Michoacán, Francisco Mújica, como diputado constituyente, apoyó la tendencia social plasmada en los artículos referentes al trabajo, la educación y la reforma agraria. En 1915, el gobernador carrancista Gertrudis Sánchez, ante el avance de los villistas, trasladó su capital a Tacámbaro, pero en un enfrentamiento cayó prisionero y fue fusilado. En abril de ese año, Morelia fue recuperado por carrancistas y Obregón nombró entonces a Alfredo Elizondo gobernador del estado; Joaquín Amaro, jefe militar de la zona, venció a los reductos villistas. Con ello, se consolidó el constitucionalismo en Michoacán.

La administración pública estatal y la gubernatura provisional quedaron comandadas por los jefes norteños, apoyados por las capas medias de la población; es 1917, año en el que regresaron los abuelos a México. Carranza

entonces reemplazó a Elizondo por el general José Rentería Luviano, quien gobernó hasta agosto de ese año. En el breve periodo de su administración, no se presentaron mayores cambios en lo social y económico. El problema de la tierra persistió al limitarse el reparto agrario y fue claro el apoyo a la producción agropecuaria de los hacendados, quienes continuaron en posesión de sus grandes propiedades. Aun así, la crisis de rendimiento productivo continuó agravada por una sequía. El hambre y las enfermedades endémicas hicieron mella principalmente en la población más desprotegida.

Estas condiciones hicieron renunciar a Elizondo. Se convocó a elecciones en las que contendieron Francisco Mújica, del Partido Socialista, representante del radicalismo constitucionalista, apoyado por estudiantes, maestros, intelectuales y algunos líderes agrarios y obreros; y el triunfador Pascual Ortiz Rubio, del Partido Liberal, apoyado por la burguesía estatal. Su gobierno transcurrió a partir de agosto de 1917 y hasta 1920, con grandes problemas en la pacificación del estado, la hacienda pública, la productividad de las actividades económicas y sorteando continuas demandas de los diferentes sectores de la población.

A su regreso, la familia Cuevas Castillo se instaló en Yurécuaro, ya no en El Refugio, dejaron atrás el rancho, que en ese momento ya no cubría las expectativas que su estancia en Estados Unidos abrió. El abuelo traía dólares y los pensó invertir en el comercio, actividad sólo posible en la cabecera municipal. Además, para la abuela el regreso al rancho significaba la vuelta a las limitaciones con las cuales ella había lidiado, así como su madre y la madre de su madre, y hasta donde el recuerdo se pierde, porque en esos ranchos el tiempo se detiene para entonces e incluso para ahora. La tía Amalia cuenta que la abuela sufrió el regreso desde que se anunció.

En Estados Unidos se había dado cuenta de que en el rancho las actividades propias de su condición femenina dentro de la vida familiar tenían un alto grado de dificultad, las tareas domésticas eran extenuantes, ocupaban todo su tiempo y energía. Los beneficios del progreso norteamericano abarcaban además todos los ámbitos de la vida tanto personal como doméstica, social, recreativa y cultural. Regresar a El Refugio acentuaba el contraste, Yurécuaro lo amortizaba en parte. Contaba, además, que los padres de la abuela radicaban ya en la cabecera municipal, pero sobre todo que las rancherías estaban más expuestas y desprotegidas para las bandas de bandidos como para las levas y requisas de los diferentes ejércitos que asolaron el país cuando se hizo "la bola".

Los abuelos se incorporaron al pueblo, dejaron de ser rancheros para convertirse en pueblerinos, grupos bien diferenciados entre los habitantes del municipio; les fue posible hacerlo porque no llegaron directamente del rancho, antes vieron mundo, pero también porque traían dinero y pudieron acceder a una vida "decente" y porque el padre de la abuela había hecho arraigo como comerciante, ocupación que marcaba la diferencia con la de los campesinos de las rancherías, al igual que la de los artesanos y los pequeños propietarios de terrenos semiurbanos, libres del control de los hacendados; aunque, habrá que mencionar, los pueblerinos añejos nunca dejaron de sentirse invadidos y degradados con la confluencia de los rancheros de la región y de otras más alejadas, sobre todo en los periodos de intensa migración que se presentaron en algunos momentos de la Revolución.

En la escala social había un grupo de residentes del pueblo con mayor instrucción, que conformaban la clase política; entre ellos se iban sucediendo en los cargos del ayuntamiento y manejaban la política según intereses particulares, como antes lo hacían los hacendados residentes del pueblo. Este sector de la población fue el que vivió con mayor temor la Revolución, por el riesgo a su seguridad burguesa y a los fueros obtenidos. Sin embargo, la fuerza de la contienda golpeó a todos los habitantes del municipios, rancheros y pueblerinos, comerciantes-artesanos y campesinos; la situación geográfica de Yurécuaro lo puso en el centro del conflicto por ser cruce de caminos y de vías ferroviarias; por ello mismo, hizo que los diferentes actores de la lucha política y armada estuvieran al pendiente de la estación y vivieran sus habitantes con mayor o menor zozobra esos años de Revolución.

Gracias a los avecindados, Yurécuaro fue creciendo paulatinamente y al mismo tiempo fue adquiriendo un carácter campesino que había perdido en la época de don Porfirio y fue transformando el aspecto residencial de su inicial núcleo urbano compacto y unido, por uno comercial ampliado, disperso y amorfo. La familia Cuevas Castillo se integró a la vida de Yurécuaro, más abierta, concurrida y beneficiada con su urbanización, sus servicios, su relativa protección, su comercio, sus fiestas, su movimiento y sus comunicaciones. Cuando vivían en el rancho habían visitado el pueblo y habían disfrutado todas sus posibilidades, pero es hasta entonces cuando se incorporaron a su dinámica, propia de una población cercana a los tres mil habitantes, con una actividad económica sostenida, a pesar de los avatares revolucionarios, en la que el comercio, la pesca, la agro-ganadería, las manufacturas y los servicios daban sustento a sus pobladores.

La luz eléctrica se había introducido en Yurécuaro el primer decenio del siglo; en 1912 se habían iluminado las primeras casas, en 1917 su uso estaba extendido y se contaba con alumbrado público, pero la casa de los abuelos tuvo que esperar unos años más; las instalaciones no eran del todo seguras entonces y los tendidos de cableado eran restringidos. Seguía funcionando el tranvía de mulitas inaugurado en 1914, que corría dos kilómetros por la calle de la Libertad, hoy Independencia, hasta la estación de ferrocarril, que mantenía su protagonismo en la vida del pueblo, con su casa redonda, oficinas administrativas, sala de espera, almacenes, depósitos de carbón y agua, y talleres de mantenimiento; era el centro de reunión de aquéllos que esperaban el tren para recibir a sus pasajeros, mercancías o noticias, embarcarse o simplemente para verlo llegar y partir.

El tren tenía el mismo atractivo, a pesar de sus 32 años de antigüedad; si bien es cierto que en la Revolución el ferrocarril tuvo una importancia clave para el traslado de tropas, remontas, armamento y abastos, y su control era estratégico para las actividades militares, sobre todo en periodos especialmente activos de la lucha armada, siempre retomaba su función original de traslado de pasajeros, mercancías y correo. Yurécuaro estaba en la ruta Ciudad de México-Ciudad Juárez, en su ramal Irapuato-Manzanillo, pero cuando en 1899 fue inaugurado el tramo de Yurécuaro a Zamora, se acrecentó la importancia de la estación.

En esos años el río Lerma, antigua frontera del reino purépecha y las tribus bárbaras del norte, daba a Yurécuaro identidad, sustento y recreación; ahora el río tiene un caudal escaso, sucio y sin vida alguna, pero en aquel entonces le hacía honor a su nombre "Lugar de crecientes", que aludía a esa avenida que causa el excesivo llover. Llamado Tololotlán por los aztecas, pero también llamado "río Mictlan"… el inframundo en su mitología, el lugar de la muerte, asignado quizá como certera premonición de su futura degradación y muerte. El puente que lo cruza sirve de límite entre Jalisco y Michoacán, entre Yurécuaro y la Ribera, poblado fundado como fraccionamiento en 1923, en terrenos pertenecientes a la hacienda de San José del Refugio. El puente que une ahora ambas poblaciones es nuevo; los restos del antiguo se levantan a escasos metros río abajo, hace unos años; sus sólidos sostenes dejaron de aguantar el peso creciente del deterioro del caudal y cedieron a un camión de enorme carga.

Los abuelos, recién llegados de Estados Unidos, se instalaron en casa de Teófilo y Antonia, padres de Guadalupe, donde estuvieron solamente

una corta temporada, después ocuparon la casa contigua hasta 1923. La calle entonces no estaba adoquinada y corría una zanja por detrás de la casa, la gente ponía tablones para cruzarla porque era honda y traía agua, pero no limpia, porque servía de drenaje. Se le llamaba entonces "la calle de la tabla" como se le llamaba a la contigua "la calle de los hoyos" pues en ella había, justamente, muchos hoyos. Frente de ella "había puros llanos", recuerda la gente.

Andrés Cuevas abrió una tienda muy cerca de la plaza central. Era un estanquillo, en donde se vendían principalmente abarrotes y productos lácteos procesados por su suegro, pero también un poco de mercería, algo de papelería, jarcería, ferretería y buena plática porque, recuerdan los tíos, su padre era buen conversador y con un acusado sentido del humor, cualidades que lo van a hacer atractivo toda su vida. Además el ambiente político en el pueblo y en el resto de México involucraba a todos sus habitantes; incorporados al movimiento armado o no, todos se vieron jalonados por las fuerzas encontradas que zangoloteaban el país. Los que no se fueron a "la bola" batallaban conformando los conglomerados que sufrieron, resistieron, apoyaron o rechazaron las corrientes que se confrontaban y se alternaban en el poder.

Andrés Cuevas al regresar de Estados Unidos tenía 31 años y sus horizontes en apertura le gestaron una progresiva filiación a los ideales sociales reivindicados por ciertas tendencias revolucionarias. El abuelo simpatizó con las corrientes radicales del constitucionalismo, presentes en ese momento con Francisco Mújica, sobre todo en lo referente a la reforma agraria, pero también por la democracia y justicia social que se pregonaban bajo la sombra de la Revolución. Existía entonces una nueva Constitución y Carranza había accedido al poder mediante elecciones libres… La realidad era otra a la que él había dejado cuando se fue; su comercio le permitió conocer gente del pueblo y saber sus inquietudes y opiniones, y surgió en él, y quizás en muchos otros, una conciencia política que lo hizo estar al pendiente de los acontecimientos del país, y lo impulsó a filiaciones y activismo social y político a lo largo de su vida.

Pero además la Revolución no había terminado, el gobierno de Carranza no transcurría en paz, y a su término en 1920, el general Álvaro Obregón se levantó en armas, desconociendo el gobierno con el apoyo de una buena parte del ejército. Carranza intentó trasladarse a Veracruz pero fue asesinado en el camino. Adolfo de la Huerta asumió la presidencia de manera interina, se convocó a elecciones en las que triunfó Obregón para el periodo de 1920

a 1924. Al tomar el cargo redujo la disidencia con la muerte de Villa, Lucio Blanco y Francisco Murguía.

En 1920 en Michoacán, el general Francisco Mújica ganó la gubernatura, pero la tendencia socialista de su gobierno le generó hostilidad del gobierno federal, del clero y de los terratenientes del estado, por lo que se vio obligado a retirarse del cargo en 1922. Durante su gestión promovió reformas agrarias, laborales y educativas, y se dieron violentos disturbios anticlericales. Sin tiempo para lograr su programa de trabajo, de cualquier forma, su paso por la gubernatura sembró el germen del movimiento agrario en el estado. Lo sustituyó Sidronio Sánchez Pineda hasta enero de 1924, obregonista que se apoyó en los hacendados y combatió a los agraristas.

En ese tiempo, las autoridades otorgaron al abuelo Andrés la concesión de una tienda de abasto para los trabajadores del ferrocarril que reparaban las líneas ferroviarias, constantemente saboteadas en las operaciones de guerra. Habilitaron un vagón de carga como taller, otro como dormitorio para los trabajadores y el del abuelo. El recorrido era por el rumbo de Ocoltán, La Barca y Atequisa. En 1923 nació mi madre Angelina, quinta hija viva de la familia, dos años antes lo había hecho Roberto, ambos en Yurécuaro.

En 1923 el candidato independiente a la presidencia, Adolfo de la Huerta, se alzó en armas, por el abierto apoyo que Obregón y su gobierno dieron a la candidatura de Plutarco Elías Calles, resultando éste vencedor para el periodo de 1924 a 1928. En Michoacán, el ejército delahuertista ocupó Morelia y el gobernador Sánchez Pineda tuvo que abandonar el poder; dos gobernadores rebeldes lo sustituyeron sucesivamente hasta febrero de 1924, cuando la victoria obregonista en Ocotlán. Enrique Ramírez asumió entonces el gobierno estatal y lo ejerció hasta marzo de 1928, sin mayores cambios en la política de su predecesor, de apoyo a los terratenientes y combate al agrarismo.

El abuelo Andrés estuvo presente en la batalla de Ocotlán no como combatiente, sino abasteciendo víveres a las tropas rebeldes, más afines a él; en tanto, los delahuertistas habían quitado del poder a los gobiernos interinos impuestos por Obregón sustituyendo a Mújica cuando éste fue desaforado. En 1924 y hasta diciembre de 1926 la familia vivió en Monteleón, situado a 8 kilómetros de Yurécuaro; el abuelo abrió otra tienda que le redituó buenas ganancias. Ahí nació Esperanza en mayo de 1926.

En ese tiempo la hacienda ya no funcionaba como tal. Se había fundado en 1897 por la familia Fernández del Valle, de Guadalajara, y se convirtió en

la más próspera de la zona, favorecida por el entronque de ferrocarril en su ramal Los Reyes abierto en 1899, que le permitió el embarque de su importante producción agropecuaria. Con la Revolución, los dueños y administradores la abandonaron, y los peones y sus familias desmantelaron su casco, ladrillo tras ladrillo, en una sola jornada. En 1926, Monteleón era un poblado de regular dimensión, que por su día de mercado dominical, atraía a los vecinos de los ranchos circundantes favoreciendo el comercio, incluyendo al del abuelo; aun así, el resurgimiento del estado de guerra, ahora encabezado por los cristeros, lo obligó a trasladarlo nuevamente a Yurécuaro.

La guerra cristera tiene sus raíces en las Leyes y Guerra de Reforma del siglo XIX y cobra vigencia en 1926, cuando Calles reglamentó las normas constitucionales en materia de cultos. La lucha se extendió desde Guanajuato a varios estados, movilizó a grandes masas de católicos y terminó en junio de 1929 después de matanzas, pillaje y toda clase de crueldades por ambos bandos. En Michoacán, el conflicto religioso había empezado desde el gobierno de Mújica, de marcada tendencia anticlerical, y tuvo una fuerte presencia en el estado, consolidándose el laicismo gubernamental en los gobiernos estatal y nacional de Lázaro Cárdenas en años posteriores.

En Yurécuaro, la familia Cuevas abrió otra tienda de abarrotes. La guerra dejó sentir su presencia en el pueblo; de Los Altos bajaban a refugiarse los cristeros y generaban tensiones. Las autoridades cerraron la Purísima, única iglesia entonces, convirtiéndola en caballeriza. Margarita nació en 1927 y la tienen que bautizar a escondidas en una casa en donde los sacerdotes clandestinamente mantenían el culto, decían misa y otorgaban los sacramentos. En el pueblo las fuerzas cristeras de la región, al mando de Lauro Rocha, se rinden finalmente en el atrio de la iglesia.

En 1928 Obregón murió asesinado como presidente electo tras transgredir el principio de no reelección. Asumió interinamente la presidencia Emilio Portes Gil bajo la tutoría de Plutarco Elías Calles hasta febrero de 1930, cuando fue elegido Pascual Ortiz Rubio, el otrora gobernador de Michoacán, quien renunció a su cargo en 1932, cansado de las intromisiones de Calles en su gobierno. La presidencia quedó provisionalmente a cargo de Abelardo Rodríguez de 1932 a 1934.

En Michoacán en septiembre de 1928 asumió la gubernatura el general Lázaro Cárdenas y logra permanecer en ella hasta el término de su periodo en 1934, en parte gracias al equilibrio que logra mantener con el gobierno

del centro, controlado por Calles. En su gobierno Cárdenas promovió un programa reformista, sobre todo en materia agraria a través de Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT), organización que utilizó para ampliar las bases de apoyo a su régimen y para aplica¡ar sus reformas sociales en materia agraria, laboral y educativa.

La guerra cristera afectó la economía de la región y la de la familia Cuevas, por lo que el abuelo Andrés aceptó la invitación de la administración de los ferrocarriles para montar nuevamente una tienda rodante; se necesitaba gente para reinstalar las vías que rebeldes cristeros levantaban sistemáticamente como parte de su acción de guerra contra el gobierno. Se formaron cuadrillas que trabajaban justo ahí donde la vía había sido saboteada, la vida se organizaba en torno de estas jornadas de trabajo trashumante; la familia Cuevas fue siguiendo el juego interminable de los caminos de hierro que obstinadamente salían y regresaban de sus cauces. La abuela Lupita se instaló en un vagón, nada extraño en los 17 años de vida trashumante al lado del abuelo Andrés, pero sí muy incómodo para atender a toda la familia; la tía Amalia recuerda las muchas dificultades que ella y su madre tuvieron para llevar a cabo las actividades domésticas en su casa rodante, malestar no compartido por los pequeños Cuevas, que hasta la fecha recuerdan con alegría esa temporada.

De ese tiempo y en esas correrías nació Rogelio en 1929, en el pueblo de Ceballos de Torres en Durango. En 1930, la andanza terminó, los ya numerosos Cuevas Castillo regresaron a Michoacán, los cristeros se habían rendido y el trabajo se había terminado. Andrés Cuevas es invitado por un amigo a instalarse en el Camiche, poblado situado a 14 kilómetros de Yurécuaro, para incorporarse a la administración de la hacienda de Mirandilla, vecina del Camiche. La casa de la familia estaba situada junto a un ojo de agua, del cual se abastecía la gente del lugar. Andrea nació en 1931: con ella la familia ya cuenta con ocho hijos.

En el estado, durante el gobierno de Cárdenas la reforma agraria repartió tierras con el beneplácito de campesinos y el malestar de terratenientes; las tensiones se dieron al interior de las comunidades rurales, definiendo bandos; el abuelo Andrés simpatizaba con "los agraristas", por lo que se vio forzado a dejar su trabajo en la hacienda para unirse al programa del gobierno del estado, pero no por mucho tiempo; a las tensiones siguieron las amenazas, los enfrentamientos y, cuando intentaron quemar la casa de la familia, se vieron obligados a salir del pueblo.

Regresaron a Yurécuaro y el abuelo Andrés fue invitado a trabajar en el ayuntamiento. La política le interesaba y aceptó a postularse a un cargo público, pero se vio involucrado en una balacera en la que hubo varios muertos y heridos; el asunto no fue claro, pero la tía Amalia dice que fue por motivos políticos. Era 1933, Cárdenas había terminado su periodo un año antes y había quedado en la gubernatura Benigno Serrato que con una decidida política anticardenista, frenó la reforma agraria con la anuencia de Abelardo Rodríguez y de los terratenientes del estado, ocasionando graves incidentes armados en los que se asesinaron a más de un centenar de agraristas.

Al abuelo Andrés le dieron un balazo en la espalda, nada grave, pero sí preocupante la amenaza que le hacen. Tuvo que salir del pueblo para instalarse en Guadalajara y, dos meses después, hacerlo el resto de la familia. Corría el año de 1933, Cárdenas fue elegido candidato a la Presidencia de la República; en Michoacán Serrato murió en un accidente aéreo en 1934 y fue sucedido por Rafael Sánchez, de abierta tendencia antiagrarista, moderada paulatinamente ante el ascenso de Cárdenas a la presidencia. En ese año, Guadalajara era la segunda ciudad en importancia de México; la familia Cuevas Castillo iniciaba una nueva vida, dejaban atrás la provincia para engrosar las filas de la población urbana que cambiaría la fisonomía del país y su historia. Todavía les faltaba un tramo del camino: la Ciudad de México y más hijos hasta llegar a once.

México también entonces iniciaba una nueva etapa, con Cárdenas en la presidencia, la Revolución parecía terminar su fase armada para consolidarse en la institucional a través del Partido de la Revolución Mexicana que estaría en el poder hasta el año 2000. La Revolución cambió la vida de la nación y de su gente, aunque las estructuras de poder siguieron siendo las mismas. En Yurécuaro la guerra cristera llevó al pueblo a miles de refugiados que hicieron crecer la población de siete mil a diez mil habitantes, venidos principalmente de Jalisco.

El actual cronista de la ciudad afirma: "El primero de enero de 1936 Yurécuaro entra a la modernidad al poner en servicio la empresa de teléfonos Ericson S. A., colocando inicialmente con apuros, apenas cincuenta aparatos"; anota también la celebración de una feria y exposición agrícola en 1938 y la construcción del hospital de la Caridad. Ya en 1935 se había instalado un molino eléctrico de trigo; en 1937 la Cámara de Comercio y un año después, un laboratorio farmacéutico y el parque Felipe Pescador… En fin, dicho por la

gente del pueblo, Yurécuaro, resarcido de las heridas revolucionarias, estaba en la ruta de la pacificación, del crecimiento y modernización.

Los abuelos ya no lo vivieron, solamente fueron testigos esporádicos cuando visitaban a la familia, que nunca dejó la tierra de sus ancestros. Andrés murió en 1970 y Guadalupe tres años después, ambos en la Ciudad de México. De sus once hijos, actualmente habemos cerca de 300 descendientes directos repartidos en varios estados de la República Mexicana y el sur de Estados Unidos.

En Agua Prieta los mancos aplaudieron

Juan Francisco Calderón

En vísperas del centenario de la Revolución Mexicana se hace necesaria una reconsideración de los sucesos que marcaron el desarrollo político del país; en unos momentos como los actuales es importante una revalorización de los alcances que ésta tuvo para la sociedad mexicana. En este sentido, particular relevancia tiene la rebelión de Agua Prieta, pues fue el movimiento por el que un nuevo orden político llegó al poder del país, a través del elemento que representaba el poder más importante: el ejército. Pero para poder entenderlo es necesario conocer los antecedentes: la pretensión carrancista por mantener el poder y eliminar políticamente a los personajes que constituían un riesgo a su hegemonía; la presión político-militar contra el estado de Sonora; y el intento de imposición en la presidencia del candidato oficial, Ignacio Bonillas, que fueron las condiciones que provocaron dicha rebelión frente al propósito por alcanzar el poder del grupo Sonora.

Su significación

En el proceso por la integración de un Estado emanado de la Revolución, la rebelión de Agua Prieta tiene una singularidad: la de ser el último gran levantamiento armado triunfante, pues a partir de ella es que se sientan las bases de un sistema producto del clan más importante del momento: el sonorense.

Durante este periodo, el de hacer de la Revolución un gobierno, la asonada se caracterizó como el principal medio para llegar al poder, ya sea en contra de aquél legítimamente constituido, o en contra del que con las armas

se había hecho de él. Así fueron las tomas del poder de Victoriano Huerta contra el gobierno de Francisco I. Madero; la de Venustiano Carranza contra Huerta; la rebelión de Agua Prieta; la de Adolfo de la Huerta contra Carranza, a la que seguiría la llegada de Álvaro Obregón a la Presidencia de la República. A partir de la instauración en el poder del Grupo Sonora —conformado por Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón— se darían los primeros pasos de una nueva organización política que perduraría por el resto del siglo.

Su importancia radica en lo que representó como punto de partida. Fue el último levantamiento triunfante, pero esto no quiere decir que después de ella no las haya habido más, como en efecto las hubo en 1924 y 1929; pero éstas, como las que seguirían, serían sometidas precisamente por esa nueva organización que los sonorenses lograron y cuyas relaciones prevalecieron en el país en las décadas posteriores. Es en estos momentos donde se encuentran las raíces de la estructura política que llegó a conformarse en México, y su conocimiento como su análisis también nos llevarán a comprender que fue un paso necesario para la pacificación, en medio de la agitadísima época por la que pasaba México después de su Revolución.

Antecedentes

Tras el triunfo de la Revolución Constitucionalista, Venustiano Carranza, como Primer Jefe del Ejército, de acuerdo con el Plan de Guadalupe, asumió interinamente la Presidencia de la República para, en mayo de 1917, ocuparla constitucionalmente. Conforme a dicho plan, como presidente interino debía convocar a elecciones con objeto de entregar el poder al ciudadano que fuere electo. En consonancia con esto, a fines de 1916 e inicios de 1917, en Querétaro se trabajaba en una nueva Carta Magna que tomaría el principio de la Revolución Maderista: el *Sufragio efectivo. No reelección*, estipulando que el presidente nunca podría ser reelecto; a pesar de esto, al efectuarse elecciones en 1917, se impuso una nueva reelección, la primera del periodo post-revolucionario: la de Carranza; el argumento fue que, al momento de la elección, no era presidente, sino Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del poder ejecutivo, para el que no había sido electo, sino *nombrado*.

Con ello, en el horizonte político de México y en una nueva sucesión presidencial, aparecía el fantasma de la reelección, pues de acuerdo con el Plan de Guadalupe Carranza era presidente interino de la República. Pero ¿cómo se llegaba a una situación que repetía la causa de la Revolución de 1910? Hacia 1917 Carranza era el caudillo más importante frente a otros que no lo eran menos, como el mismo Álvaro Obregón, a quien sobraban elementos y deseos para acceder a la presidencia. Pero en ese año parecía estar más en disputa la sucesión de Carranza en 1920 que la de la elección de 1917. Su llegada al poder había sido casi unánime, para lo cual no hubo ninguna lucha, pero en la que tampoco dejó de haber una negociación, una especie de *acuerdo sucesional*.

Tales tratos, que se dieron durante la Convención de Querétaro en 1916-1917, en las que Carranza por medio de De la Huerta propuso un arreglo a Obregón para ocupar la presidencia, consistían en que éste reconociera sus derechos sobre la silla. De la Huerta tuvo éxito al lograr que Obregón aceptara, siempre que Carranza prometiera a su vez que no se opondría a sus aspiraciones presidenciales en 1920.

Con este acuerdo Obregón creía ser el favorecido por Carranza para sucederlo, pero al pasar del tiempo fue dándose cuenta de que no sería el elegido, pues no recibía signos que lo llevaran a entender que el Presidente cumpliría lo pactado. Sin embargo, debido a su arraigo popular, conservó la *esperanza* de que el Primer Jefe lo aceptaría, por lo que *nunca* consideró el uso de la fuerza para alcanzar su meta: negaba que tuviera la intención de encabezar una oposición armada contra Carranza, pues tenía la seguridad de que en unas elecciones legales su victoria sería indiscutible

Obregón había sido secretario de Guerra y Marina de Carranza durante el periodo preconstitucional, pero sus relaciones no eran las mejores, pues las caracterizaban sus diferencias tanto políticas como personales. ¿La razón? No se le daba —al parecer del caudillo— la debida importancia que merecía por ser el vencedor de Villa y de las demás campañas constitucionalistas que habían llevado a Carranza a la presidencia y, más aún, se le subordinaba al jefe del Estado Mayor de la presidencia, Juan Barragán, un joven de veintisiete años, favorito de Carranza.

Ante esto se imponía la renuncia, que se daba justamente el mismo día, 1 de mayo de 1917, en que Carranza asumía la presidencia constitucional. Obregón pretendía renunciar también a su grado militar, a lo que se opuso

Carranza en previsión de una rebelión que tendría un carácter de civil. En este punto se dio toda una controversia, pues Obregón quería dimitir; políticamente no le interesaba conservar su investidura militar dadas sus aspiraciones presidenciales, a las que pretendía identificar con un civilismo, por lo cual insistía se le diera su retiro definitivo. La cuestión fue sometida al Congreso que dictaminó en su favor; el Senado le informó su nueva condición ciudadana: la de civil. Ésta era sin duda una victoria política sobre Carranza, quien con esto dejaría de ser el único que esgrimiera la bandera del civilismo, como se observaría más tarde con la candidatura del ingeniero Bonillas. Pero era sobre todo un triunfo debido a que, a pesar de que se le declarara como civil, sus victorias que como revolucionario había conquistado quedaban a la vista de todos sin que nadie pudiera cuestionarlas.

La campaña electoral

Cuando Obregón renunció a la Secretaría de Guerra, regresó a Sonora donde se dedicó a fortalecer su plataforma política. Bien puede decirse que en ese momento, de manera independiente, inició su campaña electoral por la sucesión presidencial de 1920, pues sostuvo una serie de relaciones de carácter político y económico, a la vez que internacional, para ganarse el apoyo para ser el siguiente presidente de México. Aunque según él se había abstenido de participar en política, fue conformando una importante base. Contaba, a través de sus colaboradores, con el respaldo de los movimientos laborista y agrario: con el Partido Liberal Constitucionalista y con la mayoría de los dirigentes regionales del noroeste, pero sobre todo con el de simpatizantes de dentro del ejército, que era el elemento que definía las cuestiones políticas del país por la relevancia de su papel en la Revolución. De ahí que se entienda que su renuncia al ejército no fue sino ficticia por la latente posibilidad que tenía de hacer uso de ella si los acontecimientos le fueran adversos; pero en esos momentos pensaba no utilizaría debido a su gran popularidad, la que lo hacía creer que Carranza finalmente se inclinaría por él para la sucesión. Y es que es difícil creer que, sabiendo del arraigo que en el ejército tenía, no hiciera uso de tal fuerza si las condiciones así lo requirieran.

Al *retirarse* de la política, Obregón dedicó su atención a actividades personales que lo llevaron a hacerse de una plataforma electoral. Por medio

de la Asociación de Productores de Garbanzo y de la Sociedad Agrícola Cooperativa de Sonora y Sinaloa, que surgió como respuesta a las desventajas con las que se enfrentaban los agricultores a causa de las faltas de crédito, realizó negocios que le permitieron estrechar sus relaciones políticas en el noroeste del país. Con tales organizaciones pretendía obtener un beneficio para sus asociados, que a él le granjearía una popularidad. También logró el reconocimiento del gobierno de Estados Unidos, con el fin de lograr una inversión de capitales, para lo cual, a fines de 1917, hizo un viaje por ese país recorriendo ciudades como Chicago, St. Louis y Nueva York, entrevistándose con hombres de negocios, y en Washington, donde incluso fue recibido por el presidente Woodrow Wilson.

Aunque Obregón afirmara oficialmente estar fuera de la política, todo esto era para su campaña; fue creándose una base de poder en todo el país que habría de sostenerlo frente a las pretensiones de Carranza, del que todavía esperaba apoyo, pero que se oponía cada vez más a que llegara a la presidencia, pues juzgaba que no tenía las aptitudes necesarias para gobernar al país.

A fines de 1918 comenzaba ya a sentirse la presión sobre la sucesión presidencial. De hecho, desde abril de ese año *Excélsior* planteaba la disyuntiva entre militarismo o civilismo; y *El Universal*, en un editorial, trataba el mismo asunto relacionándolo respecto de los civiles. El civilismo era algo que flotaba en el ambiente, al que se veía como un recurso para llegar a la pacificación que, por otra parte, no era sólo aspiración de los civiles, sino también de los militares. Pero que un civil llegara a la presidencia era difícil dada la situación en que se encontraba el país: un periodo de fuerza, una etapa de efervescencia, en la que el principal protagonista político era el ejército. La pacificación, que si bien debía darse, sólo podía ser efecto de los mismos militares, pero faltaba aún mucho para que en México pudiera darse un gobierno con estas características. Para un momento de inestabilidad política provocada por los existentes grupos armados, poco ayudaba el que se sumara una nueva inquietud como una anticipada campaña por la presidencia, que había sido motivo de las frecuentes agitaciones políticas que el país había vivido.

A fin de calmar esta propaganda, el 15 de enero de 1919 Carranza publicó un manifiesto en el que criticaba esta situación que a su parecer traería una serie de peligros para la Revolución, por lo cual instaba, tanto al pueblo como a sus gobernantes, a reducir al mínimo estos trabajos, pues argumentaba que

demasiado adelanto produciría un relajamiento de los lazos que unían a los miembros del Partido Constitucionalista, lo que afectaría a la administración pública, ya que el gobierno se vería privado de algunos de sus más valiosos colaboradores, que tendrían que ocuparse de sus campañas electorales.

El manifiesto era un ataque a Obregón, pues para él eran alusiones a la anticipada lucha electoral —como la que él llevaba—, como a que los ciudadanos y especialmente los hombres de un cierto prestigio político en sus regiones —como los que lo apoyaban— contrajeran compromisos sin haber tenido antes tiempo de reflexionar sobre las posibilidades políticas, viéndose en la imposibilidad de rectificar su opinión una vez que se conocieran los programas de los demás partidos contendientes.

Proponía que la elección no se hiciera a partir de simpatías o prestigios personales —como las que Obregón tenía—, sino de los programas que cada candidato presentara. Finalmente instaba en aplazar las campañas electorales por lo menos hasta fines de año, al tiempo que hacía un llamado a los candidatos para que pospusieran su aceptación y el principio de sus trabajos electorales hasta estar seguros de que su nominación representara realmente a la voluntad popular y no a meras amistades. Por estas declaraciones el manifiesto no podía ser más que considerado por los obregonistas como una censura a sus pretensiones.

Obregón, que contaba con un amplio apoyo popular, consideraba tener las condiciones necesarias para aspirar a la presidencia y, por ello, esperó de Carranza un respaldo a su candidatura que no llegó. Así, contrariando el llamado del Presidente de aplazar las candidaturas para fin de año, dio a conocer al país, el 1 de junio de 1919, un manifiesto en el que anunciaba aspirar a la Presidencia de la República y declaraba, contrariamente a las actividades que desde su renuncia había realizado, no tener compromisos de ninguna especie con nadie de dentro ni fuera del país.

El manifiesto era una respuesta a los ataques que Carranza le había dirigido a principios de año, pues en él le criticaba haber postergado los actos de moralidad y corrección que se hacían necesarios y haber permitido que los jefes militares se hubieran enriquecido, lo cual representaba una barrera para la implantación de los principios de la Revolución. Asimismo, en razón de esos mismos intereses acumulados por los principales caudillos, lo acusaba de entorpecer la libertad de sufragio; en suma, calificaba al gobierno de inmoral y antidemocrático.

Carranza, al conocer por el manifiesto el propósito de Obregón, buscó la manera de oponérsele. En primera instancia sondeó a De la Huerta, gobernador de Sonora, a fin de convencerlo de participar en las elecciones con el argumento de que lo que necesitaba el país era tener a un civil como presidente y no a un militar. Pero don Adolfo se opuso inmediatamente, recordándole los acuerdos de 1917, que le habían permitido a él acceder a la presidencia en el sentido de que no se opondría a las aspiraciones presidenciales de Obregón. Con esto, el presidente buscaba debilitar lo que consideraba el centro político del obregonismo: el estado de Sonora, pues si De la Huerta hubiera aceptado, lo habría obligado a renunciar a la gubernatura, llegándola a ocupar, en tiempos de elecciones, Ignacio L. Pesqueira, afín al gobierno.

Los intentos de división del Grupo Sonora no sólo se dieron cuando Carranza estuvo en busca de un candidato con quien oponerse a Obregón. Se iniciaron desde el mismo momento en que Calles entregó el poder del estado a De la Huerta; aquél fue nombrado secretario de Industria, Comercio y Trabajo, pero ya en los trabajos por la sucesión presidencial, Calles, que apoyaba a Obregón, consideró que la causa de que Carranza no volviera a tratar con él ningún asunto relacionado con la sucesión era que el Presidente, al llamarlo a su gobierno, no lo había hecho por tener en él a un colaborador, sino para sacarlo de Sonora; por esta razón presentaría su renuncia, fundamentándola en los compromisos que tenía con uno de los partidos contendientes.

La sucesión presidencial de 1920 era la cuestión más importante para el gobierno, y por eso su interés estaba en ver la manera de resolverla; juzgaba que para conveniencia y tranquilidad del país, era necesario que ni el general Obregón ni el general Pablo González llegaran a la presidencia; el ingeniero Bonillas, embajador en Estados Unidos, sería el candidato que el régimen sostuviera. En esos momentos, octubre de 1919, a una pregunta sobre si aceptaría la candidatura, Bonillas había contestado que, aunque no lo deseaba, podrían presentarse circunstancias que así lo demandaran, con lo cual dejaba abierto el camino para una posible participación.

Para Calles, con esto se estaban dando las condiciones para una nueva revolución, que sería necesaria para imponerse al carrancismo, a juzgar por las imposiciones en Guanajuato, San Luis Potosí y Querétaro, donde veía una especie de preliminar de las elecciones presidenciales; para que la sucesión se llevara a cabo sin ningún problema, era necesario se dejara en absoluta libertad a los candidatos y que el gobierno federal como el de los estados se

abstuvieran de intervenir en ellas. De lo contrario, si se pretendía realizar una imposición, el país se vería envuelto de nuevo en una guerra civil.

Al finalizar 1919 las candidaturas estaban ya definidas. Por un lado, Obregón; por otro, el general González, que habría de negarse a las pretensiones de Carranza de apoyar a Bonillas; y la de este último, cuyas declaraciones, en las que negaba ser candidato, confirmaban que participaría, pues a inicios de octubre ya había conferenciado con Carranza sobre este asunto y se le había insistido en que sería candidato. A pesar de ello, aun a fines de febrero de 1920, declaraba no serlo por no haber sido formalmente invitado a participar; incluso agregaba que, en caso de que esto se diera, se abstendría de aceptar hasta estar enterado de la situación política del país. Ante esto vino la intervención del general Cándido Aguilar, quien se encargaría de persuadirlo para que accediera sobre la base de que su candidatura contaba con una amplia simpatía en el país, lo que lo llevaría a aceptar su nominación por parte del Partido Nacional Cooperativista.

A principios de 1920 un grupo de gobernadores, a instancias de Carranza, había convocado a una reunión para discutir las medidas que habrían de emplearse para garantizar tanto el libre sufragio como que las elecciones se realizaran con el mayor orden. A ella se habían adherido incluso Adolfo de la Huerta, Carlos Greene y Pascual Ortiz Rubio, gobernadores de los estados de Sonora, Tabasco y Michoacán, respectivamente, pero a la que no asistieron debido a que apoyaban la candidatura de Álvaro Obregón. La junta tuvo un carácter antiobregonista, pues los resultados a los que llegaron no fueron más que un nuevo ataque a la campaña del sonorense, al decir que había *algunos partidos* que suponían que su lucha no iba a consistir en contender contra otros candidatos, sino en contra del mismo gobierno, al que creían empeñado en realizar una imposición.

De esta idea concluían que no aceptarían los resultados de las elecciones, en el caso de que éstas le fueran adversas, y los llevaba a prepararse para una eventual guerra. Entre los acuerdos a que llegaron estaban el que tanto los gobernadores como sus funcionarios y empleados se abstuvieran de participar en la lucha electoral, y solicitaban que el Presidente expidiera órdenes para que pudieran cumplimentarse algunos de los propósitos de la junta, tales como el que los funcionarios del Ejecutivo de la Unión, así como los de las fuerzas militares, se abstuvieran de participar en las elecciones. Estos *arreglos* tuvieron la aprobación de Carranza; pese a esto, fue notoria la participación

de dependencias del gobierno en favor de Bonillas, como los de la Secretaría de Gobernación y la del jefe del Estado Mayor de la Presidencia, quienes justificaban esta candidatura.

Mientras tanto Obregón llevaba adelante su campaña con todo éxito, pues donde quiera que se presentaba tenía un gran recibimiento. El sonorense, que había sabido crearse una importante base política merced a sus alianzas, en las que estuvo dispuesto a negociar y a ceder cuando ello significó alcanzar un beneficio político, buscó coligarse con los elementos de dentro del gobierno, como el ejército, en el que tenía una amplia aceptación; los marginados, como lo habían sido los obreros con quienes el gobierno se mostró adverso y donde los sonorenses encontraron un campo fértil desde que Calles fue secretario de Industria; y los grupos rebeldes aún levantados en armas.

El recorrido que Obregón hacía por el país captaba la atención de las autoridades. Era todo un fenómeno, pues grandes multitudes de todas las clases sociales se arremolinaban para observar al caudillo que estaba tras la presidencia. *El Monitor Republicano* se encargaría de recoger esos testimonios, a fin de mostrar a la población de la capital la aceptación que Obregón tenía en el resto de la República; de ahí el acoso del gobierno cuando el sonorense inició su gira, y que se multiplicó en la medida de su progreso. Pero si sus trabajos fueron hostilizados por el régimen, también sus partidarios atacaron la campaña civilista en los lugares en que éstos realizaban sus mítines, tal y como pasó en Saltillo y en la Ciudad de México, en donde fue preciso la intervención de la policía para calmar el desorden provocado a la llegada de Bonillas a la capital; se aprehendió a algunos obregonistas, entre ellos algunos diputados y generales; esta acción fue censurada por Obregón, quien desde Monterrey dirigió una carta a Carranza para protestar por los hechos; éste contestó probándole que todo era resultado del alboroto que sus mismos partidarios habían provocado.

Las negociaciones obregonistas para hacerse de apoyos vendrían a dar al gobierno el arma que éste esgrimiría para acabar con la campaña del sonorense, al descubrir los tratos que éste tenía con el general rebelde ex-felixista Roberto F. Cejudo, lo cual sería la causa de que el recorrido electoral se interrumpiera el 4 de abril de 1920, en Monterrey, cuando Obregón dio a conocer un telegrama que la Secretaría de Guerra le dirigía, en el que se le pedía que se presentara a declarar en el proceso que se le seguía a dicho general.

No se le ocultaba la intención de lo que esto representaba para el gobierno: incapacitarlo electoralmente, pues aseguraba que no sería difícil que ésa fuera la última vez que hablara en público. Para Obregón esto significaba ningún peligro, pues estaba convencido de que se le quería eliminar políticamente, pero la realidad era algo más. A fines de marzo, luego de que conferenció con Carranza y de que se le dejó ir rumbo a Jalapa, Cejudo fue detenido y remitido a la Ciudad de México donde se le recluyó en la prisión militar de Santiago Tlatelolco. Oficialmente se le acusaba de una falsa rendición, con la que pretendía hacerse de elementos para volver a sublevarse; lo cierto era que se le imputaba una complicidad con Obregón para levantarse en armas con motivo de las elecciones, que al ser capturado y recogérsele documentos que así lo indicaron, dieron al gobierno la causa con que poder relacionar a Obregón en el mismo proceso.

Pero los pasos hacia una lucha armada no sólo eran dados por el gobierno, quien buscaba nulificar al sonorense jurídicamente, también por éste que hacía los preparativos para una contienda, a pesar de lo que él mismo sostenía sobre la *esperanza* de encontrar una solución pacífica al conflicto, lo cual muestra la expectativa que sobre una rebelión tenía, y que aun preparaba; esto se prueba por los tratos que con los grupos rebeldes sostenía; por su acercamiento a Cejudo; y por el *encuentro* que con el general González tuvo, todos ellos, a quienes proponía el uso de la fuerza para impedir una imposición.

Obregón, que conocía sus fuerzas y el papel que el ejército tenía en la vida política, sabía que éste sería un recurso ante el caso de que se le desconociera un triunfo electoral. Carranza era consciente de esa influencia; a pesar de ello, persistió en la idea de contar con la lealtad de los jefes y soldados, de la que ya no disponía ni en la misma Ciudad de México; en los demás ramos de la administración como telégrafos y ferrocarriles, acontecía lo mismo; Carranza creía tener en los puestos importantes de su gobierno a partidarios suyos y calculaba conservar el control aunque éstos estuvieran llenos de obregonistas.

El llamado a declarar en el juicio a Cejudo no había sido más que la apariencia con que el gobierno quiso atraer a Obregón a la capital para anularlo, pues luego que se presentó, el juez le hizo saber que tenía órdenes para proceder en su contra, por lo que no comparecía como testigo sino como acusado. A esto seguirían protestas tanto de los defensores de Obregón como de él mismo, arguyendo que por su calidad de civil no podía ser procesado

por un tribunal militar. Cejudo reconocía haber contactado a Obregón, a quien había ofrecido sus servicios. En tanto se llevaba el proceso, comenzaban los preparativos para detener a Obregón, quien sabía que se le apresaría la próxima vez que compareciera en el juzgado; según creía, ello ocurriría el 14 de abril; mientras esto se daba, la policía lo mantenía vigilado; su fuga era urgentemente necesaria ante la inminencia de su aprehensión.

Obregón salió de la Ciudad de México rumbo a Guerrero el 13 de abril de 1920. Después de su huida apareció en Chilpancingo el día 20, donde dio a conocer un manifiesto en el que acusaba a Carranza de querer realizar una imposición, de apoyarla con los recursos públicos y de provocar una lucha armada en Sonora al descubrir que sus planes eran rechazados por la mayoría de los ciudadanos de la República. Por tales motivos suspendía su campaña política para tomar de nuevo las armas y *ponerse a las órdenes* del gobernador de Sonora, don Adolfo de la Huerta, hasta que fueran depuestos los altos poderes.

Con este acto terminaban las campañas electorales para dar paso al inicio del fin del gobierno de Carranza y al surgimiento del triunvirato sonorense que dominaría el panorama nacional al triunfo de la rebelión de Agua Prieta.

El caso Sonora

A principios de abril de 1920 la situación en Sonora, a causa de la sucesión presidencial, anunciaba un conflicto. Por un lado, Carranza con su idea de un civilismo que condujera al país hacia una pacificación; y por otro, el Triángulo Sonora en su lucha por alcanzar el poder, fundamentada en sus apoyos en el ejército, elemento definitorio de la política nacional; ello haría del intento carrancista prácticamente algo imposible.

La rebelión de Agua Prieta fue la lucha por el poder dentro del grupo gobernante escindido en dos bandos, más allá de una democracia inexistente en el marco de una sucesión presidencial. Era la pugna entre dos facciones; mientras una tenía toda la fuerza para dirigir los rumbos de la Revolución, la otra había dejado de tener la presencia que la había llevado al poder; resultaría una contienda entre la federación y Sonora, a la que Carranza consideró el foco del obregonismo y donde, sabía, se preparaba una revuelta.

Carranza en su afán por sofocar la rebelión dictó órdenes de carácter económico, militar y político tendientes en menguarle al estado los recursos con los cuales pudiera hacer frente en caso de un conflicto armado, pero cometió un error: no calcular sus fuerzas, y, sin ellas, se lanzó a la aventura sonorense creyendo contar con los efectivos necesarios como los que había tenido en 1913 y 1917. Maquiavelo habría de demostrar las grandes desventajas a las que se enfrentan los príncipes que llegan a serlo por la voluntad de otros, tal y como fue el caso de Carranza, que llegó a la presidencia con el apoyo de Obregón y sería por lo que caería al faltarle, en un momento en que la disciplina del ejército estaba más ligada al *nombre* de los jefes que al gobierno.

Las medidas contra Sonora no podían ser para los sonorenses más que una prueba de que el gobierno conocía sus planes y las interpretaron como una agresión a su soberanía, De la Huerta se dirigió a Carranza para solicitarle que suspendiera la movilización de fuerzas al estado, a la que atribuía el objeto de controlarlo militarmente con fines electorales. Pero Carranza no era hombre que se retractara de una decisión; no sólo no suspendió la marcha, sino que ni siquiera aceptaba discutir las órdenes que dentro de sus facultades constitucionales tomaba, convencido de que lo que había de sostener era el principio de autoridad y el de unidad de la República, como se lo indicó a esa Legislatura en un abierto conflicto.

Al desconocimiento a De la Huerta como gobernador, Sonora contestó con una suspensión de relaciones. Pero si hasta aquí el estado se mantuvo a la expectativa tratando de disuadir a Carranza, a partir del 9 de abril pasó a la ofensiva cuando su Congreso decretó una ley en que asumía todos los poderes, concedía a su Ejecutivo facultades extraordinarias en los ramos de hacienda y guerra, y lo autorizaba a que cambiara la sede de los poderes cuantas veces lo considerara necesario; pero al reconocer las leyes de la República hacía ver que su movimiento *no* era separatista.

De la Huerta nombró a Calles jefe de Operaciones Militares, quien ya se había dirigido al general Manuel M. Diéguez, que estaba al mando de las fuerzas que se dirigían a Sonora, responsabilizándolo de la guerra si las tropas llegaban al estado. Para esto, dentro de las tropas federales, comenzaban a desconocer a los jefes que manifestaron su adhesión a Obregón y al movimiento que se iniciaba; a fin de justificar su actitud, el estado dio a conocer el Manifiesto de los Tres Poderes, en que explicó las razones del rompimiento con Carranza, y que fue el antecedente del *Plan de Agua Prieta*.

Dicho plan desconocía a Carranza, a las autoridades electas de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas, así como a las de la Ciudad de México. Pero reconocía a la Constitución de 1917 y al gobernador de Nayarit, a quien la federación no aceptaba por su obregonismo. Adolfo de la Huerta fue nombrado jefe supremo del ejército para hacerse cargo de la organización del movimiento y, de acuerdo con las condiciones: sería designado presidente provisional que convocaría a elecciones para los poderes federales, además de hacer los nombramientos de los gobernadores provisionales en los estados en que se desconociera al movimiento.

Esta situación era conflictiva para Obregón, que se encontraba en la capital enfrentando el caso Cejudo; la rapidez con que se desarrolló la revuelta obligó a Carranza a abandonar la ciudad, pero no sin declarar que no entregaría el poder hasta que la rebelión fuera sometida y se designara legalmente a su sucesor. Ésta se extendía cada vez más gracias a la base de Obregón en el ejército y a la pasividad de los jefes carrancistas, que no habían considerado las fuerzas de su adversario. A ello debió la *rebelión de Agua Prieta* su rápida victoria, pues más que batallas hubo adhesiones y, sin luchar, los sonorenses fueron haciéndose del dominio del país.

El nombramiento del presidente provisional se llevó según las condiciones del plan; el jefe del ejército, en caso de que el movimiento quedara consumado antes de que el periodo del Congreso federal terminara, debía convocar a sesiones extraordinarias para que efectuara la elección de acuerdo con la Constitución. De la Huerta asumió su responsabilidad comunicando igualmente el aplazamiento de las elecciones para el 5 de septiembre y, después de los trabajos en ambas cámaras, don Adolfo fue electo presidente provisional para ejercer el mando del 1 de junio al 1 de diciembre de 1920.

Con este acto se iniciaba un nuevo periodo en la historia de México: la llegada al poder del Triángulo Sonora, que habría de encargarse de una nueva institucionalización. Tales acontecimientos no fueron más que el resultado de la actitud de Carranza frente al que era su más importante elemento político-militar: Obregón, a quien obstaculizó el paso a la presidencia en una época en que el presidente no podía ser otro que el caudillo o el que tuviera el apoyo del ejército; el mismo Carranza era el ejemplo más claro de ello.

Paradójicamente, Carranza se empeñó en un civilismo que era más que imposible y su fracaso no consistió en otra cosa que en su vacío de poder, pues éste no se basó en sí mismo sino en las potencialidades ajenas y, al

limitar las aspiraciones de otros que también buscaban el poder, se condenó a sí mismo. Al provocar a los sonorenses luchó en un campo que no era el suyo frente a un enemigo que estaba más que dispuesto a rebelarse y a tomar el camino acostumbrado en la lucha por el poder, en la cual la pieza principal fue Obregón; no deja de ser significativo que la toma de posesión de De la Huerta haya coincidido en la fecha en que un año antes se dio a conocer el manifiesto.

El plan, que asumía una lucha por la democracia, no podía sonar más que hueco a pesar de lo altisonante de su título: "movimiento reivindicador de la democracia y de la ley". ¿Qué democracia podía darse dentro de un grupo en el que sólo se le exaltaba para favorecer sus ambiciones personales?

Lo que nos faltaba: una huelga general. Luz y sombra de los trabajadores en la Revolución Mexicana: 1906-1916

Sabino González Martínez

Sembrando vientos

En la época de Juárez, el proyecto liberal pretendió crear una masa de pequeños propietarios; no obstante, las grandes extensiones que hasta entonces había detentado el clero pasaron a manos laicas y los indígenas se enfrentaron al proceso acelerado de despojo de sus tierras. Esta situación fue la base de uno de los sectores más poderosos del Porfiriato: los latifundistas. La industria moderna capitalista era casi inexistente, ya que sólo había una multitud de talleres artesanales que no utilizaban maquinaria ni fuerza motriz. Sólo la minería y la incipiente industria textil representaban los inicios de la industrialización del país en ese periodo.

A fines del siglo XIX México seguía siendo un país atrasado cuando con el Plan de Tuxtepec, bajo la bandera de la no reelección, Porfirio Díaz llegó al poder en 1876, conformando el primer gobierno relativamente estable desde la Independencia, lo que permitió un programa para el desarrollo capitalista dependiente de Europa y Norteamérica. Por lo tanto, el proyecto porfirista permitió atraer a los capitales extranjeros que, hasta entonces, se mantenían escépticos en cuanto a la posibilidad de invertir en México, debido a la situación caótica que prevalecía desde la época de la Independencia.

Junto con el ascenso de Díaz, el clero y el ejército retomaron fuerza, a pesar de los preceptos constitucionales de 1857, que fueron dejados de lado para sustentar el desarrollo de una burguesía terrateniente y de la burguesía internacional que, con la ola de inversiones, comprometía la soberanía del país. Sin embargo, ello no importaba a Porfirio Díaz, pues su objetivo era

lograr el sueño liberal del desarrollo económico para consolidar un Estado nacional, es decir, un Estado moderno.

Como parte del proceso de desarrollo capitalista en México de fines del siglo XIX y principios del XX, también se generó un crecimiento de los trabajadores urbanos asalariados a medida que el país se iba industrializando. Los artesanos se vieron empujados a la ruina; los campesinos fueron despojados de sus tierras y desarraigados del campo de manera violenta para explotarlos al convertirlos en peones de las haciendas; no en balde éste fue uno de los sectores más explosivos al irrumpir el movimiento armado de 1910. Por su parte, los mineros, ferrocarrileros y otros sectores de trabajadores industriales se encontraban en pésimas condiciones laborales, con bajos salarios, y sujetos al despido y al desempleo.

Otros sectores, como los pequeños propietarios urbanos y rurales, se enfrentaban a una situación bastante precaria; también los sectores medios, profesionistas e intelectuales, padecían. Aparte de la opresión, la falta de oportunidades de ascenso social dadas las limitaciones que les imponía el sistema. De este modo, se fue estructurando un modelo socioeconómico basado en los capitales extranjeros, que tenían todas las facilidades para la inversión tanto en infraestructura y servicios (en la banca, en la telefonía), como en la explotación de los recursos naturales, sobre todo en minerales y energéticos, sectores que representaban los aspectos más estratégicos de la economía mexicana de esa época; en este sentido, Díaz buscó el equilibrio en la participación económica extranjera dando las mismas oportunidades a los distintos capitales, fueran europeos o norteamericanos.

Por el contrario, los empresarios nacionales prácticamente sólo tuvieron como alternativa la inversión en las manufacturas, el comercio y el dominio de la actividad agrícola y ganadera, lo que fortaleció a las haciendas con plena libertad para explotar a sus trabajadores.

Esta organización del país, con un soporte estructural capitalista, fue la base que le garantizó a Porfirio Díaz la permanencia en el poder por más de 30 años. Los intelectuales que rodeaban a Díaz se encargaron de difundir una imagen del presidente como magnánimo e infalible pues había logrado, decían, lo que parecía imposible: el control del país con paz, orden, progreso seguridad, prosperidad y estabilidad. Esta supuesta tranquilidad del "orden y progreso" no podía ocultar las múltiples contradicciones inherentes al desarrollo capitalista; de ahí que fueran comunes las rebeliones indígenas,

huelgas obreras, levantamientos campesinos, que conformaron un caldo de cultivo donde se incubaron las ideas reformistas entre los liberales de la clase media.

Estos sectores medios en el Porfiriato vieron frustrados sus intentos de ascenso social y movilidad política; por ello, aprovecharon la crisis económica de principios de siglo XX, el malestar generalizado y el natural declive de los gobernantes porfiristas, para plantear un movimiento que llevaría a la Revolución de 1910 con la intención de reencauzar el desarrollo capitalista.

Cosechando tempestades

Los trabajadores habían sido caracterizados por el diputado constituyente de 1857 Ignacio Ramírez como "productores de la riqueza social" y, sin embargo, seguían bajo condiciones de servidumbre, al grado de que en la Constitución de 1857 prácticamente no se les tomó en cuenta para garantizar sus derechos laborales y de agrupación; cabe señalar que el Código Penal del Distrito Federal, que entró en vigor en 1872, señalaba que se impondrían desde ocho días hasta tres meses de cárcel y multas de 25 a 500 pesos al que creara un tumulto o revuelta o recurriera a cualquier otra forma de fuerza moral o física con el objeto de aumentar o disminuir los salarios de los trabajadores o de impedir el libre ejercicio de la industria o el trabajo. De este modo, a principios del siglo XX, entre los trabajadores prevalecían las formas de organización que databan de mediados del siglo XIX: el mutualismo y el cooperativismo.

Hacia 1871 surge el Gran Círculo de Obreros, organización que pretendía ser políticamente más eficaz que las asociaciones mutualistas al plantearse ciertas reivindicaciones de tipo laboral, como reglamentos de trabajo, jornadas fijas y salarios homogéneos. Al principio, el Gran Círculo fue conformado por sastres e impresores; hacia 1875 contaba con 18 sociedades afiliadas y para 1876 llegó a tener 43 de oficios diversos. Entre las principales sucursales de esta organización obrera se encontraban: la fábrica El Águila, en Contreras, D. F.; la fábrica San Ildefonso, en el Estado de México, la fábrica La Flama, en Tlalpan, D.F.; las fábricas La Colmena y Barrón, en Tlalnepantla, Estado de México; la fábrica San Fernando, en Tlalpan, D. F.; la fábrica La Magdalena, en Contreras, D.F.; la Sociedad Reformadora del Ramo de Sombrerería, en

el D.F.; además, existieron sucursales del Gran Círculo en Jalapa, Puebla, Orizaba, Cuernavaca Monterrey, Tamaulipas y San Luis Potosí.

En 1876 el Gran Círculo, junto con el periódico obrero *El Socialista*, convocó a un Congreso Obrero para crear la Confederación de Trabajadores Mexicanos, organización de efímera existencia ya que desapareció en 1880 al desatarse la represión porfirista contra las organizaciones obreras opositoras. El Gran Círculo de Obreros se transformaría en el Gran Círculo de Obreros Libres a principios del siglo XX y tuvo una destacada participación en la organización de los trabajadores textiles.

A pesar de que ante esta situación de represión era difícil que los trabajadores se organizaran y unificaran para luchar contra la explotación capitalista, las batallas obreras no cesaron y, durante el Porfiriato, estallaron alrededor de 250 huelgas.

Forjando la conciencia; buscando identidades

Una de las organizaciones de intelectuales a la que se acercaron grupos de obreros fue el Club Liberal Ponciano Arriaga, pero sus posiciones vacilantes no convencieron a los trabajadores y éstos buscaron a sectores más radicales de la intelectualidad de la clase media o pequeño.burguesa; los encontraron en la fracción encabezada por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, quienes a la postre serían pilares en la fundación, en 1905, de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, de tendencia anarquista, cuyas ideas eran difundidas por los periódicos *Regeneración* y *Revolución*.

La influencia de los hermanos Flores Magón fue fundamental en las huelgas de Cananea y Río Blanco, debido a lo cual fueron objeto de la persecución y represión porfirista, por lo que tuvieron que exiliarse en Estados Unidos. Además, el Partido Liberal Mexicano (PLM) intentó organizar dos intentos de insurrección contra la dictadura porfirista en 1906 y 1908; de hecho, también en 1910 los magonistas preparaban un levantamiento armado para el mes de septiembre, pero Ricardo Flores Magón decidió que había que unificar fuerzas con el maderismo y llamó al PLM a que el levantamiento se realizara conjuntamente en noviembre; no obstante, no pudo avisar a todos los miembros del PLM por lo que varios de ellos impulsaron las acciones armadas desde el mes de septiembre de 1910.

Vestidos de rojo y negro

Cananea

En Cananea, en 1898 el estadounidense William C. Green compró las minas de Cobre Grande, ya que el mercado de este metal estaba en expansión debido al desarrollo de la industria eléctrica en Estados Unidos y Europa, lo que le redituó grandes ganancias y el florecimiento de un próspero imperio minero: La Green Consolidated Cooper, la cual en 1906 daba empleo a 5 360 mexicanos y 2 200 extranjeros, la mayoría de éstos, norteamericanos, quienes recibían un salario de cinco pesos oro al día, mientras que los mexicanos recibían sólo tres pesos plata, lo que representaba menos de la mitad del salario de los extranjeros.

Supuestamente, los mineros tenían mejores salarios que cualquier otro trabajador, al grado tal que algunos intelectuales como Andrés Molina Enríquez los caracterizaba como una "elite obrera" por encontrarse en una situación "mucho mejor" que, por ejemplo, los campesinos y jornaleros de otros sectores, que ganaban hasta ocho centavos diarios. Sin embargo, la situación que enfrentaban los obreros de Cananea no era muy distinta a la de los demás, pues los "altos" salarios se veían mermados por el elevado costo de la vida en esa zona minera, además de que sufrían también la discriminación que las empresas extranjeras practicaban contra los trabajadores mexicanos en su propio país, pues les imponían los trabajos más rudos y peligrosos, y eran continuamente vejados, por lo que se fue desarrollando un descontento generalizado y la necesidad de organizarse contra la explotación.

Ya desde 1905, en Cananea comenzaron a circular las ideas magonistas a través de documentos y el periódico *Regeneración*; de ahí, los mineros extrajeron, entre otras ideas, las demandas de un salario mínimo justo y la jornada de ocho horas diarias de trabajo, así como la necesidad de luchar por un cambio de gobierno derrocando a la dictadura porfirista. Para concretar eso, algunos mineros comenzaron a convocar sus compañeros más decididos y dispuestos a la lucha a juntas secretas, de donde surgió la Unión Liberal Humanidad, germen de organización sindical, encabezada por Manuel M. Diéguez y Esteban Baca Calderón. Otra organización secreta, creada por mineros de la parte baja de Cananea, fue el Club Liberal de Cananea, que era un proyecto más amplio, pues se pensaba que no lo conformaran sólo mineros, sino también gente del pueblo; ambas organizaciones pasaron a ser parte del PLM y uno de sus objetivos, en cuanto la organización de los

trabajadores mexicanos, era formar una unión minera en Cananea, y otras del mismo tipo en las demás zonas mineras de la República Mexicana.

Una de las primeras acciones de esas organizaciones cerradas fue convertir el festejo por la gesta histórica del cinco de mayo, que se realizaba cada año con la población, en un mitin con bastante éxito. Debido al impacto político de la acción de las organizaciones magonistas, el gobierno decretó la ley marcial en toda la población a partir de esa noche.

A fines de mayo de 1906, dos mayordomos informaron a los rezagadores y carreros que la extracción del metal quedaría sujeta a un contrato, que celebrarían entre los mayordomos y la empresa. Por lo tanto, serían los mayordomos, por lo general extranjeros, los que decidirían cuántos trabajadores se necesitarían para la extracción del metal, quedando en libertad de reducir el número de obreros, para recargar el trabajo en los que se quedaran, e incrementar así sus ganancias a costa de la fuerza de trabajo de los mexicanos, a quienes ni siquiera se les otorgaría el más mínimo aumento salarial.

Ante esta situación, los miembros de la Unión convocaron los días 28 y 29 de mayo a reunirse en una sesión secreta, en donde acordaron realizar un mitin el día 30 de mayo en un lugar cerca de Pueblo Nuevo; con esta acción, comenzó la protesta contra las arbitrariedades de la empresa minera y continuó con la declaratoria de huelga en la mina *Oversight* la noche del 31 de mayo, que fue asumida de manera unánime por los obreros de las otras minas del complejo de Cananea.

La madrugada del 1 de junio una multitud de mineros mexicanos de las distintas áreas de trabajo se juntó a la salida de la mina; los rezagadores, carreros, barreteros y ademadores unieron sus voces para gritar las consignas: "¡Cinco pesos y ocho horas de trabajo! ¡Viva México!" Esa mañana, más de dos mil trabajadores recorrieron los talleres y las minas, engrosando sus filas en cada lugar que tocaban, con la incorporación de más trabajadores, quienes fueron expresando sus necesidades, de las que surgió un pliego petitorio que, entre otras, planteaba las siguientes demandas:

a) Queda el pueblo obrero declarado en huelga
b) Destitución de un mayordomo
c) Salario mínimo de cinco pesos por ocho horas de trabajo.
d) La Cananea Consolidated Copper contratará el 75 % de mexicanos y el 25 % de extranjeros teniendo los mismos derechos.

En el transcurso del día, mientras respondía la empresa, cerca de dos mil huelguistas se dirigieron hacia el área de fundición, en donde todavía estaban trabajando alrededor de mil obreros, los cuales al ver la combatividad de sus compañeros no dudaron en unirse a la huelga; de igual manera, al paso del contingente de huelguistas por áreas que no estaban en paro, se iban suspendiendo las labores, principalmente los trabajadores mexicanos.

Al llegar la marcha a la maderería para invitar a unirse al movimiento a quienes laboraban allí, el gerente y sus ayudantes cerraron las puertas para impedir que salieran los obreros y atacaron a los huelguistas que estaban afuera, lanzándoles chorros de agua a presión, que era contra incendios, para dispersarlos; esto indignó al contingente que venía en marcha y decidieron entrar forzando las puertas. La brutal respuesta no se hizo esperar pues ya los estaba esperando el gerente, de apellido Metcalf, quien abrió fuego con un rifle matando a un huelguista e hiriendo a varios más.

Ante la salvaje respuesta patronal, los huelguistas respondieron quemando las oficinas para obligar a salir a los agresores que siguieron respondiendo con disparos a diestra y siniestra, matando a más obreros. Después de que el fuego consumió la maderería, los huelguistas siguieron con su manifestación llevando a sus heridos y sus muertos, pero ahora ya no era una movilización pacífica, sino un contingente indignado que exigía ser escuchado. Al dirigirse hacia el Palacio Municipal, donde pensaban pedir justicia ante lo sucedido, los manifestantes fueron recibidos con descargas cerradas de fusilería, estableciéndose una lucha desigual pues los huelguistas respondieron con palos y piedras para repeler la agresión, pues se encontraban desarmados.

Algunos manifestantes no estuvieron dispuestos a seguir a merced de las balas patronales, por lo que buscaron hacerse de armas tomándolas de las casas de empeño y donde pudieron encontrarlas; por otro lado, los trabajadores y el pueblo se concentraban frente al Palacio Municipal exigiendo armas para defenderse. Durante casi una hora se entabló un fuerte combate entre los empleados de los patrones y los huelguistas, que sólo se alejaron cuando se les acabó el parque. Así terminó el primer día de cruenta lucha en las calles de Cananea con un saldo de ocho obreros muertos y alrededor de veinte heridos.

Pero el dueño de la mina, Greene, ya se preparaba para seguir enfrentando a los obreros y convirtió su casa en un arsenal fuertemente resguardado por empleados, principalmente norteamericanos, armados hasta los dientes.

Además, tanto Greene como el gobernador Rafael Izábal habían pedido la intervención del ejército, la policía y de fuerzas armadas norteamericanas, ayuda que llegó a través de autorizar el ingreso a México de los *rangers*, fuerzas armadas rurales estadounidenses, que acudieron en auxilio de su compatriota Green, en un grupo de 275 "voluntarios" que venían a defender los intereses estadounidenses.

Así, el 2 de junio amaneció Cananea bajo tensión con el hostigamiento y represión patronal y gubernamental, pues se detenía a cualquiera que se atreviese a manifestar su descontento. Los empleados norteamericanos recorrían las calles fuertemente armados, y con actitud prepotente y provocadora. En el transcurso de la mañana llegó a Cananea el gobernador Izábal con los 275 *rangers*, quienes de inmediato fueron a resguardar los lugares estratégicos del pueblo: tienda de raya, el banco, la oficina general, la fundición, la nueva concentradora y el depósito de maderas.

Por su parte, Izábal se refugió en el Club Hotel de propiedad norteamericana. Los huelguistas deciden realizar una manifestación pacífica en ese lugar para buscar hablar con el gobernador. No obstante, antes de llegar a donde estaba Izábal, se encontraron con la avenida bloqueada por un automóvil y con un grupo de empleados ocultos en las esquinas fuertemente armados esperándolos; nuevamente los huelguistas son tiroteados a mansalva con el agravante de que son sorprendidos también en la retaguardia por los *rangers*, ante lo cual no les quedó más que dispersarse. Pero la jauría represora estaba desatada y los norteamericanos se apostaron como francotiradores a lo largo del día, y hasta las diez de la noche, asesinando prácticamente a todo el que se atreviera a pasar frente a ellos.

De esta manera, la primera huelga obrera del siglo XX en México fue aplastada a sangre y fuego para preservar el "orden y progreso" porfirista. Para el día 3 de junio, la ciudad estaba bajo ley marcial y el saldo había sido de 23 muertos, 22 heridos y más de 50 detenidos, entre ellos los principales dirigentes: Manuel M. Diéguez, Esteban Baca Calderón y Francisco Ibarra. El 4 de junio, la empresa reanudó labores de manera irregular, pues muchos huelguistas habían huido hacia otros lugares para evitar las represalias.

Río Blanco

Los trabajadores de la industria textil, a principios de siglo, tenían los salarios más altos respecto de otros sectores de trabajadores, aunque sin llegar a lo

que ganaban los mineros o ferrocarrileros. Incluso la prensa manejaba que los campesinos que antes araban la tierra ganando 50 o 60 centavos diarios, al ingresar como obreros en las fábricas textiles ganaban hasta 2 pesos diarios. Ese mismo obrero, decía la prensa de la época, cuando era agricultor vivía en jacales y, después, en las zonas fabriles tenían acceso a casas "higiénicas y cómodas". Pero esta situación de supuesta opulencia o aristocracia obrera era relativa pues, al igual que los mineros, las necesidades derivadas de su propia ubicación social requerían de mayores ingresos; además, la industria textil era la más altamente desarrollada en México, pero las condiciones de trabajo eran pésimas, y la prosperidad de las empresas textiles no llegaba a los bolsillos de los trabajadores

En este contexto, la semilla del movimiento obrero germinó y surgió la necesidad de organización, por lo que los trabajadores textiles no fueron la excepción y de la pasividad de las asociaciones mutualistas, pasaron a la organización para la acción directa. En este sector influyeron también las ideas del Partido Liberal Mexicano, ya que en 1906 conformaron el Gran Circulo de Obreros Libres bajo la influencia del pensamiento magonista. El Gran Círculo llegó a tener ochenta filiales en las fábricas textiles de la República Mexicana, además de emprender la publicación del periódico obrero *Revolución Social.*

A finales de 1906, los empresarios textiles de Puebla y Tlaxcala impusieron nuevos reglamentos totalmente desfavorables para los obreros, por lo que en diciembre se declaró la huelga en varias fábricas de esos dos estados, y, posteriormente, se extendió a otras en Veracruz. Los patrones pidieron la intervención del presidente Díaz como árbitro y éste autorizó a los obreros huelguistas para que enviaran una comisión de representantes a exponerle directamente sus quejas al Presidente. El 5 de enero de 1907, Porfirio Díaz emitió un laudo que era totalmente favorable a los empresarios textiles avalando, de hecho, la mayoría de las normas del nuevo reglamento que había sido causa de la huelga. Antes de que se diera a conocer el laudo de Díaz, éste había enviado tropas a los distintos centros huelguísticos señalando, además, el día 6 para reanudar labores en todas las fábricas en huelga.

Sin embargo, los obreros de la zona textil de Orizaba, en donde se concentraban las fábricas más grandes del país, se negaron a aceptar la resolución del Presidente y no regresaron al trabajo. El 7 de enero, los obreros de Río Blanco, que habían decidido mantener la huelga, se concentraron frente a la fábrica y no regresaron al trabajo. En ese momento, de la tienda de raya

surgió un empleado que se hizo de palabras con algunos huelguistas y, de repente, de uno de los dependientes de la tienda salió un disparo que mató a un obrero.

La multitud indignada saqueó la tienda de raya y la incendió, después de lo cual decidió marchar hacia Orizaba. Antes de llegar a Nogales, los esperaba una parte del 12° regimiento que abrió fuego sin contemplación contra el pueblo, cayendo obreros, mujeres y niños con un saldo de varios muertos, cuya cantidad no se ha podido precisar, pero que algunos señalan en alrededor de 400. No conformes con acribillar a una multitud indefensa, los militares se dedicaron a perseguir a los obreros que intentaban huir, para asesinarlos en una auténtica cacería que duró hasta entrada la noche. Así, nuevamente el régimen de Díaz se manchaba de sangre y profundizaba la crisis que llevaría a la caída de su dictadura.

Obreros somos y en la Revolución andamos

La mayoría de esta oleada de huelgas previas a la Revolución se realizó en el Distrito Federal, Veracruz y Puebla, lo cual resultaba lógico pues estos lugares representaban los principales centros de la actividad económica. Entre las diversas causas de esas huelgas estaban: la reducción salarial que imponían los patrones, el pago en vales en monedas de níquel, los malos tratos, aumento en la jornada de trabajo, los despidos, la oposición a capataces y administradores, nuevos reglamentos injustos, el trabajo dominical y nocturno, multas y castigos impuestos en las fábricas contra los trabajadores y los privilegios que tenían los trabajadores extranjeros.

El carácter económico y político que fueron adquiriendo las huelgas, y la represión brutal de que fueron objeto condujo a que grupos de trabajadores se radicalizaran y confluyeran con los sectores de la pequeña y mediana burguesía ilustrados que existían a principios del siglo XX.

Al estallar la Revolución Mexicana, el principal contingente que se movilizó estaba constituido por amplias capas de la población campesina, constituyéndose ésta en la principal fuerza no dirigente. En 1910 la población total de México era de 15, 160, 369 habitantes; 9 millones y medio aparecían en el censo como peones o trabajadores agrícolas sin tierra, por lo que los

trabajadores urbanos (artesanos y obreros) representaban una minoría. De ahí que Madero atrajera al sector mayoritario mediante su programa agrario. Por lo tanto, la situación de la clase obrera no apareció como un problema fundamental para el maderismo.

No obstante, aparte de la participación directa de los obreros contra la explotación impuesta durante el Porfiriato, con las huelgas de Cananea y Río Blanco, hubo otras vertientes de participación de los trabajadores antes y durante la Revolución. Las acciones que ellos realizaron fueron desde actividades elementales de oposición al régimen de Díaz (cartas, pronunciamientos), hasta medidas más directas como la huelga. Por ejemplo, a fines de siglo comienza a aparecer la demanda del derecho de los trabajadores a participar en las elecciones; ya que éstos tenían vedado el voto; además, trabajadores de Pachuca se atrevieron a enviar una carta abierta a Díaz pidiéndole su renuncia en los álgidos momentos previos a la lucha revolucionaria.

En la Ciudad de México, varios trabajadores de distintas empresas se identificaron con los clubes antirreeleccionistas y encontraron en ellos la posibilidad de participación política; así, en la zona textil de Tlalpan, San Ángel y Tizapán impulsaron la formación de clubes antirreeleccionistas con obreros de las fábricas de hilados y tejidos de La Fama Montañesa y La Abeja. De estos centros fabriles salieron trabajadores para organizar clubes en otros estados de la República. En 1910 los trabajadores de Tizapán y Contreras participaron en una marcha contra la reelección de Díaz, y por el sufragio efectivo y la no reelección.

En estas acciones los trabajadores participaron más como ciudadanos con sus comunidades que como sector organizado, debido a la debilidad de las agrupaciones obreras. En varias regiones, los trabajadores también participaron con sus comunidades en el levantamiento armado en apoyo a Madero, como los ferrocarrileros, varios de los cuales apoyaron al movimiento revolucionario. Además, a principios de 1911 se produjo una serie de huelgas en varios lugares del país por demandas particulares, pero que contribuyeron a dar la puntilla al Porfiriato.

Con el triunfo de la Revolución de 1910 se multiplicaron las organizaciones obreras en la Ciudad de México; el 2 de mayo de 1911 surge la Confederación de Tipógrafos de México, que luego se convertiría en la Confederación Nacional de Artes Gráficas. Por su parte, también se unieron los sastres, panaderos, zapateros, canteros y albañiles en una organización de

carácter anarquista. Los músicos, carpinteros y ferrocarrileros confluyeron todavía en sociedades mutualistas.

En diciembre de 1911 Madero creó el Departamento del Trabajo, organización que promovió la industria textil y acordó reducir la jornada laboral a 10 horas, así como la instauración de un salario mínimo de $1.25 diarios pagados en efectivo. El compromiso de Madero de intervenir en los problemas obrero-patronales no representó un cambio fundamental en la política gubernamental de dar preferencia a los patrones por encima de los trabajadores. El mismo Madero no dejaba de ser el industrial y hacendado que pagaba a sus trabajadores los salarios miserables que eran comunes en aquella época. Por eso, ni a él ni a sus colaboradores se preocuparon por cumplir con los postulados que manejaron como ejes programáticos del proceso revolucionario, ni para los campesinos, ni para los obreros.

De hecho, en la Convención de Industriales realizada el 10 de julio de 1912, Madero declaró que su objetivo era garantizar la prosperidad de la industria, por lo tanto, los patrones podrían seguir recibiendo un trato benévolo. Del mismo modo, el secretario de Hacienda, Ernesto Madero, planteaba que el gobierno debía dar preferencia a las grandes empresas sobre las pequeñas y, además, el titular del Departamento del Trabajo señalaba que las huelgas serían tratadas con firmeza para evitar que perjudicaran la buena marcha del país.

Sin embargo, los maderistas se encontraban entre la espada y la pared pues, por un lado, estaban atados por sus compromisos con la clase empresarial y, por otro, tenían que enfrentar las promesas que hicieron de mejorar la situación de los trabajadores. Obviamente, el gobierno se cargó al bando del capital y postergó sus promesas hechas a la clase obrera y demás asalariados.

Las huelgas se multiplicaron en 1911, ya bajo el maderismo, por aumento de salarios y reducción de la jornada laboral con la participación de los tranviarios del Distrito Federal, los obreros tabacaleros de El Buen Tono, de Tabacalera Mexicana, los panaderos del Distrito Federal, las obreras de las cerilleras La Central y La Comercial, los alijadores de Tampico, los trabajadores del departamento de sastrería de El Palacio de Hierro, los cuatro mil obreros de Torreón, las obreras de las fábricas de ropa del ejército, las telefonistas de la Compañía Ericsson y los trabajadores de la fábrica textil de San Antonio Abad.

Para 1912 nuevamente los ferrocarrileros se hicieron presentes con las huelgas de la Unión de Mecánicos Mexicanos, de la Unión de Caldereros, la Unión de Moldeadores y Modelistas, la Unión de Herreros y los ferrocarrileros

de Tamaulipas y Aguascalientes. Además, también en 1912, se fueron a huelga los obreros metalúrgicos y mineros de Nuevo León, mineros de Chihuahua y Baja California, petroleros de Tamaulipas, Estibadores de Veracruz y los obreros textiles de Orizaba, lo que representaba que en ese año 40 mil obreros habían participado en la suspensión de labores.

De ahí que, durante el gobierno de Madero, 80% de las fábricas textiles estalló la huelga, por lo que, aparte de la labor "conciliatoria" del Departamento del Trabajo, el régimen se propuso intervenir para golpear desde dentro a las organizaciones obreras más beligerantes una las cuales era, según el gobierno, la Casa del Obrero (CO). Para ello, el régimen promovió la creación de La Gran Liga Obrera que, obviamente, quedó subordinada al gobierno con la intención de contraponerla a la CO.

Por otro lado, también el régimen maderista aplicó estrategias para lograr la coptación de ciertos dirigentes, con la finalidad de descabezar a algunos movimientos. Tal fue el caso del Comité Central de Obreros del Distrito Federal, que se había formado con los delegados obreros de las fábricas textiles capitalinas que asistieron a la Convención Textil de 1912 y que, posteriormente, asumieron prácticamente el triste papel de agentes gubernamentales al servicio del Departamento del Trabajo, al usarlos para tratar de convencer a los obreros de desistir de sus demandas y dedicarse a laborar sin protestar.

El 22 de septiembre de 1912 se fundó la Casa del Obrero, que instaló su sede en el número 105 de la 43 Calle de Matamoros, en Monterrey, Nuevo León y estaba integrada por las siguientes organizaciones: Grupo Luz, Unión de Canteros, Unión de Resistencia de la Fábrica de Textiles La Linera, Unión de Operarios Sastres y Unión de Conductores de Coches Públicos; posteriormente ingresó la Confederación Nacional de Artes Gráficas. Los fundadores fueron algunos españoles asilados en nuestro país, encabezados por Antonio Ferrer, promotor de la *Escuela Racionalista*, y un grupo de mexicanos, entre ellos Antonio Díaz Soto y Gama, Pioquinto Roldán, Manuel Sarabia, Celestino Gasca y Rafael Pérez Taylor.

Y, SIN EMBARGO, SE MOVIERON

En febrero de 1913 Victoriano Huerta da un golpe de Estado, derrocando y asesinando a Madero y varios de sus colaboradores para recuperar el poder

para la fracción más conservadora de la burguesía. Contrario a lo esperado, Huerta no se aleja mucho de la política maderista en cuanto a la cuestión obrera; por su parte, los trabajadores tampoco opusieron fuerte resistencia al nuevo gobierno y los empresarios se sintieron fortalecidos con el nuevo régimen. Incluso, al Departamento del Trabajo llegaban cartas como la de unos trabajadores de la fábrica La María, en el Estado de México, solicitando a Huerta protección militar contra posibles ataques zapatistas.

A pesar de todo eso, de febrero de 1913 a junio de 1914 se registraron 25 huelgas con una participación de 16 mil obreros, sobre todo por la ofensiva patronal que comenzó a rebajar los salarios, pasando por encima de las tarifas acordadas en la Convención Textil de 1912. Así, en 1913 estallaron huelgas en las fábricas textiles de Santa Rosalía, Hidalgo, San Luis, Tlaxcala, La Purísima, Querétaro, Contreras en el Distrito Federal y 4 boneterías también de la capital: El Carmen, Montserrat, María y El Cisne.

Otras fábricas emplazaron a huelga, en marzo de 1913, en caso de que no se atendiesen sus demandas; fueron los casos de las fábricas textiles de Puebla Salvatierra, San Juan, San Félix, La Asturiana, El Carmen de Atotonilco y Texmelucan; en Querétaro, en la fábrica La Purísima, en la cual el Departamento del Trabajo rechazó la demanda de los trabajadores; en junio, en Contreras en la fábrica Santa Teresa; en enero de 1914 en La Aurrerá, del Distrito Federal. También, en febrero de 1914 en las fábricas de Colopan, Veracruz, y La Hormiga, de la capital. En varias de ellas quedaron pendientes sus demandas y, en otras, se concedió la razón a los trabajadores; en todas ellas, sin que tuvieran que llegar a la huelga.

Otras huelgas importantes de este periodo fueron las de los mineros, donde nuevamente hizo acto de presencia Cananea, con sus 5 mil trabajadores en paro, y la de la mina Dos Estrellas, de Tlalpujahua, Michoacán, esta última, contra la detención de uno de sus dirigentes. La asonada de Victoriano Huerta colocó nuevamente en primer plano la lucha armada y varios grupos de obreros se incorporaron a los distintos ejércitos que combatían al régimen usurpador. Grupos de mineros participaron con Obregón, algunos ferrocarrileros con Villa y, en general, diversos trabajadores, incluyendo los de la Ciudad de México, se incorporaron a los distintos ejércitos que peleaban contra la dictadura de Huerta.

La situación se tornó difícil para los trabajadores; en particular, la capital y otras ciudades importantes que se encontraban lejos de los campos de

batalla, que antes del golpe huertista no habían resentido tan drásticamente los efectos de la lucha revolucionaria, en ese momento sufrían la crudeza de la guerra civil ante la falta de materias primas, escasez de alimentos, desempleo por el cierre de fábricas o reajuste de personal, una inflación altísima y un mercado negro por todos lados, entre otras consecuencias devastadoras; aunado a todo esto, durante la dictadura de Huerta se devaluó el peso 49 veces, de febrero de 1913 a agosto de 1914, iniciándose así en el mercado internacional las devaluaciones de la moneda mexicana. Toda esta situación crítica fue aprovechada por los empresarios, para especular logrando grandes ganancias.

Por lo tanto, Huerta enfrentaba condiciones muy desfavorables para sostenerse; en lo militar tenía dificultades para conseguir hombres y armas para su ejército; recurrió a la leva, es decir, la incorporación forzada de la población, sobre todo campesina, al ejército federal y, en la logística, tuvo que hacer compras de armamento en Europa. Pero siempre buscó tener apoyo en círculos urbanos, principalmente entre los trabajadores, para lo cual había tomado una serie de medidas, como el decreto que estableció el domingo como día de descanso obligatorio; del mismo modo, intentó aparecer como mediador en los conflictos obrero patronales, a través del Departamento del Trabajo, así como mejorar la legislación obrera. Su intención era mantener a los trabajadores lejos de los constitucionalistas e impedir que la guerra llegara a las ciudades. De ahí que el régimen de Huerta buscara aparecer como tolerante ante la movilización obrera.

El primero de mayo de 1913 la Casa del Obrero organiza un acto en memoria de los Mártires de Chicago, que representó la primera conmemoración del Día del Trabajo de manera masiva, con una manifestación a la que asistieron miles de obreros y en la cual se condenó al régimen huertista y se entregó un pliego petitorio a una comisión de diputados, con las demandas de jornada de ocho horas, descanso dominical y la denuncia de la traición de Victoriano Huerta. Ese mismo día, la Casa del Obrero se transformó en Casa del Obrero Mundial (COM). Ésta no era un sindicato, pero contribuyó a la organización ulterior del movimiento obrero. Funcionaba como lugar de reunión para discutir las diferentes concepciones de organización y preparar la propaganda sindicalista.

Debido al éxito de la movilización del 1 de mayo, la COM convocó a un mitin el 25 de mayo en el Teatro Lírico, pero no pudo celebrarse en este

lugar debido a la prohibición gubernamental. No obstante, el mitin se realizó en el Hemiciclo a Juárez; intervinieron como oradores Antonio Díaz Soto y Gama, Pioquinto V. Roldán, José Colado y Serapio Roldán, entre otros, condenando al régimen de Huerta. La respuesta de éste no se hizo esperar y horas más tarde fueron detenidos 22 dirigentes que habían participado en el mitin. Serapio Rendón denunció este hecho como una medida represiva en la tribuna de la Cámara de Diputados, por lo que exigió la libertad de todos los presos políticos. Poco después, Rendón fue secuestrado, torturado y, finalmente, asesinado por los agentes al servicio del régimen.

Ante la represión, la COM disminuyó su actividad política y algunos de sus líderes se unieron a las distintas fracciones revolucionarias. El 27 de mayo de 1914, Huerta ordena la clausura del local de la COM mediante un ataque de polizontes que detienen, además, a 20 trabajadores que se encontraban allí. Otro factor que pesó para que los trabajadores no tuvieran acciones más decididas contra la usurpación de Huerta fue la invasión norteamericana, de abril a noviembre de 1914, pues muchos trabajadores se encontraron con el dilema de apoyar o no al gobierno contra el invasor, al salir a flote el espíritu nacionalista.

Tres fuentes y tres partes integrantes de la Revolución Mexicana

En julio de 1914, Huerta se ve obligado a renunciar tras la derrota de las tropas federales ante la coalición del Ejército Constitucionalista, de la División del Norte y del Ejército Libertador del Sur, las condiciones de la rendición del ejército federal y la entrada del Ejército Constitucionalista a la Ciudad de México quedaron plasmadas en los Tratados de Teoloyucan; con base en esta victoria, Carranza se aprestó a tomar el control del país.

Sin embargo, después del triunfo esa coalición se divide y afloran las contradicciones de clase, así como de los distintos sectores que conformaban dichas fuerzas militares. Carranza encabezaba a los liberales más conservadores, cuyo propósito era simplemente una reforma política tradicional que despertaba pocas simpatías populares. La otra parte del Ejército Constitucionalista, encabezada por Obregón, representaba a los liberales "jacobinos", quienes buscaban ciertos cambios con reformas de naturaleza

social y económica que tuviesen apoyo popular. El constitucionalismo era una alianza de la burguesía y sectores medios, conformados por comerciantes urbanos, pequeños burgueses y artesanos.

La División del Norte, encabezada por Villa, era una coalición muy amorfa, integrada por vaqueros, rancheros, arrieros y campesinos, entre otros sectores populares de la época y su programa social no estaba muy definido. Por su parte, el Ejército Libertador del Sur era la expresión más plena de la masa campesina-indígena, aunque su carácter regional limitó las posibilidades de una mayor presencia en otros sectores del país, ya que su programa estaba claramente definido por el carácter social-agrario, si bien preveían la necesidad de la alianza con los trabajadores de la ciudad.

De ahí que cuando se desintegró la alianza que derrotó a Huerta, Carranza tenía poca fuerza militar pues la base principal eran los villistas y zapatistas. Por lo tanto, para el carrancismo era vital buscar el apoyo de los sectores urbanos, sobre todo de los trabajadores; así, entre 1914 y 1920 el movimiento sindical cobró mayor importancia para las facciones revolucionarias en pugna.

Con la entrada triunfal del Ejército Constitucionalista a la Ciudad de México, el 15 de agosto de 1914, inmediatamente Álvaro Obregón hizo entrega a la COM del Convento de Santa Brígida, una escuela vecina, y las máquinas impresoras del periódico clerical; así, la COM reiniciaba sus actividades. Paralelamente, en distintos estados de la República se expidieron algunos códigos de trabajo favorables a los trabajadores; en Aguascalientes, por ejemplo, se establece la jornada laboral de 8 horas y el descanso dominical. En San Luis Potosí, además de lo anterior, se establece un salario mínimo de 75 centavos. En el Distrito Federal, Jalisco, Puebla, Veracruz, se establecen similares medidas.

Para unificar nuevamente a las fuerzas revolucionarias, se realiza una Convención Revolucionaria en Aguascalientes, en octubre de 1914, en donde se desconoce a Carranza y se nombra a un presidente provisional, Eulalio Gutiérrez. Los carrancistas desconocen los resolutivos de la Convención, a pesar de haber estado de acuerdo y votar a favor, y salen de la Ciudad de México para instalar su gobierno en Veracruz y desde allí combatir a Villa y Zapata.

Así, villistas y zapatistas toman la capital con la finalidad de establecer el gobierno provisional de la Soberana Convención Revolucionaria, encabezado por Eulalio Gutiérrez, y dar cumplimiento al Plan de Ayala. Antonio Díaz Soto

y Gama y Luis Méndez, destacados miembros de la COM, abrazan la causa zapatista. Pero el movimiento obrero permaneció más bien a la expectativa, sobre todo por la aguda crisis que asoló a la capital que condujo a la inflación, la escasez y mercado negro de productos de primera necesidad.

De esta manera, las condiciones de los trabajadores, sus carencias y la dificultad de las facciones revolucionarias para resolverlas ocasionaba que los trabajadores de la capital se mantuvieran al margen de la lucha revolucionaria zapatista o villista. El mismo Soto y Gama lamentaba esta situación; en un mitin que realizó la COM el 14 de diciembre de 1914 señaló que los obreros de la capital no habían apoyado la causa más noble, el zapatismo, como pudiera haberse esperado.

Por su parte, Obregón tuvo la habilidad de buscar a la COM y logró que ésta apoyara a Carranza firmando el Pacto de la Casa del Obrero Mundial el 17 de febrero de 1915, con el cual, incluso, se conformaron los Batallones Rojos, con obreros y artesanos de distintas ramas, para combatir a Villa y Zapata. Este pacto no fue consenso de todas las organizaciones de la COM, ya que hubo quienes se opusieron y se negaron a formar parte de los Batallones Rojos; tal fue el caso del Sindicato Mexicano de Electricistas.

De hecho, no fueron muchos los trabajadores de la COM que se alistaron para cumplir el pacto, y los que lo hicieron posiblemente fue más por necesidad que por convicción; el ejército les ofrecía un salario diario de un peso y esto aliviaba un poco su miseria. Sin embargo, después de utilizar a la COM, Carranza rompe su alianza con ellos y disuelve los Batallones Rojos en enero de 1916.

La situación no era nada fácil para las distintas facciones revolucionarias. La campaña contra la dictadura huertista y la lucha por el poder entre las distintas facciones que derrotaron a Huerta había profundizado la crisis económica en la turbulencia revolucionaria y abatido el poder adquisitivo de la población en general. Esta situación afectó principalmente a los habitantes de los centros urbanos, de manera que ni los empleados ni los obreros o artesanos tenían lo suficiente para sobrevivir con sus familias; y si acaso tenían algo de dinero, no podían comprar los productos básicos, ya que éstos escaseaban y no se les encontraba fácilmente en el mercado; de modo que gran parte de la población se pasaba días sin probar alimento.

La depreciación del peso era uno de los problemas centrales y fue atizado por la emisión indiscriminada de papel moneda que hicieron los

comandantes militares de las distintas facciones revolucionarias en los estados y que ocupaban para financiar su máquina de guerra; estos billetes, que circulaban al por mayor y perdían aceleradamente su valor, fueron bautizados por el pueblo como "bilimbiques", que era el término en que derivó el nombre de William Weeks, quien era el pagador de vales en la mina de Cananea; estos vales, por supuesto, tenían muy poco valor. Ello provocó que surgiera, incluso, gran cantidad de papel moneda falso, lo que aceleraba la devaluación. Aun el llamado papel moneda "infalsificable" emitido por Carranza, se depreció rápidamente.

Así, mientras que a los trabajadores y a la población se les imponía el papel moneda para todas sus transacciones, en las operaciones comerciales y financieras entre empresarios, o con el gobierno, se utilizaba el peso oro. De ahí que los trabajadores comenzaran a movilizarse por la demanda de aumento salarial y el pago de sus salarios en talón oro (peso oro), o su equivalente, ya que el pago con "bilimbiques" o la moneda "infalsificable" carrancista no les servía para nada.

Tomando rumbo

Hacia 1914, los tranviarios estallan una huelga, casi al mismo tiempo en que la Convención de Aguascalientes entra en la Ciudad de México y Carranza sale hacia Veracruz para instalar allí su gobierno. El 25 de noviembre la ciudad despertó con la novedad de que el temido y mítico Ejército del Sur era dueño de la situación y que, lejos de ejercer actos vandálicos, establecía el orden y daba plenas garantías a la sociedad; *El Economista Mexicano* decía: "Por dos o tres días el comerció permaneció cerrado, sin embargo; pero en vista del orden que reinaba por doquier y de la seguridad dadas por el poder público que aquél no se alteraría, la desconfianza desapareció y la ciudad tornó a su vida ordinaria".

En esta dualidad de poder en México, Carranza se valió de las necesidades de los trabajadores para lograr el apoyo social requerido, impulsando un programa político en donde retomaba algunos de los objetivos de los trabajadores del campo y la industria, con la finalidad de influir en las masas populares para dividir al campesinado y derrotarlo. Durante la huelga de los tranviarios, Obregón negocia y logra que una parte de éstos se ofrezcan a luchar contra el zapatismo.

La Convención Revolucionaria otorgó facilidades a las movilizaciones obreras sin utilizar la fuerza de las armas. Se proveyó a los habitantes de los productos de primera necesidad y se intentó atacar la especulación y el acaparamiento de alimentos; no obstante, el gobierno convencionista no tuvo la capacidad para impulsar medidas que fortalecieran al movimiento revolucionario del ala zapatista-villista.

Con este panorama, los electricistas deciden crear su organización sindical para luchar por mejores salarios y condiciones de vida y el 14 de diciembre de 1914 surge el Sindicato de Empleados del Ramo Eléctrico, que después se llamaría simplemente Sindicato Mexicano de Electricistas (SME). El 14 de enero de 1915 el SME presenta tres convenios a las tres compañías a las que prestaban sus servicios: la Telefónica y Telegráfica Mexicana, la Compañía de Luz y Fuerza del Centro y la Compañía de Teléfonos Ericsson. Sus principales demandas eran: reconocimiento del SME y aumento general de los salarios.

El 19 de enero de 1915 el SME estalla la huelga contra la Mexican Telephone and Telegraph Company. Ante la falta de solución, el gobierno carrancista incauta la empresa y otorga la gerencia de administración a un obrero, Luis N. Morones, otorgando al sindicato algunas facultades para remover y colocar a personal. Igualmente, se emplaza y estalla la huelga en la Empresa Telefónica Ericsson el 26 de marzo de 1915. Simultáneamente, en mayo, nuevamente el SME emplaza a huelga a la Mexican Light and Power por incumplimiento de los acuerdos de enero. La huelga estalla el 4 de mayo.

Aquí nos tocó luchar

En 1916 ante la agudización de la inflación y la crisis económica se gestó uno de los movimientos de los trabajadores más importante en la Ciudad de México. En mayo de 1916 los obreros de la capital, agrupados en la Federación de Trabajadores del Distrito Federal, deciden impulsar un movimiento de huelga, que estalla el 22 de mayo para exigir que los salarios se fijasen de acuerdo con el patrón oro y se les pague en equivalente, pues mientras los banqueros y grandes comerciantes fijaban sus precios en patrón oro, a los trabajadores y al pueblo en general se les fijaba su salario y transacciones en papel moneda devaluada.

Este primer movimiento es reprimido por Carranza con el ejército y los trabajadores deciden suspender la huelga, pero no cejan en su intento y nuevamente emplazan a los empresarios y al gobierno para el 31 de julio. Ricardo Flores Magón describió así la situación en el periódico *Regeneración*:

> El lunes 31 de julio los electricistas de las plantas de Necaxa, Nonoalco, la Indianilla y San Lázaro fueron los que hicieron más efectiva la huelga general, pues teniendo en sus manos la producción de fuerza y de luz, al abandonar el trabajo paralizaron totalmente las grandes industrias del Distrito Federal, quedando igualmente paralizado el tráfico de tranvías eléctricos, el agua potable dejó de afluir a la ciudad de México y el alumbrado y otros servicios públicos fueron eliminados.

Carranza, enfurecido, respondió con la represión deteniendo a todo el Comité de Huelga, entre los que estaban Ernesto Velasco, secretario general del SME, y las costureras María Esther Torres y Angela Inclán, entre otros, utilizando para ello un decreto de 1862, con unas anexiones que incluían el "delito" de "incitar la suspensión de labores en las fábricas o empresas destinadas a prestar servicios públicos". Con este decreto Carranza acusó a los huelguistas de traición a la patria, deteniéndolos, condenándolos a muerte para disolver la huelga y obligando a los electricistas con las fuerzas represivas a reanudar el servicio eléctrico. Esta derrota también representó el final de la COM.

Sólo así se pudo acabar con la única huelga general que ha habido en México: con la represión. No obstante, la fuerza obrera logró evitar que tan salvaje medida, la pena de muerte, fuera llevada a cabo y con base en las movilizaciones lograron, primero, liberar a la mayoría de los integrantes del Comité de Huelga evitando la prisión y pena de muerte; después, liberar y evitar la muerte de Ernesto Velasco, a quien sí se había mantenido en prisión condenado a la pena capital. Finalmente, Ernesto Velasco salió libre en 1918.

Es claro que el SME fue el objetivo principal de la represión en esta huelga; no le perdonó el carrancismo su atrevimiento de ser puntal de la huelga general de 1916. A su vez, ésta tuvo una influencia a la hora de promulgar la Constitución de 1917 cerrando con ella esta etapa de la lucha obrera que logró ser contenida.

Bibliografía

Libros

Acevedo Escobedo, Antonio (1974) *Puertas a la curiosidad*. México: Jus.

Aguirre, Amado (1985) *Mis memorias de campaña*. México: INEHRM.

Alanís, Judith (1984) "Gráfica estridentista", en: *Artes Plásticas,* Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, año I, número 1, octubre.

_____ (1985) "Gráfica estridentista", en: *Artes Plásticas,* Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, año I, número 2, enero.

Alemán Valdés, Miguel (1977) *La verdad del petróleo en México*. México: Grijalbo.

Alessio Robles, Vito (1993) *El antirreeleccionismo como afán libertario de México*. México: Porrúa.

Alva de la Canal, Ramón (1981) "¿Qué es lo que puede decir un pintor?", en: *Punto y aparte*, 7 de mayo.

Amador, Severo (1918) *Himno a Salomé*. México: Edición de autor.

Araiza, Luis (s/f) *Historia del movimiento obrero mexicano*. México: Ediciones Casa del Obrero Mundial.

_____ (1976) *Ricardo Flores Magón en la historia*. México: Ediciones Casa del Obrero Mundial.

Arellano Belloc, Francisco (1958) *La exclusividad del Estado en el manejo de sus recursos petroleros*. México: Comaval.

Bartra, Armando (pról., selec. y notas) (1991) *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la Revolución Mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*. México: Era (Problemas de México).

Barzun, Jacques (2002) *Del amanecer a la decadencia*. Madrid: Taurus.

Basurto, Jorge (1975) *El proletariado industrial en México (1850-1930)*. México: UNAM.

_____ (1992) *Vivencias femeninas de la Revolución*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

Becerra E., Gabriela (coord.) (1983) *Estridentismo: memoria y valoración*, México: Fondo de Cultura Económica-SEP/80.

Beer, Gabrielle de (1984) *Luis Cabrera. Un intelectual en la Revolución Mexicana* (trad. de Ismael y Mercedes Pizarro). México: FCE.

Blas Galindo, Carlos, *et al*. (2002) *Antología arte mexicano del siglo XX*, tomo I. México: AICA-UNESCO.

Bosch Romeu, Teresa (1999) *Germán Cueto, un artista renovador*. México: Círculo de Arte-CONACULTA.

Bringas, Guillermina (1992) *Orígenes y desarrollo de la clase obrera en México. Fuentes para su estudio*. México: UAM-X.

Brown, Jonathan C. (1998) *Petróleo y Revolución en México* (trad. de Mauricio López). México: Siglo XXI Editores.

Buve, Raymond (1994) *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala-Universidad Iberoamericana.

Cámara de Diputados (1966) *Los presidentes de México ante la Nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*, tomo III. México: XLVI Legislatura del Congreso de la Unión.

Camarena Ocampo, Mario (2001) *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*. México: Plaza y Valdés Editores.

Cardoza y Aragón, Luis (1992) *Carlos Mérida. Color y forma*. México: CONACULTA-Era (Colección de Arte Mexicano).

Carr, Barry (1978) *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*. México: Era (Colección Problemas de México).

Carvajal Montes de Oca, Rodolfo (2003) *Haciendas tlaxcaltecas. Anécdotas, historia y sabor.* México: Edición particular.

Casasola, Gustavo (1960) *Historia gráfica de la Revolución Mexicana 1900-1960*, vols. I-III. México: Trillas (Edición Conmemorativa).

Castro, Pedro (1998) *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la Revolución*. México: Siglo XXI Editores-UAM-I.

Castro Gutiérrez, Felipe (1986) *La extinción de la artesanía gremial*. México: UNAM Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia Novohispana, 35).

CEHSMO (1982) "La huelga general de 1916 a través de la prensa", en: *Historia Obrera*, núm. 9.

Chávez Orozco, Luis (1977) *La agonía del artesanado*. México: CEHSMO.

Chevalier, François (1999) *La formación de los latifundios en México*. México: FCE.

Clark, Marjorie Ruth (1979) *La organización obrera en México*. México: Era (Colección Problemas de México).

Colmenares, Francisco (1982) *Petróleo y lucha de clases en México. 1864-1982*. México: Ediciones El Caballito.

Colmenares, Ismael *et al.* (comps.) (1991) *Cien años de lucha de clases en México 1876-1976*, tomo I. México: Ediciones Quinto Sol (Textos Universitarios).

Contreras Cruz, Carlos (coord.) (1986) "La estructura productiva de la ciudad de Puebla y sus alrededores a finales del Porfiriato", en: *De los Borbones a la Revolución. Ocho estudios regionales*. México: COMECSO-GV Editores-Universidad Autónoma de Nuevo León.

Córdova, Arnaldo (1973) *La ideología de la Revolución Mexicana*. México: Era-UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales (Colección Problemas de México).

Corona Sánchez, Emilio (1975) *Prontuario de la familia González de Silva- Fernández de la Horta*. México: Edición particular.

Cuéllar Abaroa, Crisanto (1975) *La Revolución en el estado de Tlaxcala*, tomo I. México: Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

De Anda Alanís, Enrique X. (1990) *La arquitectura de la Revolución Mexicana, Corrientes y estilos en la década de los veinte*. México: UNAM.

_____ (1997) Art Déco. *Un país nacionalista. Un México cosmopolita*. México: Museo Nacional de Arte-INBA.

De la Torre Villalpando, Guadalupe (1999) *Las calpanerías en las haciendas tlaxcaltecas*. México: Gobierno del Estado de Tlaxcala-Instituto Tlaxcalteca de la Cultura-Universidad Autónoma de Tlaxcala-Universidad Iberoamericana.

De la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (1994) *Historia de México II*. México: MacGraw-Hill.

Díaz y de Ovando, Clementina (1967) *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días*. 2 vols. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas.

Díaz Soto y Gama Antonio (1960) *La Revolución Agraria del Sur y Emiliano Zapata su Caudillo*. México: Instituto Nacional de la Revolución Mexicana.

Diccionario de Escritores Mexicanos (1992) (revisado y dirigido por Aurora Ocampo) México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas.

Duffy Turner, Ethel (1984) *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*. México: Comisión Nacional Editorial del CEN.

Filemar Banda, Jesús (1998) *Yurécuaro, estampas provincianas.* Zamora: Fundación de Cultura Impresa de Yurécuaro.

Florescano, Enrique (2001) *El nuevo pasado mexicano*. México: Cal y Arena.

_____ y Ricardo Pérez Monfort (1995) *Historiadores de México en el siglo XX*. México: FCE.

García Ávila, Sergio (1985) *Miguel Silva y el movimiento maderista en Michoacán*. Morelia: Instituto de Investigaciones Históricas y Comité Editorial del Gobierno de Michoacán.

García Granados, Jorge (1941) *Los veneros del Diablo*. México: Ediciones Liberación.

García Riera, Emilio (1986) *Historia del cine mexicano*. México: SEP.

García Verástegui, Lía y Ma. Esther Pérez Salas (comp.) (1990) *Tlaxcala, una historia compartida*, tomos 12 y 13. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Gobierno del Estado de Tlaxcala.

Garciadiego D., Javier (2006) *Introducción histórica a la Revolución Mexicana*. El Colegio de México-SEP.

_____ *et al*. (2001) "De la oposición a la lucha armada", en: Vázquez, J. Z. (coord.) *Gran historia de México ilustrada.* tomo IV. *De la Reforma a la Revolución 1857-1920*. México: Planeta.

Gilly, Adolfo (1971) *La revolución interrumpida*. México: Ediciones El Caballito.

Giménez, Gilberto (1993) "Apuntes para una teoría de la identidad nacional", en: *Sociológica identidad nacional y nacionalismos*, UAM Azcapotzalco, año 8, número 21, enero-abril.

Gómez Morín, Manuel (1927) *1915*. México: Editorial Cvltvra.

González, Luis (1979) *Los artífices del cardenismo*, vol. VI. México: El Colegio de México.

_____ (1984) *La ronda de las generaciones*. México: SEP.

_____ (2002) "El liberalismo triunfante", en: Cosío Villlegas *et al*., *Historia general de México*, versión 2000. México: El Colegio de México.

González, Casanova, Pablo (coord.) (1984) *La clase obrera en la historia de México: en la Revolución (1910-1917),* volumen 5. México: Siglo XXI.

González Matute, Laura (1987) *Escuelas de Pintura al Aire Libre y Centros Populares de Pintura*. México: CENIDIAP-INBA Colección Artes Plásticas (Serie Investigación y Documentación de las Artes).

González Roa, Fernando (1922) *Régimen constitucional del subsuelo: Estudio presentado en el II Congreso Jurídico Nacional*. México: Imprenta Franco-Mexicana.

González Sánchez, Isabel (1969) *Haciendas y ranchos en Tlaxcala en 1712*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Guadarrama, Rocío (1981) *Los sindicatos y la política en México: la CROM (1918-1928)*. México: Era (Colección Problemas de México).

Guerra, François-Xavier (2000) *México: del antiguo régimen a la revolución,* 2 vols. México: FCE.

Gutiérrez Martínez, Ángel (1989) "La política económica de los gobernadores porfiristas 1876-1910", en: *Historia general de Michoacán. El siglo XIX*, tomo III. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán.

Hall, Linda B. (1985) *Álvaro Obregón. Poder y revolución en México 1911-1920*. México: FCE.

_____ (2000) *Bancos, política y petróleo. Estados Unidos y el México posrevolucionario (191-1924)* (trad. de Pedro Serrano Carreto). México: CONACULTA.

Haroldo, Francisco, *et al.* (1999) *Espacios distantes aún vivos. Las salas cinematográficas de la Ciudad de México*. México: UAM Xochimilco.

Hart, John M. (1987) *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931*. México: Siglo XXI Editores.

Hernández Chávez, Alicia (2002) *Breve historia de Morelos*. México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México.

Hobsbawm, Erick (1998) *Historia del siglo XX* (trad. de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carmen Castells). Buenos Aires: Crítica-Grijalbo Mondadori.

Iguíniz, Juan Bautista (1987) *Léxico bibliográfico*. México: UNAM.

_____ (1987) *Disquisiciones bibliográficas*. México: UNAM.

Illades, Carlos (1996) *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la Ciudad de México 1853-1876*, México: UAMI-Colmex.

_____ (1997) *Estudios sobre el artesanado urbano en el siglo XIX*. México: El Atajo Ediciones.

Instituto Nacional de Bellas Artes (1993) *Fermín Revueltas.1902-1935*. México: Museo de Arte Moderno (Muestra antológica, Sala José Juan Tablada).

Iparraguirre, Hilda (1995) "Cuadros medios de origen artesanal —maestros, capataces y encargados— en el proceso de industrialización y proletarización en México en la segunda mitad del siglo XIX y XX", en: *Cuicuilco*, Nueva Época, volumen 2, número 4, mayo-agosto.

Katz, Friedrich (1982) *La guerra secreta en México*, 2 vols. (trad. de Isabel Fraire). México: Era.

Knight, Alan (1996) *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, vol. II (trad. de Luis Cortés Bargalló). México: Grijalbo.

Krauze, Enrique (1985) *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*. México: SEP-Siglo XXI.

Labastida, Jaime (1981) "Los estridentistas hoy", en: *Plural*, núm. 123, diciembre.

Lassaigne, Jacques (1989) "El Impresionismo", en: *Historia de la Pintura*, tomo 3. Bilbao: ASURI de ediciones.

Lavín, José Domingo (1950) *Petróleo: pasado, presente y futuro de una industria mexicana*. México: Iberoamericana de Publicaciones.

Leal, Juan Felipe (1985) *Agrupaciones y burocracia sindicales en México, 1906-1932*. México: Terra Nova-Programa de Investigación Interinstitucional sobre el Estado Mexicano Contemporáneo.

List Arzubide, Germán (1987) *El movimiento estridentista*. México: Secretaría de Educación Pública (Lecturas mexicanas).

López González, Valentín (1994) *Historia general del estado de Morelos*, *Tomo I. Antecedentes*. s.p.i.

López Portillo y Weber, José (1975) *El petróleo en México*. México: FCE.

Lozano, Luis Martín (2000) *Arte moderno de México, 1900–1950*. México: Antiguo Colegio de San Ildefonso.

Luzuriaga, Guillermo de (1918) *Manzanas del Paraíso.* México: Imprenta Escalante.

Maldonado, Edelmiro (1981) *Breve historia del movimiento obrero*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa.

Manrique, Jorge Alberto (1985) "Ramón Alva de la Canal" en: *La Jornada*. México, 16 de abril.

Martínez, José Luis (sel.) (1979) *Zapata, iconografía*. México: FCE.

Martínez Alcalá, Santiago Raúl. *El Yurécuaro de hoy.* México: Fundación de Cultura Impresa.

Matute Álvaro (1988) *Historia de la Revolución Mexicana 1917-1924. La carrera el caudillo*, tomo 8. México: El Colegio de México.

_____ (1999) "Antonio Caso, Henríquez Ureña y el Positivismo. Breve historia de una relación", en: *El Ateneo de México*. México: FCE.

_____ (2002) *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Océano.

Medina, Cuauhtémoc (coord.) (1991) *Diseño antes del diseño. Diseño gráfico en México 1920-1960*. México: Museo de Arte Carrillo Gil-INBA- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Mendoza, Salvador (1921) *La controversia del petróleo*. México: Imprenta Politécnica.

Meyer, Jean (2004) *La Revolución Mexicana* (traducción de Héctor Pérez-Rincón G.). México: Tusquets editores.

Meyer, Lorenzo (1981) *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero 1917-1942*. México: El Colegio de México.

_____ (1991) *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana 1900-1950. El fin de un imperio informal*. México: El Colegio de México.

_____ e Isidro Morales (1990) *Petróleo y nación: La política petrolera en México, 1900-1987*. México: PEMEX-SEMIP-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.

_____ (2002) "La institucionalización del nuevo régimen", en: Cosío Villlegas *et al*., *Historia general de México*, versión 2000. México: El Colegio de México.

Mijangos Díaz, Eduardo Nomelí (1997) *La revolución y el poder político en Michoacán, 1990-1929*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas (Historia Nuestra 15).

Mistral, Gabriela (1923) *Lecturas para Mujeres*. México: SEP.

Monahan, Kenneth C. *et al.* (1997) *Estridentismo vuelto a visitar*. México: Instituto Veracruzano de Cultura-Gobierno del estado de Veracruz (Cuadernos de cultura popular).

Monsiváis Carlos (2002) "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en: *Historia general de México*. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos.

Monterde, Francisco (1963) *Las revistas literarias de México*. México: INBA.

Mújica, Francisco (s/f) *Compromiso histórico con la Revolución Mexicana en el Bajío* (pról. y sel. de Guillermo Velasco) México: s.p.i.

Nickel, Herbert J. (1996) *Morfología social de la hacienda mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Núñez Ang, Eugenio (2000) *Literatura del siglo XX (poesía). Algunos autores y movimientos representativos*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Oikón Solano, Verónica (1998) *El constitucionalismo en Michoacán. Periodo de los gobiernos militares (1914-1917)*. México: CONACULTA.

Palavicini, Félix F. (1915) *Un nuevo Congreso Constituyente*. Jalapa: Imprenta de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Pellicer, Jorge (1995) *Artesanos del porvenir*. México: SEP-UAM.

Pérez Toledo, Sonia (1996) *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la Ciudad de México 1780-1853*. México: UAM-I-Colmex.

Petróleos Mexicanos (1993) *La industria petrolera de México a través de los informes presidenciales, 1917-1992*. México: PEMEX.

Pineda Gómez, Francisco (1997) *La irrupción Zapatista 1911*. México: Era.

Pittman Dewitt (1989) *Hacendados, campesinos y políticos*. México: FCE.

Poniatowska, Elena (1963) "Los sesenta años de Leopoldo Méndez", en: *Artes de México*, número 45, julio.

Portes Gil, Emilio (2003) *Autobiografía de la Revolución Mexicana. Un tratado de interpretación histórica*. México: INEHRM.

Puente, Ramón (1994) *Hombres de la Revolución: Calles*. México: FCE.

Quijano, Julio Alejandro (2000) "Triste suerte corrió gran parte de lo que hizo el Estridentismo", en: *El Día,* México, 24 de mayo.

Ramírez Rancaño, Mario (1995) *La revolución de los volcanes. Domingo y Cirilo Arenas*. México: UNAM Instituto de Investigaciones Sociales.

Reyes, Aurelio de los (1984) *Los orígenes del cine 1896-1900*. México: Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública.

_____ (1991) *Medio siglo de cine mexicano 1896-1947*. México: Trillas.

Reyes Palma, Francisco (1994) *Leopoldo Méndez. El oficio de grabar*. México: Era-CONACULTA.

Rippy, Merril (2003) *El petróleo y la Revolución Mexicana*. México: INEHRM.

Rivera Carbó, Anna (2004) *Mujeres sindicalistas: Las trabajadoras de la Casa del Obrero Mundial (1912-1916)*. México: DEH-INAH.

Rodríguez Prampolini, Ida (1981) "R. A. C. ha sabido ver amorosamente el mundo", en: *Punto y aparte*, 7 de mayo.

Ruiz, Ramón Eduardo (1978) *La Revolución Mexicana y el movimiento obrero (1911-1932)*. México: Era (Colección Problemas de México).

Ruffinelli, Jorge (1983) "El estridentismo: eclosión de una vanguardia", en: *México en el Arte*, número 3, diciembre.

Salazar, Rosendo y José G. Escobedo (1972) *La pugnas de la gleba*. México: Ediciones del Partido Revolucionario Institucional.

Salgado Celis, Lourdes (coord.) (1988) *La industria petrolera en México. Una crónica*, tomo I. México: PEMEX.

Sánchez, Sánchez, Víctor Manuel (1978) *Surgimiento del sindicato electricista*. México: UNAM (La industria).

Santibáñez Tijerina, Blanca Estela (1991) "Los pioneros de la industria textil en Tlaxcala durante el Porfiriato", en: *Historia y sociedad en Tlaxcala. Memorias del 4to. y 5to. Simposios Internacionales de Investigaciones Socio-Históricas sobre Tlaxcala,* México: Gobierno del Estado de Tlaxcala-Instituto Tlaxcalteca de la Cultura-Universidad Autónoma de Tlaxcala-Universidad Iberoamericana.

Satué, Enric (1988) *El diseño gráfico. Desde los orígenes hasta nuestros días*. Madrid: Alianza Forma.

Schneider, Luis Mario (1970) *El estridentismo o una literatura de la estrategia*. México: Ediciones de Bellas Artes.

Schneider, Luis Mario (1981) "Maples Arce, joven crítico de arte", en: *Plural*, número 123, diciembre.

Secretaría de Hacienda (1917) *La gestión hacendaria de la Revolución.* México: SH.

Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo (1922) *Legislación petrolera. Leyes, decretos y disposiciones administrativas referentes a la industria petrolera*. México: Secretaría de Educación Pública-Talleres Gráficos de la Nación.

Semenzato, Camillo (1990) "Los Futuristas y la pintura italiana", en: *Historia del arte*, vol. 4 *El arte moderno y contemporáneo*. Toledo: Grijalbo.

Silva Herzog, Jesús (1969) *Breve historia de la Revolución Mexicana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales (2 vols. México: FCE, 2003).

Simpson, L.B. (2001) *Muchos Méxicos*. México: FCE.

Sotelo Inclán, Jesús (1943) *Raíz y razón en Zapata*. México: CFE.

Taracena, Alfonso (1992) *La verdadera Revolución Mexicana (1918-1921)*. México: Porrúa.

Tibol, Raquel (1983) "El estridentismo al ataque en casa del lago", en: *Proceso*, número 339, mayo.

Torres Sánchez, Rafael *et al*. (2001) "Tradiciones y creencias del Porfiriato", en: Vázquez, J. Z. (coord.) *Gran historia de México ilustrada.* tomo IV. *De la Reforma a la Revolución 1857-1920*. México: Planeta.

Touraine, Alain (2004) *¿Qué es la democracia?* (trad. de Horacio Pons) México: Fondo de Cultura Económica.

Tovar de Teresa, Guillermo (1995) *Repertorio de artistas en México,* tomos I-III. México: Grupo Financiero Bancomer.

Uhthoff, Luz María (1992) "La situación financiera en los años de la Revolución, 1910-1920", en: *Iztapalapa*, número 26, julio-diciembre.

_____ (1998) *Las finanzas públicas durante la Revolución*. México: UAM-I.

Ulloa, Berta (1983) *Historia de la Revolución Mexicana 1914-1917*, tomos 4-6. México: El Colegio de México.

_____ (2002) "La lucha armada (1911-1920)", en: Cosío Villlegas *et al.*, *Historia general de México*, versión 2000. México: El Colegio de México.

Universidad Nacional Autónoma de México (1983) *Fermín Revueltas. Colores, trazos y proyectos***.** México: Galería Juan O'Gorman-UNAM.

Uribe Rosas, Alfredo (1991) *Historia de la industria petrolera mexicana desde su inicio hasta su expropiación* (tesis de licenciatura). México: UNAM.

Valdivia, José *et al.* (1981) *La formación de los periodistas en América Latina.* México: Nueva Imagen.

Valenzuela Rodarte, Alberto (1967) *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica.* México: Jus.

Vasconcelos, José (1983) *Ulises Criollo*. México: FCE.

Von Wobeser, Gisela (1988) *La hacienda azucarera en la Época Colonial*. México: FCE.

Womack, John (1985) *Zapata y la Revolución Mexicana* (trad. de Francisco González Aramburu) México: SEP-Siglo XXI Editores.

Zahar Vergara, Juana (1996) *Historia de las librerías de la Ciudad de México.* México: UNAM Centro Universitario de Investigaciones Biblioteco-lógicas.

Zaid, Gabriel (1988) *De los libros al poder*. México: Grijalbo.

Zambrano, José Antonio (1983) "Alva de la Canal: último pintor estridentista", en: *Revista de Revistas*, 30 de marzo.

Zebadúa, Emilio (1994) *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929.* México: FCE -El Colegio de México.

Zurián, Carla (2002) *Fermín Revueltas, constructor de espacios*. México: RM-INBA.

Zurián, Tomás (1998) *Rosario Cabrera, la creación entre la impaciencia y el olvido*. México: CONACULTA-INBA.

Fuentes hemerográficas

Revista Mexicana de Ingeniería y Arquitectura. Órgano de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México.

Boletín del Petróleo. Departamento del Petróleo, Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo.

(reportaje sin autor) "2010: Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas", en: *Humanidades y Ciencias Sociales*, Publicación mensual de la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, mayo de 2007/Año III, Número 21, p. 9-12.

La Galera. Revista que navega por las librerías de viejo. Año 2, números 22 y 23. Marzo y abril de 1998.

Excélsior, 12 de abril de 1919.

El Heraldo, 15 de febrero de 1856.
Diario del Hogar, 20-24 enero de 1909.
El Demócrata.
El Mexicano.
El Popular.
El Pueblo.
El Economista Mexicano.
Regeneración.
El Monitor Republicano, 10, 12, 17, 24, 26, 27 de marzo; 5, 8 de abril de 1920.
El Universal, 15 de enero de 1919. 29 de enero; 11 y 25 de febrero; 4, 5, 7, 8, 10 de abril de 1920.

Fuentes Documentales

Ley Orgánica del Cuartel General, Morelos, 5 de enero de 1917, CESU- UNAM, Archivo Gildardo Magaña.
Documentos Inéditos sobre Emiliano Zapata y el Cuartel General, 14 de diciembre de 1915, Archivo General de la Nación, Archivo de Genovevo de la O.
Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca.
Archivo Plutarco Elías Calles.
Fondo Álvaro Obregón.
Fondo Fernando Torreblanca.
Fondo Presidentes.
Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala. Fondo: Revolución Régimen Obregonista. Sección: Hacienda y Guerra.

Fuentes electrónicas

http://www.morelos.gob.mx/e-estado/Diego_Atlihuayan.htm
http://www.e-mexico.gob.mx/wb2/eMex/eMex_El_Ateneo_de_la_Juventud
http://www.cnca.gob.mx/cnca/nuevo/diarias/061098/alfilode.html
http://omega.ilce.edu.mx/biblioteca/sites/fondo2000/vol2/25/htm/sec_4.html
http://www.yucatan.com.mx/especiales/revolucion/20119900.asp
http://www.e-mexico.gob.mx/wb2/eMex/eMex_La_Revolucion_Mexicana

La Revolución Mexicana. Otras voces, otros escenarios
se terminó de imprimir en el mes de julio de 2009
en Impresora litográfica Heva, S.A.
Se tiraron 100 ejemplares.
Tipografía y formación de Patricia Pérez;
edición al cuidado de Rafael Luna y Víctor Manuel Cuchí.